

**Maestría en Sociología
Idónea Comunicación de Resultados**

**Thorstein Veblen y su *Teoría de la clase ociosa*:
Trayectoria, crisis, radicalización e innovación
intelectual**

Reyna Felipe Álvarez

**ASESOR:
Dr. José Hernández Prado**

Junio 2014

Trimestre 14-P

Agradecimientos

Sin el apoyo de la Universidad Autónoma Metropolitana y el del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología no hubiera sido posible realizar esta Idónea Comunicación de Resultados.

Agradezco a los profesores del Departamento de Sociología por su compromiso, su apoyo y sus enseñanzas, especialmente a mi asesor el doctor José Hernández Prado por su infinita paciencia, esmero, dedicación durante la elaboración de este proyecto; sus acertados comentarios, sugerencias y observaciones enriquecieron notablemente la investigación. Igualmente a la doctora Laura Moya López por su tolerancia y profesionalismo. También al doctor José Othón Quiroz Trejo que siempre estuvo dispuesto y tuvo buen ánimo para conversar conmigo y aportar valiosas opiniones para mejorar el escrito. Asimismo al doctor Christian Sperling por sus mesuradas y meticulosas observaciones. Además al doctor Arturo Damm Arnal por sus enriquecedores y pertinentes juicios que mejoraron sustancialmente el documento.

Igualmente quiero reconocer las muestras de solidaridad de la señora Lydia Morales y del doctor Arturo Grunstein Dickter quienes en todo momento me animaron en esas ocasiones en las que el desánimo me invadía.

Por supuesto jamás olvidaré las frases de aliento de mis entrañables amigas y amigos Norma, Yeni, Luis Ángel, Jorge, Aurora, Gaby y Florecita.

Finalmente a mi familia que ocupa un lugar especial en mi vida, no tengo palabras para expresar sus muestras de cariño, respaldo y paciencia en aquellas tardes que me ausenté.

Thorstein Veblen y su *Teoría de la clase ociosa*: trayectoria, crisis, radicalización e innovación intelectual

Agradecimientos

Introducción	4
--------------	---

Capítulo I

Experiencia Vital y Trayectoria intelectual: de granjero noruego americano a filósofo kantiano (1857-1884)	222
--	-----

Capítulo II

De Filósofo kantiano a economista evolucionista- spenceriano -socialista (1848 -1899)	49
---	----

Capítulo III

Innovación: el evolucionismo social de Veblen en TCO (1899)	78
---	----

Capítulo IV

El radicalismo izquierdista de TCO: las aportaciones de un autor iconoclasta	104
--	-----

Reflexiones finales	135
---------------------	-----

Bibliografía	140
--------------	-----

Existe un vínculo integral entre la vida de Veblen y su obra... Los problemas y temas diversos sobre los que escribió y a los cuales los académicos les han dedicado estrecha y concentrada atención, forman parte de un todo integrado, que refleja la necesidad de explicar la conducta humana de un intelectual comprometido. Las raíces de esa necesidad personal se encontraban en su particular experiencia de vida, informada por un conjunto de creencias morales adquiridas en su infancia.

Carta de Rusell Bartley a Rick Tilman, 10 de mayo de 2004 (Tilman 2007: 7)

I. Introducción

El propósito de este trabajo es analizar el libro intitulado *Teoría de la clase ociosa* (TCO), de Thorstein Veblen, desde la perspectiva del impacto que tuvo su experiencia de vida, incluyendo su trayectoria intelectual, en la conformación de su visión e ideas acerca de los grupos dominantes y la sociedad capitalista moderna estadounidense. Además de tratarse de la obra más famosa de este controvertido autor, TCO es considerada por escritores e investigadores de diversas épocas, entre los que destaca C. Wright Mills, como la más importante de la sociología estadounidense del siglo XIX (Mills, 1970/2002).

Desde su aparición en 1899 hasta el presente, la obra no ha dejado de publicarse. Se ha traducido a varios idiomas, incluyendo el chino mandarín (Veblen, 1899, 1958, 1987 2007, 2011, 2013, 2014). A lo largo de más de un siglo ha sido estudiada, reivindicada y criticada en el ámbito científico social estadounidense y europeo (Tilman, 1991). Hasta nuestros días es multicitada, sobre todo con respecto a uno de sus conceptos fundamentales, el de *consumo conspicuo*, el cual se ha incorporado no solo al léxico científico-social, sino también al lenguaje coloquial.

En la literatura académica es frecuente encontrar alusiones a TCO como una mera sátira social mordaz, más literaria que científica, referente al estilo de vida y, en particular, a las costumbres y conductas derrochadoras de los nuevos ricos norteamericanos: la vebleniana *clase ociosa* estadounidense, de la llamada Edad del Oropel, ubicada a fines del siglo XIX (Dobriansky, 1957, Mills, 1970, Diggins, 1978/2003, Eby 1993, Tilman 1992,1994, 2007).

En cambio, otros comentaristas han apreciado su valor real como una seria propuesta teórica, digna de ser considerada dentro de la literatura clásica científico-social (Ward, 1900, Hobson, 1936/1978, Rosenberg, 1956, Edgell, 2001, Dowd, 2002, Spindler, 2002, Patsouras, 2004, Tilman, 2007).

Las cuestiones anteriores se hacen patentes en TCO, en donde Veblen explica los procedimientos e intenciones de su investigación. Él indica que su propósito es “estudiar el lugar y valor de la clase ociosa como factor económico en la vida moderna” (Veblen, 1899/2005: 5), pero añade que al hacer ello, se ha visto obligado a ir más allá de ese punto, para dedicar “atención al origen y genealogía de la institución, así como a ciertas características de la vida social a las que no se clasifica por lo general como económicas” (Veblen, 1899/2005: 5). Así, el capítulo I de TCO elabora las premisas teóricas fundamentales para, en sus propias palabras, “evitar oscuridad en los posteriores capítulos” (Veblen, 1899/2005: 5).

Por otro lado, Veblen explica que la evidencia utilizada para sustentar la argumentación teórica proviene principalmente “de la vida cotidiana, por observación directa o notoriedad general, y no de fuentes más recónditas y alejadas; se ha hecho así, en parte también, porque hay menos posibilidades de interpretar mal el sentido de fenómenos vulgares que son familiares a todos” (Veblen, 1899/2005: 6). Además, indica que “las premisas y datos corroboradores tomados de fuentes más remotas, así como los elementos teóricos o inferencias sacadas de la etnología, son también las más familiares y accesibles que ha sido posible encontrar y cualquier persona medianamente informada puede hallar sus fuentes con facilidad ” (Veblen, 1899/2005: 6-7). Por esta razón, justifica la ausencia casi completa de referencias a sus fuentes.

Algunos críticos (Dobriansky, 1957, Reisman, 1960) se han referido a la opacidad de las fuentes veblenianas y el escaso rigor de sus datos, para descalificar al autor en el plano científico-teórico.

Otros, como se verá con mayor detalle en este estudio, han señalado aspectos biográficos y psicológicos de Veblen (Dobriansky, 1957, Reisman, 1960) tal como su marginalidad socio-cultural, al ser hijo de inmigrantes noruegos, así como su incapacidad para adaptarse al medio cultural y académico estadounidense de su tiempo, para demeritar la validez económica y sociológica de TCO como un simple producto del resentimiento de su autor. Sin embargo, estos juicios frecuentemente prestan poca atención, o incluso dejan de lado por completo, la importancia de los fundamentos sociológicos, antropológicos y filosóficos que subyacen a la obra.

En este trabajo comparto la posición de la socióloga española Margarita Barañano, una de las pocas investigadoras dedicadas a Veblen en el mundo hispanoparlante, quien señala que la obra del estadounidense de orígenes noruegos “ofrece una original y polémica teoría social, cuyos cimientos acusan la huella del efervescente medio social e intelectual en que fue concebida” (Barañano, 1991: 61). En efecto, pese a su peculiar e irreverente estilo, así como sus irónicas observaciones personales de la vida cotidiana estadounidense de sus tiempos, TCO constituye una contribución muy importante al estudio teórico sociológico de la modernidad capitalista y sus orígenes. Es el producto intelectual de un investigador dispuesto a emplear el conocimiento científico social de vanguardia, atravesando, a mi parecer con resultados bastante fructíferos, las fronteras disciplinarias de la economía, la filosofía, la antropología social o cultural, la psicología y, desde luego, la entonces novedosa sociología académica.

Es cierto que, en términos generales, Veblen presenta una visión que podría leerse como una perspicaz y despiadada crítica social a la ostentación de las clases ociosas estadounidenses. Para evitar esta lectura simplista, Veblen, de manera reiterada, señala que utiliza términos con una fuerte carga valorativa, tales como “derroche” o “envidioso”, en un sentido técnico, es decir, sin la intención de enjuiciar. En palabras de Veblen su intención no es “exaltar ni lamentar ninguno de

los fenómenos” (Veblen, 1899 /2005: 40). Está a discusión si se trataba de su estilo típicamente irónico o satírico, o si realmente reivindicaba un afán genuinamente científico. Sin duda es cierto que la dimensión subversiva del estilo del autor, ya sea en su crítica a prestigiosos científicos sociales como Spencer o hacia las clases sociales dominantes, las aristocracias y los grupos empresariales modernos, ha sido, como se ha mencionado antes, uno de los problemas de interpretación que han ocupado de forma importante los debates sobre su obra.

Su postura hacia las clases ociosas debería ser evidente para cualquier lector. A su parecer, el estilo de vida de éstas era fundamentalmente retardatario y parasitario. Obedecía a dos propósitos: el primero era el derroche ilimitado para demostrar posición social y el segundo era manifestar de manera evidente o velada el desprecio por el trabajo ordinario para remitirlo a sus inferiores. Sin embargo, el sentido que Veblen asigna a estas dos funciones no se comprende fuera del singular marco teórico evolucionista que adoptó y de sus propias concepciones de la naturaleza humana: los instintos, hábitos e instituciones, así como la dinámica del cambio social.

Si tuviéramos que identificar la esencia o contribución más importante de TCO al pensamiento social, sería lo que nos enseña desde una óptica evolucionista peculiar: el que ciertos hábitos aparentemente obsoletos del pasado permean las instituciones sociales y económicas de épocas posteriores, en forma de persistentes rasgos arcaicos, a fin de producir patrones de conducta desfasados con las exigencias del entorno social.

Según cierta vertiente teórico-sociológica, los individuos modernos vivimos reflexivamente con la idea de una libertad y racionalidad siempre en aumento, la cual nos emancipa de la irracionalidad y del carácter atávico del mundo tradicional que hemos superado, es decir, dejado atrás o en el pasado. De acuerdo con la conocida visión de Max Weber (Weber, 2002, 1904/2011), la sociedad moderna ha sido desencantada en cuanto se ha “desmagificado” y se ha desprendido de sus viejas creencias. Las preocupaciones por lo mágico, la creencia en la suerte, la devoción a espíritus misteriosos y la fe en deidades invisibles ha ido quedando

atrás. La modernidad capitalista, de acuerdo con Max Weber, nos empuja al pensamiento racional cuantitativo y frío, a la ciencia de lo fáctico, a la famosa “jaula de hierro” o el “caparazón duro como el acero” de la rutina burocrático-administrativa. O, como lo observaran Marx y Engels (Marx y Engels 1848/ 1998, Berman, 1981) los anteriores vínculos con la tradición se han “desvanecido en el aire”.

Encontramos distintas reformulaciones para esta misma idea en los sociólogos de nuestros tiempos, a partir de Parsons y hasta Giddens o Bauman (Parsons, 1951, Giddens, 1993, Bauman, 2003). Para los teóricos contemporáneos, al igual que para otros clásicos del pensamiento sociológico, las fuerzas de la modernidad terminan tarde o temprano por arrasar por completo las estructuras del orden tradicional.

Veblen reconocía el lugar destacado de la razón y de la ciencia en la civilización moderna y también pensaba que la perspectiva del individuo común es la del triunfo del mundo moderno. Su diferencia con los demás teóricos y pensadores no radicaba tanto en las dudas sobre los beneficios unívocos de la ciencia y la razón, sino en una insistencia peculiar, que implicaba aspectos diversos.

En primer lugar, para él era indispensable identificar la persistencia de hábitos mentales y rasgos de comportamiento arcaicos en entornos sociales supuestamente modernos. Así pues, lo que distingue a Veblen es su énfasis en el hecho de que los individuos nos aferramos a instintos, hábitos e instituciones persistentes: viejas creencias y costumbres que delínean una extensa gama de actitudes y disposiciones atávicas.

Estas conductas pueden encontrarse en los ámbitos económico, social, político y académico de la sociedad capitalista moderna; por ejemplo, en el consumo conspicuo; en la exaltación desmedida de la proeza deportiva; en el patriotismo militarista exacerbado, o en la presunción ceremonial de la erudición académica. Los instintos y los hábitos de la depredación, así como la emulación, en ocasiones contaminan o distorsionan una serie de instintos, igualmente de orígenes remotos,

que coadyuvaran a lo que Veblen denomina los “fines genéricos” humanos: la sobrevivencia o la comodidad en la vida individual y colectiva, entre los que destaca también el valor del trabajo útil o la curiosidad ociosa sin pretensiones de otro tipo.

En el esquema evolucionista de Veblen no se habla de una simple repetición de la historia, pues el autor no pensaba que la historia tuviera alguna lógica ordenadora. Era otra cosa lo que estaba involucrado: una incapacidad crónica para apreciar cuántos hábitos mentales profundamente incrustados en el pasado, algunos funcionales y otros disfuncionales, permanecen en nuestros supuestamente avanzados y lógicos cerebros modernos.

En efecto, como resultado de un complejo y azaroso proceso de evolución, en la sociedad moderna se encontraban en disputa instintos legados de etapas remotas de la historia. Por un lado, se encontraba el instinto del trabajo útil desarrollado en la fase primitiva salvaje y, que, sin embargo, era el requerido para el funcionamiento óptimo de la actividad productiva (la industria). Por otro estaba el instinto de la emulación que en muchas ocasiones hay que entender como “rivalidad” desarrollado en etapas posteriores, feudales y capitalistas, de “barbarie” diría Veblen, que conducen al impulso adquisitivo a través de la depredación, la “fuerza y el fraude”; al “derroche ostensible” en el ocio y el consumo. Para Veblen, la institución de la propiedad, base del impulso adquisitivo, se encontraba estrechamente vinculada a los instintos y hábitos de sociedades dominadas por clases ociosas, ya que éstas son las que establecen los cánones de vida comunitarios a los que otras tienen que adherirse por adaptación selectiva, so pena de ser condenadas a la marginación y al fracaso.

Por lo tanto, desde su perspectiva ideológica radical y socialista, la abolición de la propiedad traería consigo el fin de la clase ociosa y de sus hábitos arcaicos, al mismo tiempo que permitiría el resurgimiento del instinto del trabajo útil con todos sus efectos positivos. Sin embargo, en su pensamiento no había nada inmanente al proceso evolutivo que garantizara que, a fin de cuentas, los instintos, hábitos e instituciones superiores terminaran, por adaptación selectiva, desplazando a los arcaicos e inferiores. Es decir, apartándose de las versiones teleológicas del

progreso de otros evolucionistas contemporáneos, tanto liberales como socialistas, para Veblen el cambio social era un proceso abierto e impredecible tanto como lo era el futuro de la naturaleza humana y de la sociedad moderna (Tilman, 2007).

Aunque en TCO, de forma reiterada, Veblen aclara que su intención no es valorativa sino científica, es innegable que se trata de la obra de un radical “de izquierda”, que pone en tela de juicio las instituciones pilares del *status quo* de la sociedad capitalista moderna de sus tiempos, en particular, las de su país, a saber, la propiedad privada y el mercado, las convenciones sociales o las buenas costumbres y los modales, la religión –tanto en el credo como en el sacerdocio–, la exaltación de los deportes, la política profesional, la opresión patriarcal de las mujeres, el altruismo piadoso, etcétera. Y como si esto no fuera suficiente, también la erudición presuntuosa en las universidades de prestigio, contaminadas por la lógica de una sociedad depredadora y pecuniaria.

En este trabajo, además de identificar las características del radicalismo izquierdista vebleniano, se pretende explicar las razones y los motivos del pensamiento de Veblen en TCO. Buena parte de la literatura sobre el personaje y sus ideas se ha concentrado en esta última cuestión. Mientras que para algunos investigadores ese radicalismo fue secuela de su condición negativa de marginalidad, otros lo celebran y sostienen que su crítica del *status quo* es el producto intelectual de una mente perspicaz e independiente, sin prejuicios ni compromisos conservadores, poseedora de un rico capital etnocultural.

Una de las propuestas adicionales es que Thorstein Veblen se convirtió en una suerte de *alter ego* izquierdista de Herbert Spencer: evolucionista, como él, pero no liberal-individualista, sino socialista y con una enorme sensibilidad comunitaria, que desembocó en una crítica lapidaria de los sectores privilegiados de la sociedad norteamericana, en particular. Al igual que Spencer, Veblen no tuvo muy claras las diferencias entre evolución social y cultural y evolución biológica y natural, pues adjudicó a la primera no pocos elementos que corresponderían más bien a la segunda, especialmente en su análisis de la clase ociosa y el consumo conspicuo que ésta realiza. Sin embargo, acaso Veblen tuvo mucha razón al asociar

características “arcaicas” de la especie humana con los hábitos de “la clase ociosa”. Sólo le faltó precisar el carácter más bien biológico y psicológico humano de bastantes rasgos culturales que él consideraba de tipo histórico y social.

¿Marginal o extranjero?

Desde la publicación en 1934 del estudio clásico de Joseph Dorfman *Thorstein Veblen and his America* (Dorfman 1934/1961/1961), por mucho tiempo prevaleció la tesis de la marginalidad del autor. Según ésta, la condición económica, social y cultural de Veblen como hijo de granjeros inmigrantes noruegos, así como su personalidad y temperamento excéntricos, lo convirtieron en un intelectual desadaptado y fracasado. En palabras de Dorfman, lo que define a este controversial científico social de su país fue su condición de *outsider*: un académico aislado y enajenado de su entorno social descrito por él mismo como “el hombre de Marte” (Johnson, 1941). Desde la perspectiva de Dorfman, las ideas de Veblen serían producto de un profundo resentimiento personal hacia los sectores dominantes de la sociedad estadounidense de finales del siglo XIX y principios del XX. De ahí su crítica radical al capitalismo de su país, así como el rechazo y la ridiculización de los estilos de vida de ricos financieros, magnates industriales, sacerdotes, autoridades universitarias, deportistas, por mencionar sólo algunos de los grupos que serían blanco de la pluma satírica mordaz de Veblen. En particular, la ecuación familiar, sociocultural y personal del autor explicaría, si no por completo, sí en gran medida el origen, desarrollo y razón de su pensamiento, que por primera vez fue plasmado en TCO.

Por aproximadamente medio siglo, luego de la publicación del libro de Dorfman con su caracterización de Veblen como un “marginal”, una generación de estudiosos citó y reprodujo sus propuestas en forma casi mecánica. Una indicación de la influencia de Dorfman se puede apreciar en los adjetivos utilizados en diez de los libros estadounidenses más prominentes sobre Veblen. Dowd (1964: 193), Heilbronner (1955: 197) y Seckler (1975: 215) califican la obra de Dorfman como

“definitiva”; Lerner (1972: 630) la llama “monumental”; Coser (1977: 275) y Diggins (2003) se refieren a ella con los dos adjetivos: “definitiva” y “monumental”; Reisman (1960: 3) la describe como “concienzuda”, Rosenberg (1956: 1) como “exhaustiva” y Qualey (1968: 2) la considera “meticulosa”. El consenso sólido en torno a la biografía de Dorfman se resume en la idea de que no había posibilidad de mejorar su versión de la vida y obra de Veblen. No solo se diseminó la idea de la marginalidad patológica del economista y sociólogo, sino que otros autores la ampliaron.

Por ejemplo, en su libro titulado *Thorstein Veblen: A Critical Interpretation* (1960), David Reisman propone “que algunos hombres que no se apegan a las personas lo hacen a las cosas; Veblen no lo hacía ni a unas ni otras” (Reisman, 1960: 26). Y agrega que de haber vivido en otros tiempos, “sus amigos casi seguramente le habrían sugerido consultar un psicoanalista” (Reisman, 1960:186). Reisman concluye señalando que:

...Uno no puede subrayar suficientemente la marginalidad de Veblen como un noruego de segunda generación, rechazante y apartado de la cultura cerrada de sus padres, pero sin la habilidad para asimilar y aceptar las formas disponibles del americanismo... Esta condición lo empujó a los márgenes bohemios de la sociedad (Reisman, 1960: 206).

De manera similar, en *The Values of Veblen: A Critical Appraisal* (1956), Bernard Rosenberg, con base en Dorfman, argumenta que Veblen “no se sentía en casa ni en el entorno rural ni urbano de su existencia y esta incomodidad es básica para (entender) su personalidad” (Rosenberg, 1956: 6). Más aún, “le fue difícil encontrar un terreno común con los académicos... lo que amargó al hombre y llenó su pluma con el ácido sulfúrico que repartió en sus escritos” (Rosenberg, 1956: 6). Al igual que Dorfman, Rosenberg formula la hipótesis de que la marginalidad de Veblen explica su visión crítica del capitalismo estadounidense: “excluido por sus conciudadanos, volteó su mirada fría e incisiva hacia sus instituciones dominantes y las sometió al filo de la sátira” (Rosenberg, 1956: 5).

En *Masters of Sociological Thought: Ideas in Historical and Social Context* (1977), Lewis Coser recurre a las mismas caracterizaciones y apelativos: “un noruego

marginal”; “un estudiante marginal”; “un hombre marginal desadaptado a su comunidad noruega y más tarde al ambiente estadounidense”, que fue “producto de haber vivido dentro de un enclave cultural por diecisiete años”; “un outcast en círculos universitarios”. Y remata: “la marginalidad de Veblen era doble. Vivía en dos mundos y no pertenecía a ninguno de ellos” (Coser, 1977: 275, 276, 278, 285, 296, 297).

No sólo en el lenguaje, sino también en los argumentos de Coser, se encuentra la clara influencia de Dorfman como puede apreciarse en la siguiente cita:

Veblen era tanto un extranjero en sus Estados Unidos, como un individuo nacido en otro país... y fue precisamente esta posición de extranjero, lo que le permitió percibir características de los estilos de vida y costumbres estadounidenses que para el ciudadano establecido eran difíciles de detectar. La marginalidad agudizaba sus poderes de observación (Coser, 1977: 298).

La influencia de la versión de Dorfman se muestra en las obras de dos investigadores claramente simpatizantes de Veblen. En *Thorstein Veblen: Teórico de la clase ociosa* (1978/2003), John P. Diggins se distancia de la posición “provocadora” de Reisman, pero aun así describe a Veblen como a uno “de los seres más extraños que jamás pasearon por los jardines de la academia” (Diggins, 2003:100). Concluye que “el dolor de la propia imaginación de Veblen lo hizo agudamente consciente de que la objetividad no podía ganarse sin pagar un precio terrible en ostracismo e inquietud” (Diggins, 2003:112). Y agrega Diggins: “como los judíos, con quienes se identificaba obviamente, Veblen se veía a sí mismo como un hombre marginal, el eterno forastero sin lazos duraderos con la cultura prevaleciente y las instituciones dominantes de su época” (Diggins, 2003: 110 -111).

Rick Tilman, en *The Intellectual Legacy of Thorstein Veblen: Unresolved Issues* (1996), ha atacado repetidas veces las distorsiones de Dorfman. Sostiene que no se puede desechar la tesis de la marginalidad de Veblen en un sentido religioso, profesional y cultural. Para Tilman, el intelectual iconoclasta y el marginal social se reforzaron mutuamente en el caso de Veblen, sin que uno hubiera tenido primacía sobre el otro. Sin embargo, Tilman reivindica a Veblen subrayando que fue un

pensador ecléctico inusualmente creativo y original; un individuo único, indiferente a las condiciones y fuerzas estructurales a las que se someten todos aquellos estudiosos e intelectuales convencionales; es decir, que no provienen de Marte (Tilman, 1996: 225-229).

Recientemente, un grupo de investigadores se ha apartado de manera más evidente de la tesis del marginal de Dorfman. De éstas contribuciones destacan las del mismo Tilman, Russel y Sylvia Bartley (1999, 2000), Elizabeth y Henry Jorgensen (1999), así como las del sociólogo británico Stephen Edgell (1994, 2001). En estas publicaciones se aporta una reinterpretación del contexto histórico, así como de la figura de Veblen y su pensamiento. Además, ellas presentan evidencia convincente para poner en tela de juicio el mito de la marginalidad. En sentido diametralmente opuesto a Dorfman, argumentan que esa misma condición étnica, familiar y personal no fue un lastre, sino un valioso capital intelectual y etnocultural del que Veblen se valió creativamente para construir una interpretación, innovadora y crítica de la sociedad de sus tiempos (Schwartz, 1990, Jorgensen 1999, Edgell, 2001). Desde esta perspectiva alternativa, entonces, la aguda y peculiar mirada de Veblen era la de un extranjero “simmeliano”, familiarizado con los códigos y capaz de integrarse a su conveniencia a la cultura dominante sin fundirse en ella y, por lo tanto, con la habilidad para captar aspectos de la realidad social que otros intelectuales mejor “adaptados” no podían percibir.

Trayectoria, crisis, radicalización e innovación intelectual

Los detractores contemporáneos de Dorfman se han concentrado en atacar, quizás con bastante justificación y éxito, la tesis de “Veblen el marginal”. Sin embargo, han menospreciado la rica información que ofreció el primero en relación con el entorno y la trayectoria intelectual del autor, incluyendo sus aportaciones innovadoras al campo de las ciencias sociales en general y de la economía en particular. Además de “marginal”, Veblen es presentado en el libro de Dorfman como un individuo brillante y erudito, un fundador intelectual e investigador innovador de la nascente escuela institucionalista, a la cual por cierto perteneció durante la mayor parte de su vida el propio Dorfman, autor de *Thorstein Veblen and his America*.

Una lectura más cuidadosa del estudio de Dorfman muestra que, para este biógrafo de Veblen, su marginalidad no fue el único factor que intervino en las adversidades y crisis del autor de TCO. En el relato de Dorfman también puede leerse que el entorno institucional no solamente era hostil para un excéntrico iconoclasta radical, un “perturbador de la paz intelectual” en palabras de Diggins, sino prácticamente para cualquier individuo que estuviera dispuesto a introducir nuevos enfoques, perspectivas, autores e ideas, así como disciplinas de investigación en las ciencias sociales.

Lejos de defender al *establishment* académico de la Edad del Oropel, Dorfman caracterizó al entorno institucional de los centros universitarios de prestigio y a sus integrantes más representativos como conservadores rígidos, es decir, marcados por un *habitus* bourdieuano y amurallados en un campo bastante resistente a la disidencia y la innovación. Dorfman examina un contexto o un “campo”, en términos de Bourdieu (Bourdieu, 1998 y 2007), en el que durante las décadas de crisis de fines del siglo XIX y los primeros años del XX se libraron intensas pugnas entre los defensores del *status quo*, directores y estudiosos del *establishment* aferrados al canon convencional filosófico, teológico y económico liberal ortodoxo, por un lado, y toda clase de innovadores, por el otro, como no sólo el estigmatizado noruego-norteamericano, sino además como personalidades menos radicales y controversiales de la escuela histórica de economía (Ely), el evolucionismo sociológico (Sumner), la nueva psicología (James y Loeb), la antropología cultural (Boas) o la filosofía pragmatista (Dewey).

En el presente estudio, sin intención alguna de reivindicar exclusivamente la tesis del marginal, he buscado recuperar otros elementos valiosos en la biografía escrita por Dorfman, con el fin de explicar el proceso de radicalización intelectual de Veblen, finalmente reflejado en TCO. Para complementar a Dorfman, he incorporado estudios más recientes y críticos de éste. Además, he leído algunas de las obras que más influyeron en el pensamiento mismo de Veblen (Bellamy, 1888; Ibsen, 2012; Spencer, 1947, 1967), así como varios de sus escritos previos a TCO,

reveladores de los cambios ocurridos en su trayectoria intelectual (Veblen, 1891, 1898abc, 1898-1899/1999a, 1898-1899/1999b).

Con base en la propuesta de Alexander T. Riley (2004/2013), esbozo una interpretación centrada en la noción de crisis y su relación con la trayectoria del pensamiento y la producción de Veblen, a fin de explicar el sentido de TCO como resultado de un proceso de radicalización. Riley considera que al trascender las perspectivas “internalistas” intelectuales, es importante también evitar las “psicologistas” y excesivamente individualizadas. Para ello sugiere recuperar la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu –“un conjunto de predisposiciones a la acción por parte de (un grupo de) individuos socializados”, concepto que por cierto empata sorprendentemente con los de “instinto” y “hábito” en el mismo Veblen–.

Sin embargo, Riley pretende enriquecer dicha noción con una perspectiva centrada en el análisis del impacto de las distintas crisis (“en la lucha política”, las disciplinas académicas, la identidad religiosa, la vida familiar e inclusive en la salud) en la trayectoria y la generación del pensamiento sociológico. Desde esta perspectiva, se rescata la importancia asignada por autores como Víctor Turner y Arpad Szakolczai a la experiencia de vida del autor y a su relación con su producción intelectual. Dentro de estas experiencias se incluyen los “ritos de paso” (las disertaciones públicas, la presentación de resultados de investigación, etcétera) así como las lecturas efectuadas por el personaje en un sentido amplio, que incluyen actos de “revelación”, “reflexión” y “reconocimiento”. Según Riley, las crisis pertenecen a la experiencia vital de un individuo. Se distinguen de otras experiencias en que son una forma...

...Más profunda, seria e impredecible por sus efectos, tanto en el trabajo del pensador como en su vida... (que) golpea, en un cierto sentido, por debajo de la superficie del trabajo intelectual y afecta su trayectoria de manera más subterránea, sísmica... Por esta razón, los efectos de tal tipo de crisis en el trabajo intelectual sí existen son más difíciles de trazar (Riley, 2013: 243).

Por eso advierte que los autores no necesariamente tienen conciencia del efecto de estas crisis en su trayectoria, ni tampoco comúnmente dejan evidencia

documental de ellas. Así pues, “la excavación de sus efectos requiere sensibilidad metodológica y un apetito omnívoro por las fuentes, pues uno debe estar preparado para encontrar evidencia de las consecuencias de esas experiencias de crisis en los lugares más inesperados” (Riley, 2013: 244). De lo anterior, evidentemente se desprende que no toda experiencia vital que influye en la trayectoria intelectual es una crisis; hay que distinguir unas de otras, lo cual implica dificultades metodológicas.

En la biografía de Dorfman sobre Veblen y en otros escritos, se encuentran elementos e indicios útiles para sostener que en los años inmediatos previos al momento –así como justo en él– en que Veblen redactó TCO, este autor estaba transitando por una serie de experiencias vitales que incluyeron diversas crisis personales importantes, en los planos mencionados político-ideológico, religioso, personal, intelectual y académico; crisis estrechamente vinculadas con la radicalización de su pensamiento.

Estructura y síntesis del estudio

En el primer capítulo de este trabajo, “Experiencia vital y trayectoria intelectual”, con base principalmente en el libro de Dorfman, se resume la biografía familiar, personal, académica e intelectual de Thorstein Veblen desde su infancia y adolescencia, en el mundo comunitario rural noruego-americano, hasta su primera fase de madurez intelectual cuando finalizó su doctorado en filosofía en Yale, en el contexto histórico de los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XIX.

El capítulo II, “Crisis y radicalización” trata sobre los acontecimientos sociales, personales, intelectuales y profesionales de la experiencia vital de Veblen, que ahondaron el disenso y, finalmente, condujeron a su ruptura con el *establishment* -el habitus y el campo filosófico y económico dominantes- en Estados Unidos. En particular se destaca la importancia de dos periodos: el primero, los siete años entre 1884 y 1891, que inicia con la crisis de Veblen al no poder obtener una plaza académica, por causa principalmente de su agnosticismo religioso; y el segundo,

desde su incorporación a la Universidad de Chicago hasta la publicación de TCO en 1899; estos fueron años de gran turbulencia social y económica, que se combinaron con la confrontación creciente del teórico ya radicalizado con las autoridades académicas de su universidad.

Nuevas “ideas subversivas”, a través de “lecturas”, en el orden académico convencional, del *habitus* y el campo en términos de Bourdieu, se encuentran entre las experiencias vitales de Veblen. Ellas no necesariamente representaron crisis según el esquema de Riley. En el caso de este estudio, sobresale la gran crisis vebleniana, no en el plano estrictamente personal, que provocó la recepción del evolucionismo en el campo académico de Estados Unidos y su impacto en la generación de intelectuales disidentes del *status quo* institucional y social, entre los que figuraba Veblen.

Pretendo mostrar que la lectura crítica y la síntesis creativa de la propuesta evolucionista sociológica del filósofo británico Herbert Spencer, en particular de sus obras *Estática Social* (1850/2013) y *Principles of Sociology* (1908/1975), fue una pieza clave en el proceso de radicalización intelectual de Veblen, que lo llevó a la construcción (los motivos, razones y contenido) de TCO. Desde sus años como estudiante en Carleton, nuestro autor ya había comenzado a familiarizarse con la ideas de Spencer y profundizó en las mismas cuando estudió en Yale, bajo la tutela de William Graham Sumner. Asistir como estudiante a las clases de Sumner constituyó una experiencia importante en el desarrollo de su trayectoria intelectual. Sin embargo, la radicalización izquierdista de su evolucionismo fue en buena medida producto de la lectura de la novela *Looking Backward* (1888) del socialista utópico, pero también evolucionista estadounidense, Edward Bellamy, al final de sus años de desocupación académica. El impacto de esta lectura fue muy grande, debido a que Veblen la llevó a cabo en una coyuntura de profunda crisis personal y profesional, marcada por las adversidades profesionales que enfrentó, pese a sus reconocidos logros académicos.

En este proceso de crisis y radicalización sucedieron otros acontecimientos importantes con respecto a su vida: una depresión económica, con sus secuelas de

agitación sociopolítica, centradas en Chicago durante la década 1890 y el severo choque cultural que experimentó Veblen entre el *habitus* de su comunidad de origen noruego y el del medio elitista anglosajón de la familia de su esposa y de las universidades de la Ivy League.

En este periodo crucial también intervino la impartición que haría Veblen de un curso sobre socialismo en la Universidad de Chicago y las lecturas que llevó a cabo de varios textos clásicos y contemporáneos, para la preparación del mismo. Veblen aprovechó la oportunidad de publicar una serie de reseñas de estas obras, en la revista que él mismo editara: el *Journal of Political Economy*, lo cual resulta afortunado para los investigadores interesados en la identificación de las fuentes intelectuales de su pensamiento. Veblen revisó obras de grandes socialistas, desde luego Marx, y también de otros autores contemporáneos, como Kautsky. También abordó autores menos conocidos, como Robert Flint, Thomas Kirkup y Enrico Ferri. En particular, este último es importante, ya que le ofreció elementos valiosos adicionales para construir su interpretación radical socialista del evolucionismo darwinista y spenceriano. Pese a la importancia de la influencia de Ferri en Veblen, en la literatura revisada dicha influencia no se encuentra debidamente valorada como una experiencia vital trascendental. La revisión de estas publicaciones, junto con otras cuatro que aparecieron en el *American Journal of Sociology* entre 1898 y 1899, prácticamente como textos preparatorios para TCO, son evidencia de la culminación del proceso de radicalización en la trayectoria intelectual de Veblen.

En el tercer capítulo, “Innovación”, se sintetiza y explica la propuesta, así como los argumentos de TCO, con el fin de mostrar el carácter radical distintivo de su evolucionismo social. El análisis se centra en la “historia conjetural” y sus distintas etapas, que construyó Veblen con el fin de explicar los orígenes y el desarrollo de las clases ociosas a lo largo del tiempo. Se muestra como, a la vez, rescataba y rechazaba elementos de Spencer, sobre todo de sus *Principles of Sociology*, con el objetivo de formular una teoría crítica de los fundamentos y los pilares tanto de la economía convencional, a la que consideraba precientífica, como de la sociedad capitalista moderna, a la que concebía como depredadora y derrochadora.

Finalmente en el capítulo IV, “El radicalismo izquierdista de TCO”, se analiza el carácter iconoclasta de la obra. En su estudio del pensamiento de Veblen, Barañano se enfoca en la vebleniana “revuelta contra el *homo oeconomicus* de la ‘economía recibida’” (Barañano, 1991: 61). Sin duda este fue uno de los objetivos principales de Veblen. En su agudo ensayo, la autora ubica a Veblen dentro de una corriente adversa al formalismo predominante y de la controversia que se desató en la época en torno a la naturaleza humana. El pensador noruego-americano se abocó a identificar y criticar –o en palabras de Barañano, a “viviseccionar” –, la noción de *homo oeconomicus*, que proviene del utilitarismo de Jeremy Betham y se reprodujo en la psicología asociacionista, a partir de sus tres endeble cimientos, que serían: su inmutabilidad, su razón utilitarista y hedonista y la atomización de la individualidad aislada:

Sobre la base de esta ‘vivisección’ del *homo oeconomicus* practicada, Veblen concluye que esta preconcepción no consigue dar cuenta ni del hombre real ni de los motivos y orientación de la compleja conducta propia de éste. Por lo que, a su entender, tampoco constituye una adecuada herramienta para la comprensión de su comportamiento económico. Además, la ‘economía recibida’ le atribuiría la condición de premisa universal, axiomática y apriorística cuando, de acuerdo con la epistemología vebleniana, su validez, como la de todas las restantes preconcepciones, es necesariamente relativa a un determinado contexto histórico, dentro del cual se gesta y se desarrolla (Barañano, 1991: 61).

Así pues, según Barañano, el propósito central de la agenda intelectual de Veblen fue construir una ciencia económica evolucionista, contraria a la del *habitus* y el campo disciplinar, que trascendiera al *homo oeconomicus* y se basara en una concepción alternativa de la naturaleza humana, tanto como fincada en las categorías de instinto y hábito.

El asunto de la naturaleza humana y de la rebelión contra la noción del *homo oeconomicus* se encuentra indudablemente contenido en TCO. Sin embargo, en este trabajo se sugiere que en esta obra también alcanza el mismo rango de importancia una devastadora crítica a la noción convencional del sentido social de la propiedad como derecho natural. En igual medida que la ruptura con el

hedonismo, la crítica a la propiedad es clave para entender las diferencias de Veblen con el pensamiento evolucionista de Spencer y de Sumner, así como el propósito fundamental de TCO. Fue con base en sus ideas subversivas sobre la propiedad privada, que Veblen formularía sus fuertes críticas hacia otros pilares de la sociedad moderna estadounidense: la condición bárbara de la mujer, las buenas costumbres, la religión y los deportes. Junto con la divergencia en torno a la propiedad, su evolucionismo rompió claramente con la fe en el progreso social característico de su sociedad y de sus tiempos.

En breve, considero que en la literatura existente, tanto en la obra de Dorfman como en la de sus seguidores y críticos contemporáneos, se incurre en explicaciones esencialistas de la figura de Veblen y su obra. En este trabajo le asignó un papel central a una serie de acontecimientos históricos y biográficos clave para explicar el proceso de formación del pensador y teórico social radical, autor de TCO. Cabe aclarar que se trata de un ejercicio analítico sustentado en la evidencia de fuentes secundarias. Sobra advertir que este estudio no pretende resolver todos los problemas metodológicos y teóricos pertinentes para explicar los orígenes de las ideas de un autor, vinculándolas con la biografía, la personalidad, su formación académica e intelectual y el entorno institucional.

CAPÍTULO I

EXPERIENCIA VITAL Y TRAYECTORIA INTELECTUAL: DE GRANJERO NORUEGO AMERICANO A FILÓSOFO KANTIANO (1857-1884)

La vida y obra de Thorstein Veblen han sido objeto de varios estudios publicados a lo largo de los últimos ochenta años. Sin duda, el más importante, voluminoso y también polémico es el libro *Thorstein Veblen and His America*, del economista e historiador Joseph Dorfman, publicado en 1934. En el prefacio Dorfman señala que ha escrito su libro “con la esperanza de que una indagación sobre la historia de vida de Veblen eche luz sobre el significado de su trabajo científico” (Dorfman, 1934/1961, Preface). Esta obra es de referencia obligada para emprender cualquier estudio sobre Thorstein Veblen. Se trata de una biografía monumental que inicia con el pasado de la familia Veblen en Noruega y relata la vida personal e intelectual del mismo hasta su muerte, en el contexto de los grandes cambios históricos por los que atravesó Estados Unidos, desde la llamada Edad del Oropel, hasta finales de los años veinte.

En este capítulo y en el siguiente, a partir del libro de Dorfman, complementado y corregido con investigaciones más recientes, se expone la trayectoria biográfica e intelectual de Thorstein Veblen en el contexto histórico (económico, social, cultural y académico) que lo envolvió, desde sus antecedentes noruegos hasta el momento en que escribió TCO.

El marginal

Las “pequeñas Noruegas”: infancia y adolescencia de un descendiente de inmigrantes

En los primeros capítulos del libro de Dorfman, se relata la experiencia de la familia Veblen, primero como campesinos en Noruega y luego como inmigrantes granjeros en el medio oeste de los Estados Unidos. Se narra cómo los dos abuelos de Veblen

perdieron sus tierras, uno frente a su acreedor y el otro por razones de herencia, en un contexto sociocultural en el cual ser poseedor de tierra era lo que proveía de sentido de pertenencia y de estatus a los individuos en la comunidad. Explica Dorfman las razones por las que en 1846 el carpintero y ebanista Thomas Veblen, padre de Thorstein, decidió emigrar a los Estados Unidos con su esposa Kari Bunde y sus hijos, ya que en Noruega enfrentaba grandes dificultades para recuperar sus tierras y esperaba conseguir otras en el Nuevo Mundo. Dicho propósito no fue fácil de lograr, pese al mito del sueño americano.

El escenario de marginalidad se comienza a dibujar a partir de la descripción de la familia Veblen a su llegada a los Estados Unidos, en condiciones de pobreza extrema y físicamente debilitada luego de una difícil e insalubre travesía (Dorfman, 1934/1961: 5). Enseguida describe las dificultades que enfrentó la familia al migrar al oeste, a los asentamientos de población escandinava y su ardua lucha por la obtención de tierras fértiles, primero en Cato, Wisconsin, donde nació el sexto hijo de la pareja Veblen, Thorstein, el 30 de julio de 1857. La tierra en Wisconsin no era suficientemente productiva, por lo que en 1865 los Veblen migraron más al oeste, hacia Rice Country, Minnesota. En esta sección del libro, se destaca el ambiente, la forma de vida, la organización social y los valores de la comunidad agraria de inmigrantes noruegos en sus asentamientos de Minnesota.

Lo que caracterizaba a ese mundo de la frontera rural, según Dorfman, eran la simpleza escasez, y aislamiento relativo de las granjas autosuficientes del medio oeste. También era notable el nacionalismo “de las pequeñas Noruegas”, con su obcecado tradicionalismo religioso luterano, lingüístico y étnico, y su férrea resistencia a asimilarse a la cultura anglosajona. Los asentamientos de los inmigrantes escandinavos estaban rodeados de grupos de *Yankees* (estadounidenses anglosajones protestantes radicados en el norte del país) que dominaban el medio económico, político y social de la región. Mientras los noruegos consideraban la tierra como un medio de subsistencia y arraigo comunitario, los estadounidenses de cepa más vieja la veían como un mero artículo de intercambio, con el cual buscaban especular y lucrar.

Los hogares o las casas de los inmigrantes escandinavos eran “cabañas de madera, chozas” sobrepobladas, tanto con gente como con animales (Dorfman, 1934/1961:6). “Tan tarde como en los años de 1870, la casa de los Veblen en la campiña de Minnesota era aún sumamente primitiva” (Dorfman, 1934/1961:10). Así pues, Dorfman sostiene que el joven Thorstein creció en una extrema rusticidad caracterizada por muebles, comida y ropa de manufactura doméstica; “el pequeño no estaba acostumbrado a vestir camiseta”, todo lo cual contrastaba con la cultura de relativa abundancia de las comunidades yanquis circundantes (Dorfman, 1934/1961:6).

Más aún, “la segunda generación de criaturas como Thorstein Veblen aprendían poco la lengua extranjera (el inglés), mientras que el asentamiento permanecía sin ser tocado por la cultura extraña (yanqui o estadounidense)”. Esta condición ponía a los inmigrantes “en franca desventaja” en sus tratos legales y comerciales con los empresarios estadounidenses que habitaban en las ciudades (Dorfman, 1934/1961:11). Por estos y otros factores, “el aislamiento cultural de los noruegos se intensificaba en un grado nunca superado por cualquier otro grupo numeroso de inmigrantes” (Dorfman, 1934/1961:7).

Thomas Veblen sobresalió como un granjero exitoso e innovador, que introdujo al asentamiento la primera maquinaria agrícola moderna, además de ser altamente respetado por su honorabilidad, educación e inteligencia. El joven Thorstein dio muestras desde la infancia de su carácter extravagante y conflictivo: era un buscapleitos, burlón, inteligente y reacio a cumplir con sus labores en la granja, por lo que siempre ingeniaba un método para realizarlas con el menor esfuerzo posible. Era inquieto, ávido de conocimientos, amante de la lectura y curioso por aprender acerca de las leyendas y la historia de sus ancestros, características que le ganaron ser el consentido de Kari T. Bunde, su madre. Uno de los hermanos de Thorstein señaló años más tarde que fue de Kari de quien “sacó su personalidad y su cerebro” (Dorfman, 1934/1961:12).

Thomas era un tipo racional, pero rígido y sentimentalmente frío y poco afectuoso. Kari, en contraste, era más flexible, comprensiva, cariñosa, imaginativa, creativa,

confiaba en sí misma y tenía ideas más liberales, por lo que Thorstein, en su infancia y adolescencia, se hizo distante del padre técnico racional y más cercano a la madre de sensibilidad artística. Estas dos tendencias siempre se encontraron en tensión en la psique, así como en la obra intelectual de Veblen.

La familia Veblen se encontraba hasta cierto punto aislada, no solo de los yanquis, sino también de sus vecinos de origen noruego. Esto se reflejó en la hostilidad de muchos de sus paisanos hacia la familia y, en el caso de Thorstein, se agravó por su carácter altanero y presumido. Además, le gustaba escandalizar defendiendo causas poco populares en las escuelas del asentamiento, como fue el caso de los nativos norteamericanos o, controversialmente, los sureños esclavistas en el conflicto de secesión. Thorstein era “un joven solitario”, que durante la mayor parte del tiempo “se retraía para ocuparse con sus propias ideas” (Dorfman, 1934/1961:13, 30).

Otro punto de diferencias entre los Veblen y la comunidad del asentamiento se dio como resultado de las decisiones que tomó el padre con respecto a la educación de sus hijos. La educación era altamente valorada en la familia Veblen. En las comunidades agrarias noruegas, el descendiente de granjeros que aspirara a ser algo más, tan solo contaba con dos opciones aceptables: el sacerdocio en la conservadora Iglesia Luterana o el magisterio en las escuelas confesionales, igualmente luteranas, del asentamiento. Thomas quería algo diferente para sus hijos, por lo que decidió que todos, independientemente de que fueran hombres o mujeres, harían estudios superiores en instituciones de denominación congregacionalista y no en las escuelas luteranas locales.

Carleton: primer acercamiento a la filosofía y la economía política

Andrew, el hermano mayor de Thorstein, ingresó al Colegio Carleton (entonces llamado Carleton College Academy), una institución de “artes liberales” cristiana, en donde la disciplina principal era la filosofía con una fuerte orientación teológica. Emily, una de sus hermanas, lo siguió. Un día de 1874, sin consultarle, Thomas arrancó a Thorstein, que entonces tenía 17 años, de las faenas en el campo y lo

transportó hasta Carleton para reunirlo con sus hermanos y habitar la cabaña que les había construido con sus propias manos en un terreno cercano al colegio.

Dorfman insiste en que por su temperamento, personalidad, condición económica y sociocultural, Thorstein nunca logró adaptarse plenamente a Carleton. No hablaba bien el inglés y esto lo estigmatizaba. Continuamente se encontraba “solitario y nostálgico”, además de “seriamente necesitado de ayuda financiera” (Dorfman, 1934/1961:39). No obstante, fue un alumno brillante. Obtuvo el mejor desempeño en el examen de admisión y el premio Atkins al mejor ensayo estudiantil.

En Carleton, como en los Estados Unidos en general, el campo de la filosofía se encontraba dominado por individuos con educación teológica, así como por seguidores de la corriente presbiteriana ilustrada escocesa del “sentido común”, de Thomas Reid y sus herederos intelectuales (Hernández Prado, 2006, 2007 y 2010). En contra del empirismo radical de Hume, los profesores de filosofía de Carleton sostenían que los seres humanos compartimos por naturaleza ciertos atributos racionales básicos, que no varían de una cultura a otra. Dichos atributos o “sentido común”, son parte de la naturaleza humana, de acuerdo con el diseño de la creación y los designios de Dios.

Cabe advertir que la versión de la filosofía escocesa del sentido común que se difundió por los Estados Unidos durante el siglo XIX era una “estandarizada”, que principalmente se hallaba dissociada del pensamiento evolucionista que fue cobrando forma en ese siglo, gracias especialmente a los aportes de Charles Darwin y Herbert Spencer. El filósofo Charles Sanders Peirce se refirió a dicha versión estandarizada como un “sensocomunismo clásico”, en contraste con un “sensocomunismo crítico”, consistente en la muy viable articulación de las tesis del sentido común humano y de la evolución de la naturaleza biológica y de la sociedad humana (Peirce, 1905/1955).

La filosofía del sentido común, según explica Dorfman, también se relacionaba con fundamentos hedonistas y utilitaristas: por voluntad divina, los seres humanos nos movemos impulsados por el dolor y el placer. Nos esforzamos por evitar dolor y por

obtener placer. Estos esfuerzos, en principio egoístas, conducen hasta la propiedad concebida como derecho natural. Generar riqueza no solo beneficia al individuo, sino también, indirectamente, a la sociedad en su conjunto. De ahí, que estos principios filosóficos sirvieran de fundamento a una economía política de *laissez faire*. Cualquier intervención por parte del Estado constituía una afrenta a la naturaleza divinamente ordenada. Tales intromisiones violaban los derechos de propiedad o la libertad contractual por igual de empresarios y trabajadores.

Veblen aprendió sin dificultad estas lecciones, pero pronto se rebeló como un agnóstico en materia religiosa. Quizá se trató de su primera crisis espiritual e intelectual importante. Por otro lado, ya desde esta etapa, se manifestó también en materia filosófica y económica como un escéptico de los fundamentos del sentido común y el *laissez faire*. Comenzaba a prepararse el terreno en él para sus futuras ideas evolucionistas y comenzaba, asimismo, a disentir del habitus y el campo académico de su entorno, es decir, de quienes defendían a ultranza el mercado y un derecho natural (sagrado) de la propiedad.

El joven estudiante desafiaba las lecturas asignadas sobre filosofía, religión y economía. Encontraba tiempo para leer sagas nórdicas, así como a filósofos excluidos de la currícula, tales como John Stuart Mill, Hume, Rousseau, Huxley, Tyndall y Spencer, a “quién en particular consideraba como un gran contribuyente al avance intelectual” (Dorfman, 1934/1961: 30).

En otras instancias, Veblen asumió un papel aún más excéntrico. En un ejercicio de clase elaboró y presentó con absoluta solemnidad una clasificación de los hombres con base en sus narices. Participó en un concurso de retórica, defendiendo la posición de un borracho; para escándalo del jurado, profesores y estudiantes, abogó también por el canibalismo.

Estas posiciones y desplantes terminarían por marginarlo de los sectores más conservadores y convencionales de la comunidad colegial:

Thorstein Veblen no cabía en Carleton College, ni intelectual ni socialmente. En palabras de uno de sus funcionarios, la misión era imprimirle a las regiones del Oeste las ideas y

principios del Este y combatir la infidelidad burda, la demagogia irresponsable y el socialismo del viejo mundo, tan rapante en los nuevos estados... Sin embargo, no estaba (Veblen) mejor adaptado a la comunidad noruega de casa, en donde (...) sus habitantes se aferraban a los viejos valores espirituales y culturales y la consumación del proceso de asimilación se encontraba muy distante” (Dorfman, 1934/1961:29).

Pese a su aislamiento personal y a su temprana disidencia, Veblen contó con la simpatía y el apoyo de algunos profesores como el economista liberal John Bates Clark, quien sería después catedrático de la Universidad de Columbia y reconocido como decano de los economistas estadounidenses de la época. Además, Clark nutrió el concepto de marginalidad, tan importante para la economía neoclásica: el consumidor no considera los bienes totales poseídos, sino el bienestar o placer que obtiene de la adquisición de cada unidad adicional.

En 1880 y en Carleton, el joven excéntrico conoció e inició un romance con una compañera y amiga del colegio, Ellen Rolfe, la que ocho años más tarde se convertiría en su primera esposa. Rolfe era sobrina del presidente del Colegio, W.B Strong, un acaudalado empresario con fuertes inversiones en la nueva empresa del ferrocarril transcontinental, Atchinson, Topeka & Santa Fe. Rolfe y Veblen compartían varios rasgos de personalidad y temperamento. Contaban ambos con una inteligencia sobresaliente. Tendían a ser introvertidos y al aislamiento social, por lo que eran considerados *outcasts*, no muy aceptados entre sus compañeros.

Al finalizar sus estudios en Carleton, en 1881, Thorstein se hizo maestro de matemáticas en el pequeño Colegio luterano de Monona por un breve tiempo, ya que la escuela cerró unos meses después. Escuchó los consejos de Andrew Veblen y decidió seguir las huellas de su hermano mayor, para dirigirse a la primera escuela superior de posgrado en los Estados Unidos: Johns Hopkins, en Baltimore.

Johns Hopkins y Yale: entre Kant y Spencer

No todo el aprendizaje en Hopkins se redujo a lo académico. En Baltimore, Veblen se hospedó en casa de una familia sureña, algo que le permitiría entrar en contacto con el estilo de vida aristocrático tradicional de dicha región norteamericana.

Observó divertido la forma en que los dueños de la casa, con tal de mantener el decoro de la familia, se hallaban dispuestos a ofrecer a sus huéspedes suntuosas cenas servidas en lujosas vajillas por la elegante servidumbre, con costos muy superiores a las rentas que recibían.

En el plano propiamente académico, Veblen encontró que en John Hopkins también dominaba la versión estandarizada de la filosofía del sentido común. Sin embargo, comenzaban a llegar otras corrientes de pensamiento, como sería el caso del idealismo alemán de Immanuel Kant y Georg Wilhelm Friedrich Hegel. En ese entonces, el campo académico de la filosofía estadounidense rechazaba a Kant y a Hegel, pues su idealismo negaba las “verdades del sentido común” y de la psicología asociativa e inductiva. Esto ocurría al tiempo de que en otros países, como Alemania, se daba un renacimiento del interés por Kant, incluso por seguidores del darwinismo naciente.

Veblen estudió con el historiador Herbert Baxter Adams, pionero en la visión progresista del desarrollo de su país. También cursó con George Morris tres asignaturas: una sobre filosofía griega, otra sobre ética y una tercera sobre la *Crítica de la razón pura* de Kant, en el año del centenario de su publicación (1881). Hegel y, en menor medida, Kant, eran considerados por Morris “idealistas desintegradores” (Dorfman, 1934: 40).

Además de su interés por la filosofía, Veblen ya incursionaba en la economía política, por lo que decidió acercarse al profesor Richard Ely, quien inicialmente se formó en los principios del sentido común, pero que durante una estancia en Alemania, había supuestamente aprendido las virtudes de la “escuela histórica” de Gustav Schmoller. Esta escuela postulaba la importancia de explicar los fenómenos económicos a partir de las particularidades culturales e institucionales y espacio-temporales de cada nación. Sin embargo, Veblen, se desilusionó al descubrir que Ely no había leído realmente a los autores germanos a los que se refería en clase, por lo que decidió ponerlo en evidencia durante una de las sesiones.

A pesar de este incidente, Ely lo seleccionó como candidato para recibir una beca, debido a que en su curso presentó un ensayo sobresaliente con tema en la posición de John Stuart Mill sobre la renta de la tierra como ingreso ilegítimo. Al mismo tiempo, Veblen asistía a las conferencias sobre lógica de la ciencia del mencionado filósofo pragmático Charles Sanders Peirce, en las que éste expresó su interpretación del pensamiento como una forma de acción. Lo anterior representaba un alejamiento de Veblen con respecto a los principios hedonistas, tanto de la psicología asociacionista, como de la norteamericana y muy establecida filosofía del sentido común.

En sus primeros años el posgrado de John Hopkins enfrentó serias dificultades: falta de presupuesto e incapacidad para reclutar catedráticos de filosofía, que cumplieran con el perfil esperado. Estas deficiencias terminaron nuevamente por decepcionar a Veblen, quien fracasó en obtener una beca para continuar en la institución.

Su padre, Thomas, consideraba que Thorstein no era más que un holgazán. Para colmo, se había endeudado con el fin de apoyarlo. Veblen siguió enfrentando penurias económicas y para ese entonces, también quería sacudirse de la tutela de su hermano Andrew. Por estas razones, al finalizar el primer semestre decidió dejar inconclusos sus estudios en Johns Hopkins y continuó su doctorado en Yale, por recomendación de su presidente Noah Porter, un metafísico y filósofo moral, defensor del carácter eminentemente cristiano de esta prestigiosa institución académica. Porter encabezó la cruzada contra el idealismo alemán y más aún, del evolucionismo en sus versiones tanto darwinista, como spenceriana.

En Yale, la falta de dinero y el carácter austero de Veblen “lo llevaron a prescindir de sofisticación en el vestido y sus aires pueblerinos noruegos no fueron una ventaja para él en este centro de la alta cultura yanqui” (Dorfman, 1934/1961:42). Para entonces, la “apatía” de Veblen había alcanzado dimensiones “olímpicas, que exasperaban a muchos de sus compañeros y parientes”, aunque uno de sus amigos universitarios “lo describió con mayor simpatía como un espectador que veía la vida desde una posición de distanciamiento” (Dorfman, 1934/1961: 42).

Veblen ya observaba con curiosidad, pero con profunda desconfianza y mofa, los rituales de carácter rígidamente religioso de los académicos y estudiantes de Yale. Según el relato de Dorfman, terminó por sentirse fuera de lugar y añoraba regresar a su hogar.

Sus compañeros lo consideraban y lo describían como un “extranjero” (Dorfman, 1934/1961:42,43). Lo respetaban sobre todo por sus capacidades intelectuales y habilidades idiomáticas, pero era rechazado por su ateísmo, su carácter rudo y sus extraños hábitos. El respondía con indiferencia y hermetismo y desplegaba una actitud cínica y burlona. La mayor parte del tiempo se mostraba como un observador desprendido de su entorno. Además de sus lecturas académicas, devoró las obras literarias del dramaturgo noruego Henrik Ibsen (Ibsen, 2012) con las cuáles se identificaba públicamente, dado su origen nacional y sus posiciones vanguardistas de corte feminista.

En su obra más famosa, *Casa de muñecas*, Ibsen retrataba la vida en un hogar patriarcal de la burguesía noruega de mediados del siglo XIX (Ibsen, 2012). La protagonista del drama, esposa de un acaudalado banquero, se rebela en contra de ser utilizada como propiedad privada y decorativa por parte de su esposo y decide abandonarlo, adoptando una conducta transgresora los valores, costumbres y normas de la época. Veblen se encargó de promover la lectura de la obra de Ibsen entre sus compañeros en Yale.

Pero aún más importante en esos años, fue el impacto creciente de las ideas evolucionistas. Si bien pueden rastrearse los orígenes y propuestas clásicas del evolucionismo en el Viejo Continente, en ningún país generó tanto interés como en los Estados Unidos de América durante la Edad del Oropel (Hofstadter, 1944/1992). El escándalo del evolucionismo dominaría el mundo científico, religioso e intelectual durante las últimas décadas del siglo XIX, cuando Veblen alcanzó su madurez personal e intelectual.

Pocas son las teorías científicas cuyas consecuencias intelectuales hayan trascendido tanto en el desarrollo interno de la ciencia, como sistema de

conocimiento capaz de transformar los patrones fundamentales del pensamiento. Los descubrimientos de la magnitud de la evolución generan auténticas crisis culturales e intelectuales; destruyen viejas creencias y filosofías; sugieren e imponen la necesidad de construir otras nuevas; producen tanto interés y adquieren semejante prestigio entre la comunidad de letrados, que no pocos se resisten en defensa del *status quo*, mientras que otros se sienten obligados a armonizar la nueva visión del mundo con sus propios hallazgos. Los más audaces e innovadores van más allá y se convierten entusiastamente al nuevo credo y lo utilizan para formular y difundir sus puntos de vista, acerca de temas inclusive alejados de la ciencia. Este fue el caso de las ideas de Copérnico y de Newton, y lo mismo pudiera decirse de los dos fundadores británicos del evolucionismo moderno: Charles Darwin y, desde luego, Herbert Spencer (si bien en la actualidad únicamente el evolucionismo darwiniano ha mantenido su prestigio, gracias a los avances de la genética; véase Dawkins, 2009).

Casi en todo el mundo occidental, aunque en grados diversos y en forma acorde a las tradiciones intelectuales y los temperamentos modernos, el evolucionismo, sobre todo en su versión *spenceriana*, trascendió las barreras culturales para influir en la teología, la filosofía y las disciplinas científico-sociales. Pero vale la pena insistir: en ningún país lo anterior fue más evidente que en los Estados Unidos de América. Es posible que Spencer haya sido más popular en este país que en su natal Inglaterra.

El evolucionismo social de Spencer: del status y la sociedad militar al contrato y la sociedad industrial

En su primera obra importante de filosofía moral, *Estática Social* publicada en 1850, Spencer formuló los requisitos para una sociedad ideal o en sus propias palabras, el “estado social” (Rumney, 1978: 130, Peel, 1971: 82-111). Se trataba de una sociedad basada en los siguientes elementos: la armonía, el altruismo individual, una división del trabajo apoyada en una especialización funcional; criterios que reconocieran únicamente las cualidades adquiridas y no las adscritas; la

cooperación voluntaria entre individuos altamente disciplinados y, finalmente, el gobierno que sólo se encarga de regulaciones negativas.

El sostenimiento de esta sociedad del futuro, resultado del “progreso social” (a lo que más tarde se referiría Spencer cómo “evolución social”), no solo depende de relaciones contractuales voluntarias, sino, más importante, de una moralidad bien difundida, que sería la solución al problema central planteado en este libro de 1850: cómo una comunidad de ciudadanos puede sostenerse sin la tendencia al conflicto y la disrupción. La prevalencia de un sistema de igualdad en derechos y obligaciones, basado en un compromiso por parte de los individuos, constituye una condición indispensable para su existencia. Sin embargo, la cuestión principal era de qué manera se alcanza dicho estado.

Para Spencer, la suposición crucial era la siguiente: la conducta tiene que ser regulada desde dentro o bien desde fuera. Si las normas internas no son eficientes, entonces se deben complementar con otras externas (Peel, 1971: 97).

La dualidad esencial de la sociedad es la cooperación y la regulación o “el control de los individuos” (Rumney, 1978:130-132). Las reglas y normas así como las agencias de control y restricción, existen en la medida en que se teme que la conducta espontánea amenace la estabilidad social. Así pues, las agencias de control de todo tipo, desde las costumbres colectivas hasta la opinión pública, las leyes y el gobierno, son vistos por Spencer como funcionalmente indispensables para la coexistencia social. La medida de control externo varía, sin embargo, y la sociedad ideal presupone la eliminación de las condiciones principales que hacen necesario el dominio externo.

Los conflictos entre individuos y sociedades constituyen el factor más importante que brutaliza la personalidad individual, acentúa el egoísmo y desarrolla, dentro del grupo, propensiones al conflicto, debido a que los medios, tanto técnicos como normativos, para obtener objetos y fines deseados son escasos. En forma adicional, Spencer señalaba que la guerra promueve los sentimientos antisociales (Peel, 1971:100, Rumney, 1978:132). Así puede arribarse a un “estado social” en el que

los seres humanos celebran encontrarse en una relación de interdependencia unos con otros y en la que no hay discrepancia entre el desenvolvimiento individual y el mejoramiento social. Lo anterior pareciera ser un proceso que se explica por sí mismo. La teoría propone un cierto estado de las cosas óptimo, que se establece como bueno a partir de argumentos morales independientes; a fin de cuentas, se trata de un resultado necesario que inevitablemente se verá realizado con el paso del tiempo.

En *Estática social*, como ya se dijo, la preocupación central de Spencer radicaba en el ámbito de la filosofía moral. Sin embargo, ya se anticipan en esta obra algunos problemas y temas sociológicos que Spencer desarrolló en obras posteriores. Desde los años cincuenta del siglo XIX, la construcción de una teoría general de la evolución constituyó la base de la sociología *spenceriana*. Y estrechamente asociada a ésta, se hallaba la teoría de la analogía orgánica (Spencer, 1947: 144 -148, Peel, 1971: 166 -191).

El supuesto de que una ley general de la evolución podría ser formulada condujo a Spencer a aplicar el esquema biológico al sistema social. Si las generalizaciones de su sistema eran válidas, entonces los principios de estructura y cambio social tendrían que ser los mismos que los del universo y la naturaleza; principalmente, el cambio de lo homogéneo a lo heterogéneo a través de procesos de diferenciación e integración. Spencer consideraba que estos cambios eran producto de una fuerza motriz inmanente al universo, la naturaleza y la sociedad (Rumney, 1978: 53 -75).

En *Principios de sociología* (Spencer, 1947) se halla la exposición más completa de la interpretación orgánica de la sociedad. En este estudio, Spencer rastrea el desarrollo paralelo y análogo entre el crecimiento, la diferenciación e integración de la sociedad (humana) y los cuerpos animales. Aunque los objetivos del organismo social son diferentes de los del organismo animal, ambos convergían en las leyes de su organización.

No obstante, Spencer, en respuesta a sus críticos, se esmeró por aclarar que cuando concebía a la sociedad como un organismo, se trataba en realidad de una analogía:

Las analogías entre los fenómenos que se dan en el agregado físicamente coherente de individuos [que constituye una sociedad]... no pueden ser analogías de tipos visibles o sensibles; pueden ser sólo analogías entre los sistemas o los métodos de organización. Estas analogías, una vez que existen, son el resultado de una indiscutible comunidad entre las dos organizaciones: en ambas se da una mutua dependencia de las partes. He aquí el origen de toda organización y lo que determina las similitudes existentes entre un organismo individual y uno social (Spencer citado en Peel, 1971:172).

Aunque Spencer es comúnmente clasificado como un evolucionista, se ha destacado menos el carácter fuertemente funcionalista de su pensamiento. Él se percató de que las estructuras sociales nacen de funciones sociales. Así, señalaba que “no se puede tener una idea precisa de una estructura sin una noción correcta de su función. Para comprender cómo se origina y desarrolla una organización, es indispensable comprender la necesidad (o función) que la motivó al principio y con posteridad”. Por lo tanto, Spencer se refirió a la “ley general de la organización” como aquella por la que la evolución de funciones conduce a la diferenciación y división de las partes que la desempeñan (Carneiro, 1967: XXXII, Spencer, 1967: 9 - 27).

En *Principios de sociología*, Spencer describiría la especialización creciente de funciones y la correspondiente diferenciación entre estructuras, que caracteriza la evolución cultural. El proceso consiste en una diferenciación continua y creciente de estructuras y funciones, hasta que se llega al estado final de la historia: una sociedad heterogénea e integrada.

Sin embargo, Spencer reconocía una diferencia esencial entre los organismos vivos y los “organismos” sociales. En los organismos vivos el surgimiento de un sistema central y el desarrollo del cerebro, cuya función es regular y controlar al resto del cuerpo, constituyen la señal de un animal altamente desarrollado. Ese no era el caso del organismo social, el cual carece de un aparato sensorial controlador

independiente de sus unidades. La sociedad existe sólo para beneficio de sus miembros individuales, cuya conciencia no puede reducirse a otra colectiva o comunal. Por lo tanto, la presencia de una autoridad coactiva central en el organismo social es la señal de una fase inferior de la evolución, correspondiente a una fase transitoria de barbarie a la que Spencer denominaría el tipo militar (Spencer, 1947: 177 – 179, Rumney, 1978:145 -150, Peel, 1971: 192 -223).

Así pues, Spencer construyó un esquema evolutivo en términos de una progresión entre dos polos: el militarismo y el industrialismo. En el estadio militar, la sociedad se organiza principalmente para fines de sobrevivencia. Dedicar la mayor parte de su energía al diseño y la producción de armas y al adiestramiento bélico de sus miembros. Se sustenta en un Estado despótico, que subordina a los individuos y los obliga a colaborar. En las contiendas entre sociedades, aquellas que logran desarrollar mejor sus rasgos militares sobrevivirán; de igual forma, los individuos mejor adaptados a la comunidad militar serán los tipos dominantes.

Pese a los importantes efectos en la consolidación del grupo que se deriva de la guerra y la preparación para la misma, siempre se encuentra un substrato agresivo que amenaza la cohesión y la estabilidad del grupo; sólo se puede evitar su expresión entre conciudadanos mediante la existencia constante de grupos externos y de estructuras de regulación elaboradas: compuestas, doblemente compuestas y triplemente compuestas, que ya son inherentes a las sociedades militares, como en la antigua Esparta o en el Perú y México prehispánicos (Spencer, 1967: 169-170, 176).

El desarrollo hacia una sociedad ideal requiere del cese de la violencia entre individuos y grupos. Asimismo, involucra eventualmente la estabilización de la población, pues el crecimiento demográfico se ubica como la fuente *malthusiana* de “la lucha por la existencia.” Ya en sus escritos más tempranos y optimistas, Spencer había sugerido que el pacifismo y la disminución en las tasas de fertilidad son resultado del avance de la industrialización.

La construcción de unidades sociales cada vez mayores por medio de las conquistas de estados militares extiende el espacio en el que la paz interna y la aplicación de las artes industriales se vuelven hábitos. El tipo militar alcanza así el estadio en la evolución de “equilibramiento”; como resultado, surge el tipo industrial de sociedad basado ya no en relaciones de estatus, sino de contrato; no en el ordenamiento vertical por adscripción, sino en el rol funcional por mérito; no en la tradición, sino en la innovación. Lo ritual y lo ceremonial son reemplazados por la adhesión a los hechos duros; lo literal sustituye a lo figurativo y la igualdad a la subordinación; la economía gremial reglamentada es superada por el libre mercado, entre otros muchos cambios.

En contraste con las sociedades militaristas, el orden industrial tiende a ser pacífico, respetuoso de los derechos individuales, más heterogéneo y flexible, inclinado a abandonar la autonomía económica para promover la cooperación industrial con otros Estados (Spencer, 1967: 53 -62). Es decir, el proceso evolutivo que en el primer estadio estaba dominado por mecanismos darwinianos de lucha por la sobrevivencia del más apto o la selección natural, ahora actúa a través de la adaptación al entorno y la herencia de características adecuadas *lamarckianas*, a fin de producir un carácter individual –de instintos y hábitos- totalmente diferente al de la etapa anterior. La sociedad industrial requiere de seguridad para la vida, la libertad y la propiedad, por lo que el tipo más adecuado para dicha sociedad es el altruista: pacífico, independiente, generoso y honesto.

Fiel a Lamarck, Spencer consideraba que dadas ciertas condiciones ambientales, los rasgos físicos y mentales adquiridos se podían transmitir de una generación a otra. Así, una vez concluida la fase de evolución por depredación y selección natural, los poderes intelectuales de los seres humanos crecerían constantemente de manera acumulativa y en varias generaciones podrían surgir el individuo y la sociedad industrial ideal.

Spencer reconocía que ciertas características, tanto raciales como culturales heredadas, influían en el curso de la evolución de distintos grupos humanos, pero a diferencia de las posiciones de pensadores racistas de sus tiempos y posteriores, no pensaba que dichos rasgos fuesen fijos. En efecto, en consonancia con su postura lamarckiana, estaba convencido de que la acción del medio ambiente tenía un efecto transformador en dichas características.

El nacimiento de una nueva naturaleza humana, según Spencer, propiciaría el cambio del egoísmo al altruismo, transformación que resolvería todos los problemas éticos. Subrayaba que por el interés de la sobrevivencia misma, la cooperación en la sociedad industrial debía ser voluntaria, no obligatoria. La regulación de la producción y la distribución, tal como la proponían los socialistas de sus tiempos, constituía una organización de tipo militar, por lo que tendría consecuencias nefastas para la existencia de la comunidad industrial.

Para Spencer, un régimen socialista basado en un estado onnipotente castigaría a los ciudadanos superiores; es decir, reprimiría a los mejor adaptados y sus descendientes herederos de estas características idóneas, para favorecer, a través de medidas redistributivas, a los inferiores; es decir, a los inadaptados y portadores de características heredadas y heredables negativas, excluyéndolos así del beneficio de someterse a los efectos del medio ambiente para transformarse o perecer. Además, una sociedad así estructurada sería fácilmente superada por otras (Spencer, 1947: 274-279).

Uno de los puntos más controvertidos de la propuesta evolucionista de Spencer es el de si creía o no en la inevitabilidad del progreso (Rumney, 1978: 247-264, Peel, 1971: 131-165, 224-248). En efecto, en *Estudio de sociología*, su argumento era claramente teleológico: “en otras palabras, creía entonces que el hombre estaba por su naturaleza predestinado al progreso” (Timascheff, 2002: 53). Sin embargo, en otros escritos, en armonía con el *lamarckismo*, negaba que esa fuera realmente su posición y sostenía que la evolución depende de la interacción entre rasgos

heredados y condiciones ambientales propicias para que ello suceda la cual terminó siendo la posición de Darwin. Si estas condiciones eran adversas al progreso, podrían persistir rasgos arcaicos del pasado militarista e inclusive, presentarse un proceso de involución o regresión social.

Por lo tanto, como señala Robert Carneiro:

Aunque Spencer propuso una secuencia de etapas en la evolución política, estaba mucho más interesado por el proceso que por las etapas. Además, en su opinión, el proceso merced al cual se desarrollan las sociedades consiste, en general, en respuestas a problemas particulares planteados por el entorno natural y cultural, y no en un movimiento a través de una serie de etapas necesarias y universales (Carneiro 1967: XXXIX).

En *Principios de sociología*, Spencer dedicó muchas páginas a la descripción y análisis comparativo de las instituciones sociales y sus cambios a lo largo y ancho del tiempo y el espacio. Al tratar las instituciones económicas, Spencer subrayaba que la propiedad privada es el fundamento de la vida social. Por esta razón, la evolución de la familia, la Iglesia y Estado, se encuentra estrechamente ligada al desarrollo de la propiedad. Su adquisición juega un papel clave no sólo en la satisfacción de necesidades humanas básicas, sino también psicológicas y sociales, como el poder y la estima.

En *Estática social*, Spencer ya se refería al “instinto de adquisición” para señalar que “junto con el impulso de adquirir la propiedad, existe lo que llamamos un sentido del valor de la propiedad” (Rumney 1971: 78). Es decir que, “la propensión adquisitiva es una cualidad cuyos grados y relaciones con el estado social deben ser particularmente señalados. El deseo de propiedad crece con la posibilidad de satisfacerlo; y ésta, extraordinariamente reducida en los hombres inferiores, aumenta a medida que avanza el desarrollo social” (Rumney 1971: 78).

Con el progreso que se produce a partir de la propiedad tribal hasta la propiedad familiar e individual, la noción de derecho privado de posesión gana precisión y la

pasión adquisitiva se fortalece. Cada paso hacia un estado social ordenado hace posibles grandes acumulaciones y, asegura, los placeres satisfechos por ellas; y al mismo tiempo, el consiguiente estímulo para acumular conduce al incremento de capital y a ulteriores progresos. Esta acción y reacción del sentimiento y del estado social debería ser observada en todo caso (Spencer, 1947: 96 –97).

Al abordar el tema de la propiedad, Spencer también negaba la noción difundida de la existencia del comunismo primitivo. Era cierto que la tierra era poseída en común por los cazadores de pasados remotos, pues no podían explotarla de otra manera. Sin embargo, destacaba el hecho de que los instrumentos, las armas y los ornamentos eran propiedad individual en los grupos primitivos todavía existentes en el siglo XIX; por lo tanto, era probable que así hubiera ocurrido en el pasado y que nunca hubiera habido tal “comunismo primitivo” (Spencer, 1947: 195-205).

También se ocupó extensamente de lo que llamaba las instituciones ceremoniales o rituales. En su esquema éstas desempeñaban una función de control fundamental sobre los individuos en las sociedades más primitivas y con el paso del tiempo pueden cambiar e independizarse. Los trofeos, las mutilaciones y los regalos tienen por función proyectar estatus y poder o infundir temor a los subordinados frente a los poderosos. Como resultado de la evolución social, señalaba Spencer, esas prácticas disminuyen o desaparecen con la industrialización (Spencer, 1947: 96-97). En la sociedad industrial, la riqueza y sus signos desplazan a los del dominio militar. Además, como resultado de la emulación, se debilitan las distinciones entre las élites industriales, clases medias y trabajadoras.

Como ya se ha mencionado, Spencer concebía que la naturaleza humana no era fija. Su carácter primitivo variaba. Existían rasgos arcaicos persistentes que inhibían el desarrollo industrial, y estas ideas serían muy tomadas en cuenta por Veblen. Insistía en que el avance a una sociedad industrial requería de una remodelación correspondiente de la naturaleza humana, proceso que no ocurría necesariamente, como arrojaban la evidencia histórica y antropológica. Por otro lado, los casos de

Inglaterra y quizá de Estados Unidos mostraban claramente los resultados de la combinación de características raciales, biológicas y culturales, adquiridas y heredadas, con entornos plenos de condiciones para desatar procesos evolutivos que conducían hacia la sociedad industrial y el progreso social.

Todas estas propuestas conceptuales de Herbert Spencer encontraron una enorme difusión en el mundo anglosajón durante la segunda mitad del siglo XIX. Ellas impresionaron a sus contemporáneos, pero en realidad carecían de una sólida elaboración científica y abusaban de la especulación filosófica. Tres graves errores de Spencer fueron el que no logró explicar a cabalidad la evolución universal como un proceso de complicación y diferenciación que afectaba todas las áreas de la realidad; su incapacidad para distinguir entre una evolución de las especies biológicas y otra evolución de las características culturales de la propia especie humana y su infundada creencia en que la competencia, la “lucha por la existencia” y la “sobrevivencia del más apto”, se daban entre los individuos de una misma especie y no entre especies animadas distintas, que eran las que, en rigor, debían adaptarse al medio ambiente y sobrevivir, como lo aclaró Darwin. Steven Pinker ha precisado en la actualidad que el evolucionismo spenceriano fue *especulativo* y *competitivo*, a diferencia del hoy tan prestigiado de Darwin, que se configuró como uno *adaptativo* y rigurosamente *científico*, restringido al ámbito de los estudios biológicos (Pinker, 2002: 15-16).

No cabe duda de que Thorstein Veblen sería víctima de estos grandes defectos de la perspectiva spenceriana.

La boga de Spencer en Estados Unidos y la controversia Sumner-Porter en Yale

En los años en los que Veblen era estudiante doctoral en Yale, se suscitó una controversia que duró dos años entre Noah Porter y el evolucionista William Graham Sumner, debido a que éste último asignó en sus cursos la obra de Spencer. Esto fue el principio de la disputa intelectual entre la tradicional filosofía

preevolucionista del “sentido común” y la novedosa perspectiva del evolucionismo representada por Spencer y Sumner.

El terreno era especialmente fértil para las ideas evolucionistas en las décadas posteriores a la Guerra de Secesión, marcadas por rápidos y profundos cambios sociales y económicos. Líderes religiosos, filósofos, antropólogos, economistas y sociólogos, entre otros, dedicaron muchos esfuerzos y tiempo a reflexionar sobre el significado de la teoría de Spencer en sus respectivas disciplinas.

En el campo filosófico y social, Spencer y sus ideas fueron la fuente principal de las controversias. Pensadores e ideólogos defensores del nuevo orden social, encontraron en sus propuestas bases para justificar un individualismo de *laissez faire* y la libre competencia en el mercado. Otros le dieron una lectura opuesta al evolucionismo spenceriano y les sirvió para criticar al nuevo capitalismo industrial. Entre estos últimos, algunos proponían reformas sociales e incluso visiones revolucionarias radicales.

William Graham Sumner, ministro religioso convertido en economista y profesor universitario, surgió como el paladín del evolucionismo social de Spencer. Consideraba que las teorías del británico ofrecían “un método correcto y poderoso, destinado a ‘abarcara todos los intereses del ser humano sobre esta tierra’; un sustituto a todas ‘las doctrinas y explicaciones tradicionales de la vida humana’” (Dorfman 1934/1961:44).

En 1884, este profesor de Yale arrojó un reto a los defensores de la currícula convencional, tachándola como el patrimonio de una casta ociosa privilegiada, que se había convertido en poco atractiva para las nuevas generaciones alejadas de la educación otrora útil para los fines de una sociedad militar. Los clásicos que exaltan a la autoridad “constituían la barrera más formidable para las nuevas ideas y el bastión del oscurantismo moderno” (Dorfman 1934/1961: 44), pensaba Sumner. Los estudiantes formados en la currícula clásica no hacían otra cosa que “glosas inservibles”. Las universidades y colegios no podían hacer caso omiso de los hechos y las doctrinas presentados por las teorías de Spencer, “que estaban

revolucionando al mundo del conocimiento” (Dorfman 1934/1961: 44). La antropología, la arqueología y otras nuevas disciplinas como la sociología, aún en su infancia pero con un enorme potencial para convertirse en una gran ciencia, eran “de enorme utilidad para la humanidad” (Dorfman 1934/1961:44) y representaban el “estímulo necesario para despertar las energías y el entusiasmo juvenil” (Dorfman 1934/1961: 44).

La actitud antagónica subversiva de Sumner hacia el *habitus* académico de Yale y otras instituciones académicas de su país no se extendía, sin embargo, a la economía política. En su opinión, la doctrina spenceriana de la evolución apoyaba la creencia en el mercado competitivo basado en la propiedad privada, como el orden natural supremo de las sociedades humanas; la competencia era la forma en que la naturaleza había provisto un mecanismo efectivo para la lucha por la sobrevivencia del más apto en el ámbito social moderno. La evolución se basaba en el desarrollo y, finalmente, la consolidación en la era moderna de la institución de la propiedad privada. Esta última era aún, al igual que la tradición teológica, “la condición esencial de la civilización” (Dorfman 1934/1961: 46).

Los economistas de la escuela dominante e inclusive el viejo profesor de economía política de Veblen en Carleton, John Bates Clark, pese a su moderada heterodoxia, compartieron plenamente este credo. La diferencia era que Sumner sustituía el mecanismo de la mano invisible por el de la evolución y al hacerlo comulgaba con las posiciones básicas de su maestro británico, el gran evolucionista de la era victoriana, Herbert Spencer, en cuanto a las grandes bondades del *laissez faire* y el repudio al socialismo como regresión a la sociedad primitiva de tipo militar.

En 1884, Sumner presentó estas nuevas ideas en su breve obra, *Lo que se deben las clases sociales unas a otras*, un manifiesto intransigente en favor del mercado y la propiedad privada. En este libro argumentaba que mientras que la riqueza era evidencia de la superioridad de la clase empresarial, basada en el esfuerzo y virtud, la pobreza de los inferiores obreros era consecuencia de su indolencia e ineptitud para adaptarse exitosamente al progreso social (Dorfman 1934/1961: 45).

Spencer visitó Estados Unidos en 1882, fue recibido con entusiasmo por estudiantes y profesores, así como por otras figuras líderes de la vida intelectual, empresarial y cultural en la Universidad de Yale, pese a la oposición de Porter. La *mainstream* académica se estaba apartando de la filosofía del “sentido común” presbiteriana e inclinándose en favor del evolucionismo spenceriano. Esto se hizo patente durante un celebrado banquete en honor del filósofo británico en el restaurante Delmonico’s de Nueva York.

En esa ocasión, Sumner, reconocido ya como el evolucionista social más importante de los Estados Unidos, pronunció un brindis en honor a la ciencia de la sociología, basada en los postulados de Spencer (Dorfman 1934/1961: 43-44). Sin embargo, la batalla en Yale la ganó el conservador Porter, al convencer a la comunidad académica de que la sociología científica evolucionista iba en contra de la creencia en Dios y que, por lo tanto, era una ofensa a la decencia y el buen gusto de los ciudadanos cristianos.

Filósofo kantiano

Tanto Porter como Sumner influyeron de manera relevante en la formación intelectual de Veblen. Como veremos en los capítulos siguientes, sus escritos posteriores, incluyendo TCO, muestran una influencia considerable de Spencer y Sumner, aunque en puntos importantes difirió de sus posiciones.

Para su tesis doctoral intitulada, “Bases éticas de una doctrina de la retribución”, Veblen se propuso explorar las razones por las que “no es necesario creer en Dios”, cuestión a la que dedicó dos años. En su investigación examinó exhaustivamente el pensamiento filosófico de Spencer y Kant (Dorfman 1934/1961: 96-97).

De esta tesis se desprendió su primera publicación, en la que indagó sobre el proceso del juicio mediante el cual un agente libre actúa inteligentemente en una esfera de causas y efectos. La persona libre debe poder ejercer una causalidad sobre las cosas, ya que de otra forma su libertad es un mero absurdo. Es decir, el agente debe saber cuál será el efecto de una u otra acción, si lo que pretende es que dicha actividad no tenga resultados negativos. Debido a que la experiencia no

nos revela por sí misma cuáles serán los efectos de dicha acción, se requiere de la intervención o mediación del juicio racional *a priori* entre el conocimiento teórico de la causalidad y la acción inteligente en el ámbito fenoménico.

Veblen estaba preocupado por entender el proceso de juicio que trasciende los datos simples de la experiencia, en búsqueda de universales que no están dados por la cognición empírica. Ya que la elección humana presupone un sentido proyectado hacia el futuro o teleológico de la acción y que la experiencia razonada presupone la causalidad universal, el juicio reflexivo debe concebir los objetos a través de un sistema. Como si fuesen resultado de una causa inteligente. No obstante, esta última no debe asumirse como la verdad final (Iyer, 1987: 797). El punto es que Veblen se acercó a un concepto de libertad más próximo a Kant, que al de la tradicional filosofía escocesa del sentido común.

En este periodo, Veblen ya daba muestras de su alejamiento del ámbito académico estadounidense convencional. Sin embargo, desplegó un conocimiento profundo, así como una habilidad analítica notoria, que le ganó el respeto incluso de algunos profesores como Porter, identificados con el *habitus* y el campo filosófico académico de Yale.

En 1884, después de dos años y medio en Yale –financiados por uno de sus hermanos– Veblen, obtuvo el grado de doctor en filosofía. Pese a su desempeño sobresaliente y al reconocimiento pleno de su intelecto que condujo a un apoyo con fuertes recomendaciones de Clark, Porter y Sumner, no logró conseguir empleo académico de inmediato.

Según Dorfman, este nuevo tropiezo se debió, una vez más, a su personalidad, marginalidad cultural y agnosticismo. Ninguna institución protestante ni tampoco de alto calibre estaba dispuesta a contratar a un disidente y *enfant terrible* de origen noruego; a un *Norskie*; mucho menos si se trataba de un ateo declarado, como Veblen. Regresó al asentamiento rural de sus orígenes “como un hombre derrotado”, “un fracasado” y como si esto fuera poco, enfermó al parecer de malaria (Dorfman 1934/1961: 42-43).

Consideraciones al mito del marginal y sus críticos

De la narración anterior, basada principalmente en la versión de Dorfman, se desprende que los gérmenes de la marginalidad de Veblen se encontraban presentes desde su infancia y juventud en el entorno rural del asentamiento y la granja familiar. Supuestamente, dicha condición de “aislamiento cultural” se agudizó a raíz de su ineptitud para adaptarse al *habitus* académico de Carleton, Johns Hopkins y Yale.

Autores críticos como Tilman (1992, 2003, 2007), Bartley (1999,2000), Jorgensen (1999) y Edgell (2001) han planteado una serie de importantes errores e inconsistencias en la semblanza clásica de Veblen. En primer lugar, sostienen que la insistencia de Dorfman en que las limitaciones en el conocimiento del inglés del estudiante “brillante”, no son compatibles con el hecho de que tanto Andrew como Thorstein Veblen, hayan ganado el premio Atkins de 80 dólares al mejor desempeño en el examen de admisión. En segundo lugar, consideran poco convincente el argumento de Dorfman de que al llegar a Carleton, Veblen ingresó a una cultura ajena, pues el mismo Dorfman indica que la educación en el asentamiento familiar, pese a las intenciones de algunos, no logró mantenerse dentro de los cauces de la cultura noruega, además de que Andrew y Emily fueron al mismo colegio. En tercer lugar, Dorfman y sus seguidores subrayan la supuesta “indiferencia” de Veblen, como un factor que impidió que éste tuviera la capacidad de desarrollar fuertes apegos personales, ya fuera a cosas o las personas, dado el hecho de que le gustara regalar sus libros, como evidencia de lo anterior. Edgell propone, en cambio, que bien pudiera haber sido que los presentes que dio Veblen estuvieron motivados por generosidad, amistad y sentido de responsabilidad, pues acaso deseaba que otros se beneficiaran por medio de su lectura. Además, con la misma evidencia de Dorfman, Edgell demuestra que Veblen entabló profundas y prolongadas relaciones amistosas con múltiples individuos -Clark, Porter y Sumner-, que estuvieron dispuestos a brindarle su apoyo.

Con base en la correspondencia que Dorfman sostuvo con Andrew Veblen (disponible para consulta de otros estudiosos desde 1992 en la Universidad de Columbia) se refuerzan objeciones y reservas a la biografía clásica. Andrew manifestó su descontento creciente con los argumentos presentados por el entonces joven doctorante en distintos borradores de su manuscrito. Desde un principio, Andrew detectó el pecado original de la obra de Dorfman en la tesis de la marginalidad. Le comunicó que muchos de sus supuestos relacionados con la presunta marginalidad económica, social y cultural de la familia y de Veblen eran distorsiones o, incluso, completamente falsos, probablemente producto de su ignorancia de la realidad del inmigrante noruego. Por ejemplo, la casa de la granja en Minnesota estaba lejos de ser una simple choza y era más bien un hogar sencillo, pero cómodo, construido con los recursos obtenidos de una de las mejores granjas de 300 hectáreas en una de las zonas más fértiles de los Estados Unidos (Dorfman, 1934/1961: 4-6). En contraste con la idea de aislamiento, Thorstein Veblen dominaba perfectamente el inglés desde joven. De niño jugó con otros infantes angloparlantes y fue lector voraz de novelas, manuales y revistas en el mismo idioma.

Andrew terminó por deslindarse de la obra de Dorfman. Le escribió exasperado, reclamándole que pese a sus comentarios, había persistido en los argumentos sobre la pobreza de la familia, los problemas de Thorstein en el manejo del inglés y su segregación cultural. Otros hermanos de Veblen reaccionaron de manera similar. Compañeros de estudio y colegas confirmaron que Veblen venía de un entorno de éxito económico y relativa prosperidad, y que dominaba también el inglés como cualquiera de ellos.

Estas duras objeciones de los críticos parecen bastante convincentes. A la luz de la nueva evidencia presentada, resulta difícil seguir sosteniendo la tesis de la marginalidad de Veblen como factor principal de su heterodoxa trayectoria intelectual.

Entonces, ¿qué podemos rescatar, para los propósitos de esta investigación, de la versión de Dorfman sobre las primeras etapas de la vida y trayectoria intelectual de

Veblen? Desde la perspectiva de la propuesta de Riley, es posible argumentar que Veblen experimentó una primera crisis como resultado del desprendimiento de la vida rural y la incorporación al ambiente académico primero de Carleton y después de Johns Hopkins y Yale. No es que fuera incapaz de asimilar el *habitus* y de adaptarse al campo dominante en estos entornos institucionales. En efecto, independientemente de su temperamento y personalidad *sui generis*, su desempeño académico fue, sin duda alguna, sobresaliente. Además, en buena parte gracias a lo anterior, Veblen se vinculó con algunos de los profesores más destacados de estas instituciones. Así pues, la semblanza del extranjero simmeliano parece bastante razonable y convincente.

El problema se encontraba en realidad en el *habitus* y el campo conservadores, adversos a un joven crecientemente inquisitivo e inquieto, dispuesto a desafiar al *status quo*: no sólo los cánones de conocimiento de la filosofía y la economía “recibidas”, sino también las prácticas y convenciones de las instituciones académicas. Desde temprana edad, la ávidez de Veblen por aprender las tendencias de pensamiento de vanguardia, tanto idealistas como evolucionistas, entre otras, aunadas a su agnosticismo religioso, chocaron con el *habitus* y el campo académico de su entorno.

La estigmatización de Veblen no comenzó con Dorfman, sino con las autoridades académicas defensoras del *status quo*. El relato de Dorfman así lo revela claramente, pero él prefirió cargar la responsabilidad de las crisis y los problemas en la experiencia vital de Veblen a su propia personalidad excéntrica y supuesta marginalidad, y no a las características conservadoras del entorno en que se desarrolló.

CAPÍTULO II

CRISIS Y RADICALIZACIÓN: DE FILÓSOFO KANTIANO A ECONOMISTA EVOLUCIONISTA- SPENCERIANO-SOCIALISTA (1884–1899)

Bellamy: influencia radical en una pareja de granjeros intelectuales (1884-1891)

En los tres años de residencia en el asentamiento de su infancia, el proceso de aislamiento y marginalidad de Veblen, ahora con respecto a su grupo de origen, se agudizó. Se dedicaba más que nada a leer incesantemente y a escribir de vez en cuando; era arrogante y desplegaba un sentimiento de superioridad intelectual. Escudándose en su supuesta enfermedad, probablemente psicósomática –que Dorfman señala como típicamente fingida–, se rehusaba a trabajar en faenas productivas y domésticas.

En 1888, pese al disgusto de su familia, contrajo nupcias con Ellen Rolfe. El padre de ella tampoco lo aprobó y comentó: “le temo a cualquier hombre que no sea cristiano” (Dorfman, 1934/1961: 66). De cualquier manera, Rolfe intentó conseguirle un puesto como economista en el ferrocarril de Santa Fe, pero justo en ese momento la empresa entró en crisis y la oferta se disipó. Desempleados durante aproximadamente dos años, Veblen y su esposa residieron en la casa de verano y en la granja de los suegros de éste, en Stacyville, Iowa.

Durante este período, además de compartir expediciones botánicas con Ellen y atender la producción de la granja, Veblen tradujo del islandés al inglés una obra literaria nórdica llamada *Laexdela saga*, que fue publicada 36 años después, en 1925. Además, la pareja se dedicaba a leer obras de pensadores radicales, entre las que figuró la popular utopía socialista de Edward Bellamy, *Looking Backward* (Bellamy, 1888; Dorfman 1934/1961: 68-70).

En esta obra se relata la historia de Julian West, un viajero del siglo XIX, que se traslada en el tiempo, desde 1873 hasta el año 2000. Al despertar, luego de un largo sueño, se encuentra en una sociedad colectivista y pacífica, en la que la propiedad estatal y la cooperación han sustituido tanto a la privada, como a la competencia del mercado. El consumo derrochador y ostentoso ha sido reemplazado por otro basado en la satisfacción de las necesidades básicas en el marco igualitario del socialismo. Todo esto no había sido resultado de una revolución violenta, sino de la evolución misma de la economía y de la sociedad estadounidense.

Los anfitriones del futuro le explicaban al inquisitivo protagonista decimonónico de la novela –West–, que durante finales del siglo XIX y a lo largo del XX, la competencia desenfrenada había conducido a la desaparición gradual de las empresas menos eficientes o a su absorción por otras. Finalmente, se había conformado un gigantesco monopolio o *trust* que controlaba la producción completa. Alarmados por tal concentración de riqueza y poder, los ciudadanos y sus representantes políticos en Estados Unidos decidieron expropiarlo por medios legales para operarlo con propósitos colectivos. En la nueva sociedad no existía el desempleo. Todos gozaban de acceso a los bienes producidos. Al desaparecer la competencia y la propiedad privada, también lo habían hecho el consumo para fines de ostentación y lo que éste implicaba en términos de derroche de recursos. La lógica de la producción y la distribución se habían transformado de tal manera que la personalidad de los estadounidenses había evolucionado radicalmente: desapareció el individuo presa de sus pasiones y ambiciones de riqueza y honor ostentoso y depredador, para ser reemplazado por un tipo contrario cooperativo, creativo y altruista. La naturaleza humana fija egoísta y hedonista del supuesto *homo oeconomicus* había resultado ser más variable de lo pensado. La personalidad que en un entorno era la adecuada para sobrevivir y prosperar, con el tiempo se había vuelto inadecuada en un medio ambiente distinto (Bellamy, 1888).

La novela de Bellamy tuvo un impacto decisivo en el pensamiento de la pareja Veblen. Según Ellen, ese fue el momento en el que su marido decidió

definitivamente abandonar la filosofía para dedicarse de lleno al estudio de la economía (Dorfman 1934/1961: 70). Como se mostrará en el capítulo III, muchos de los temas e ideas que se encuentran en el libro de Bellamy estarían presentes en la trayectoria académica e intelectual de Veblen, incluyendo varias publicaciones de la década de 1890, que culminaron con la aparición de TCO.

El escenario nacional: Tiempos de grandes transformaciones y descontento social

Al tiempo que la pareja leía a Bellamy observaron con interés las grandes transformaciones por las que estaba atravesando la nación. En las décadas posteriores a la Guerra de Secesión, el capitalismo de Estados Unidos comenzó a adquirir rasgos urbanos e industriales. En primer lugar se encontraba el ferrocarril. La red ferroviaria integró un mercado gigantesco mediante enormes empresas de transporte, organizadas por primera vez con base en estructuras corporativas de grandes sociedades anónimas, fuertemente vinculadas con los mercados financieros. Las inversiones en ferrocarriles absorbieron caudales de capital que obligaron a Wall Street a innovar. Así aparecieron grandes consorcios bancarios que movilizaron inversiones superiores a cualquier proyecto industrial o comercial previo (Dorfman 1934/1961: 68-69).

De este sector emanaron muchos de los nuevos magnates que dominaron el escenario económico de Estados Unidos en las postrimerías del siglo XIX. Sobre la infraestructura del ferrocarril que se expandió al oeste, prosperaron grandes empresas manufactureras y comercializadoras, como Woolworth, Sears & Roebuck, Armour & Swift, International Harvester y desde luego, el abusivo trust petrolero Standard Oil, de John D. Rockefeller. La electrificación de equipos de producción y la sustitución de máquinas viejas por nuevas avanzó incesantemente. La lucha entre rivales fue encarnada y a veces a muerte; es decir hasta lograr la ruina del contrario, y, en ocasiones, su absorción por vía de la compra. Oleadas de bancarrotas e inmensos capitales perdidos hicieron que los consorcios se esforzaran por reducir la competencia a través de acuerdos, carteles o trusts (Spindler, 2002: 4-8).

Estos cambios no dejaron de generar fuertes tensiones sociales. Al tiempo que se expandía la red ferroviaria y progresaba la industrialización, la agricultura comenzó a manifestar síntomas de serias dificultades, que engendraron una etapa prolongada de protestas y de populismo agrario. A partir de mediados de la década de 1860, inició una larga tendencia descendente de los precios de granos y otros productos. Mientras millones de hectáreas se incorporaban al cultivo, la producción creció tanto que ni las exportaciones permitieron sostener los precios. Los granjeros enfrentaron, por un lado, la fuerte caída de precios e ingreso y, por el otro, las elevadas tarifas que les impusieron los ferrocarriles, así como los altos intereses de sus acreedores, en su mayoría financieros de la Costa Este (Hicks, 1959).

Estas adversidades dieron pie al surgimiento del populismo agrario y sus demandas contra los monopolios; de las grandes finanzas de los ferrocarriles; del patrón oro, los altos aranceles y una política monetaria inflacionaria, basada en la emisión de billetes verdes y en la plata. Desde la perspectiva de los granjeros y sus líderes, los pesares de este sector eran producto de una poderosa conspiración. Los magnates ferroviarios y banqueros se habían adueñado del gobierno federal. Por lo tanto, había qué contrarrestarlos con organizaciones como la National Grange of the Patrons of Husbandry, de la cual surgió toda una red de organizaciones locales. Se formaron cooperativas para evadir a los odiados intermediarios y se impulsaron campañas para combatir las prácticas monopólicas de ferrocarriles y procesadores de granos, mismas que en algunos estados obtuvieron la aprobación de estrictas regulaciones de las tarifas del transporte (Patsouras, 2004: 86 - 87).

En la década de 1880 aparecieron nuevas alianzas de organizaciones de granjeros con visiones más ambiciosas, basadas en la idea de una nueva sociedad donde la competencia económica fuera cediendo hasta desaparecer, para conformar una gran comunidad nacional basada en la cooperación de los productores. Estos principios e ideas fueron difundidos por conferencistas a lo largo y ancho de las zonas rurales del país. Oradores como Ignatius Donnelly atacaron a las grandes concentraciones de poder de las corporaciones ferroviarias e industriales, unidas a las instituciones financieras (Dorfman, 1934/1961: 58, 59 y 72).

Las cooperativas de los granjeros aliviaron temporalmente las dificultades de sus miembros. Sin embargo, no pudieron superar las fuerzas del mercado que actuaban en su contra, por lo que la frustración económica condujo a alianzas locales que alentaron el proyecto de creación de una organización política nacional. Para este fin, en 1890 se celebró una gran convención nacional de alianzas agrarias en Ocala, Florida, de la cual surgió la primera plataforma partidista del populismo agrario. En ese mismo año los candidatos apoyados por las alianzas obtuvieron sus primeros triunfos electorales (Hicks, 1959).

Estos logros animaron la constitución de un partido propio. En sendas convenciones en Cincinnati en 1891 Saint Louis en febrero de 1892 y finalmente en Omaha, Nebraska, en julio de 1892, se preparó y se proclamó la creación del Peoples Party para contender de manera independiente en las elecciones presidenciales y legislativas de ese mismo año (Patsouras, 2004: 86-87).

Más allá de sus aspectos demagógicos, el movimiento populista agrario proponía una serie de principios y medidas programáticas, tales como las “subtesorerías” con fondos fiscales para apoyar a las cooperativas; una red de almacenes públicos para el depósito de cosechas, que servirían para obtener préstamos gubernamentales con bajas tasas de interés y reservas de bienes para venderse a precios óptimos en el momento preciso; la descentralización del sistema bancario; la prohibición de la posesión de la tierra por dueños ausentes; la elección directa de senadores federales; la regulación e incluso la nacionalización de los ferrocarriles; un impuesto sobre el ingreso progresista y la remonetización de la plata (Hicks, 1959).

Los populistas rechazaban las ortodoxias de mercado de su tiempo, así como la noción de que los derechos de propiedad son absolutos. El credo populista no pretendía ser una crítica a la industrialización o al capitalismo en sí mismos. En realidad se trataba de una respuesta a lo que sus partidarios consideraban como una ruta económica brutal y caótica. El progreso y el crecimiento debían continuar, pero ellos demandaban que lo hicieran subordinados a las necesidades de individuos y las comunidades, y no únicamente en beneficio de una plutocracia tiránica, como estaba ocurriendo hasta el momento (Hofstater, 1960: 3-130).

Veblen y su esposa observaron con interés estos acontecimientos y desarrollaron una fuerte simpatía hacia las causas populares agrarias y laborales. Tanto Bellamy como los ideólogos del populismo agrario contribuyeron significativamente a la radicalización de su pensamiento (Dorfman, 1934/1961: 55, 66-68, 72).

De regreso a la academia: Cornell y la formación de un economista evolucionista radical (1891 – 1892)

En 1890 se presentó la oportunidad de que Veblen obtuviera un puesto como profesor en el colegio luterano de Saint Olaf, cuando su hermano Olson fue designado para dirigirlo. Sin embargo, la junta directiva lo rechazó debido a sus creencias en materia religiosa. En ese momento el malhumorado Thorstein, según el relato de Dorfman, ya se encontraba harto de la vida campirana y de las exploraciones botánicas con su esposa Ellen (Dorfman 1934/1961: 78).

Por sugerencia de Andrew, en 1891 Veblen solicitó una beca para estudiar otro doctorado en economía, su nuevo campo de investigación predilecto, en la Universidad de Cornell, ubicada en Ithaca, estado de New York. En Cornell, Veblen siguió proyectándose como un “outsider” y fue descrito por sus compañeros como un individuo cuya forma simple de vestir a primera vista revelaba su origen rústico (Dorfman 1934/1961: 79). Era renuente a hablar de su pasado reciente y cuando ello era necesario, explicaba que su larga ausencia de la academia se había debido a una complicada recuperación de la malaria. Cursó dos materias de historia y decidió que había mejores oportunidades en la economía.

El profesor más importante de economía de Cornell era J. Laurence Laughlin, seguidor de los preceptos del *laissez faire*, pero con una leve orientación heterodoxa gracias a John Stuart Mill. Había condensado los *Principios de Economía Política* de este último, para un libro de texto. Laughlin quitó a Mill su alto grado de abstracción y omitió la que llamaría su filosofía social; es decir, todo lo correspondiente al cuestionamiento de los principios del *laissez faire*. Consideraba Laughlin que los desarrollos de los economistas neoclásicos y austriacos eran un

sinsentido metafísico, ya que para él los principios económicos eran una cuestión de sentido común.

Laughlin relataba frecuentemente su primer contacto con Veblen. Describió la forma en que iba vestido con una gorra de piel de mapache y pantalones de pana. Thorstein se presentó en el tono más suave posible, para luego platicarle su historia académica, su receso obligado por razones de salud y su deseo de seguir adelante con sus estudios. Aunque se habían agotado las becas, Laughlin estaba tan impresionado con la inteligencia y la calidad humana de este individuo, que se entrevistó con el presidente y otras autoridades universitarias, a fin de conseguirle apoyo económico. Laughlin se convirtió en uno de varios académicos de inclinaciones ideológicas conservadoras opuestas a Veblen, quienes, motivados por el respeto intelectual y la simpatía personal, lo protegieron en ambientes institucionales hostiles (Dorfman 1934/1961: 79-80).

Durante su breve paso por Cornell en 1891, Veblen desplegó claras habilidades técnicas y teóricas en economía clásica y neoclásica, pero al mismo tiempo profundizó su disenso con sus supuestos y postulados fundamentales, bajo la influencia de la lectura de autores socialistas, incluido Marx. Estaba plenamente en curso el proceso de conversión de un filósofo moral en un economista evolucionista radical.

Con y contra Spencer

Estas nuevas inquietudes se plasmaron en su primer ensayo elaborado en Cornell, intitulado “Algunos aspectos olvidados del socialismo” (Veblen, 1891). En este trabajo se respondía a los argumentos spencerianos en contra del socialismo. Spencer y sus seguidores consideraban que los trabajadores únicamente mejorarían su condición dejando que fluyeran los procesos naturales, cesando su lucha y desistiéndose de una protección artificial, para dedicarse en cambio a ahorrar e invertir en proyectos industriales.

Como lo hemos explicado en el capítulo anterior, de acuerdo con el esquema de Spencer, las sociedades evolucionan desde un sistema militar basado en el estatus

o las relaciones jerárquicas asignadas, hasta un sistema superior de libre contrato entre iguales. Spencer aceptaba que existían prácticas viciosas en el orden del mercado competitivo. Sin embargo, algunos de estos aspectos negativos eran residuos de la sociedad militar; por ejemplo, indicaba el caso del derroche como señal de éxito en la lucha comercial que acarrea honor a sus participantes. El sistema de libre contrato ya estaba mitigando estos males y su progreso continuo llevaría al desarrollo industrial y a la armonía en la convivencia social.

El deseo de cambio y la inquietud popular no eran producto de la comprensión racional, sino un movimiento hacia la cooperación impuesta. Para Spencer, el socialismo representaba un retroceso hacia el sistema militar en el que, a diferencia del sistema de libre contrato, no había contrapesos para las clases reguladoras, dando pie a un imperio despótico.

En su ensayo, Veblen aún reconoce ser un seguidor de Spencer: explica que sus comentarios eran los de un respetuoso discípulo y que su motivo principal era proponer una explicación distinta de las razones del descontento social (Veblen, 1891). Indicaba que la tendencia del desarrollo de la industria moderna a la concentración en pocas manos era lo que había conducido a la exigencia de que un número creciente de sectores dominados “por monopolios naturales” (Veblen, 1891) fueran controlados por el Estado. Los agitadores socialistas se quejaban de que los propietarios de grandes riquezas habían acumulado demasiado poder. Este reclamo era compartido por la generalidad de la población, que sentía su dignidad vulnerada.

Sin duda, el sistema existente basado en las instituciones de la propiedad privada y la libre competencia había generado el más rápido crecimiento de la riqueza promedio y de eficiencia industrial jamás visto. La generalidad de la población, incluyendo a los trabajadores, se había beneficiado de estos progresos económicos. No obstante, había una insatisfacción creciente que no se limitaba a los más pobres, sino también a los que estaban en mejores condiciones, como las clases medias. El descontento en estos grupos relativamente acomodados era

explicable por la forma en que la autoestima se manifestaba en la sociedad competitiva del mercado (Veblen, 1891).

Desde la posición del hombre promedio, el deseo efectivo de estimación se restringía a la emulación económica, es decir, al esfuerzo por ser considerado más hábil que los otros en la actividad industrial, a partir de criterios de éxito pecuniario. Pocos atributos servían como señales de respetabilidad. El fraude del marrullero no suele ser censurado, ya que en el mundo moderno los individuos viven en un ambiente impersonal, extenso y móvil, por lo que se hace difícil valorar sus verdaderas cualidades. El observador ignora la forma de la acumulación; sólo ve las manifestaciones de la riqueza. La eficiencia que no redunde en el beneficio económico personal sirve de poco para fines de reconocimiento social. Lo único que cuenta es la eficiencia pecuniaria. La señal del éxito industrial es la posesión de riqueza monetaria y su despliegue a través del derroche en el consumo.

Así pues, la apariencia del éxito es más deseable que la sustancia del mismo. Es necesario gastar más que los otros y esta lucha por la “decencia”, como elemento esencial del estándar de vida, se convierte en una necesidad insaciable que absorbe cada vez más ingresos, al grado que se tolera la incomodidad física para proveerse de lujos convertidos en artículos supuestamente diseñados para la comodidad, pero que sirven para fines contrarios. La elegancia en el vestir se ha convertido en algo más importante que la comodidad. El valor de la prenda se asocia a su efectividad para proteger la respetabilidad, no para proteger el cuerpo. La gente va mal arropada con tal de estar bien vestida (Veblen, 1891).

El resultado de todo esto es que la eficiencia industrial se disipa o desperdicia en el derroche ostensible, producto de la emulación económica. Entre más avanza la industria y mayor es la búsqueda de compararse en el contacto con los otros, aumenta claramente el esfuerzo por alcanzar respeto, con base en el éxito económico. Mientras sobrevivan las instituciones dominantes, no habrá avance en el bienestar general que permita atenuar o detener esta desviación del esfuerzo. Su meta no es obtener un nivel absoluto, sino relativo de confort o excelencia. La

abolición de la propiedad privada y la libre competencia es necesaria, a fin de terminar con esta forma innoble e improductiva de emulación (Veblen, 1891).

Así como la democracia constitucional ha sido el resultado de la expropiación del poder político como propiedad o patrimonio del monarca, la instauración de la democracia económica, es decir, del socialismo, procederá con la nacionalización de la propiedad. No obstante, Veblen agregaba que de la misma manera que el funcionamiento de la democracia electoral ha requerido de la evolución del tipo humano, lo mismo tendría que suceder para el establecimiento exitoso de la democracia económica. Las sociedades que han desarrollado hábitos democráticos más arraigados, a través de etapas prolongadas de vida política constitucional –a las que Veblen identifica como los “pueblos anglosajones” – contaban con ventajas definitivas para la construcción de sistemas socialistas viables, comparadas con otras que se encontraban por generaciones sumidas en regímenes tiránicos militaristas y de hábitos acendrados en el despotismo y la sumisión, como Rusia o la propia Alemania. Veblen insistía que el futuro del socialismo era incierto y que dependía de un proceso evolutivo favorable de la naturaleza humana (Veblen, 1891).

Simultáneamente, Veblen escribió otros textos sobre la condición de los agricultores de su país en los que se hacía evidente la influencia del ideario populista. En estos ensayos puede detectarse la denuncia de la situación de los granjeros agobiados por el declive pronunciado en los precios de sus productos y su explotación por parte de los banqueros e intermediarios comerciales.

Pero en forma irónica, en otros ensayos Veblen aún asume posiciones liberales afines a las de John Stuart Mill, con respecto a problemas económicos más técnicos, por ejemplo, la definición del capital y los salarios y las crisis de sobreproducción. Según Dorfman, esto se debió a cierta lealtad personal y académica a su nuevo protector Laughlin, quien como ya se mencionó, era un liberal seguidor de Mill. Laughlin consideraba que Veblen estaba abordando asuntos de gran importancia de la forma más adecuada y que estaba destinado a ser un economista sobresaliente, si se mantenía por el camino correcto, es decir, la

corriente liberal de Mill y del sentido común (Dorfman 1934/1961: 93-94). Para mayor fortuna de Veblen, Laughlin fue designado profesor decano de economía en la nueva Universidad de Chicago y le consiguió una beca de \$520 dólares al año (Dorfman 1934/1961: 87).

Mientras esto ocurría, la efervescencia social crecía; el populismo agrario llegaba a su cenit y los conflictos laborales explotaban de nuevo. En la planta metalúrgica de Homestead, Pennsylvania, del empresario Andrew Carnegie, un conflicto laboral terminó en un violento enfrentamiento entre los huelguistas y los detectives Pinkerton, contratados por H.C. Frick, el director de la empresa de Carnegie. Dorfman relata que “en medio de esta gran turbulencia social y política, Veblen arribó a Chicago. Hasta entonces se había familiarizado con las pequeñas ciudades provincianas; ahora se enfrentaba a la vida en un gran centro industrial” (Dorfman, 1934/1961: 89).

Chicago: el laboratorio de la clase ociosa (1892-1898)

La ciudad de Chicago era un laboratorio extraordinario para poner a prueba teorías económicas y observar el cambio social. En la última década del siglo XIX esta urbe se encontraba en medio de una expansión vertiginosa, impulsada por la competencia económica brutal. En efecto, en Chicago se experimentó un desarrollo que revelaba las ventajas y también las desventajas devastadoras del orden capitalista del *laissez faire*, por el que abogaban la mayoría de los filósofos y economistas del *establishment* académico. Se trataba, asimismo, de los terribles efectos de una economía monopolista.

En los años posteriores al gran incendio de 1871, Chicago había crecido a pasos agigantados, gracias en parte a su posición nodal entre el este y el oeste de los Estados Unidos. Pronto se transformó en un gran centro de distribución de granos y carne, así como de producción de madera, hierro y acero.

Miles de inmigrantes fluyeron para ocupar puestos en los molinos, fábricas, empacadoras y siderúrgicas, hasta alcanzar una población de más de 1.2 millones

de habitantes en 1893. Estos trabajadores se encontraban sometidos a severas condiciones laborales y patrones y capataces abusivos, lo cual fue caldo de cultivo para el anarquismo y el socialismo, así como para las huelgas y los antagonismos de clase en general (Spindler, 2002: 18-20).

El primer estallido importante ocurrió el 4 de mayo de 1886 en el conocido episodio del Haymarket Riot. La represión fue brutal y el radicalismo obrero fue sofocado y renació hasta la publicación de la novela de Bellamy en 1888, con la fundación del Partido del Pueblo en 1891 (Spindler, 2002: 20).

El descontento obrero explotó nuevamente en 1893 y 1894, como resultado del inicio de una profunda depresión económica que se extendió por tres o cuatro años. El desempleo alcanzó niveles sin precedentes. Las manifestaciones populares crecieron; un veterano de la Guerra de Secesión, Jacob Coxey, organizó un movimiento llamado Army of the Commonwealth con sede en Chicago, que marchó a Washington D.C en 1894. A juicio de Veblen, lo más importante de la “Marcha de Desempleados” era que de forma espontánea habían llegado a desafiar frontalmente el principio sacrosanto de la propiedad privada en Estados Unidos (Dorfman 1934/1961: 105).

En ese mismo año aconteció la huelga ferroviaria de Pullman, encabezada por Eugene Debs, en respuesta a un recorte salarial de 25%, mientras la empresa fabricante de vagones se rehusó a disminuir las rentas de vivienda de sus trabajadores. Aunque el gobernador del Estado simpatizaba con los sindicatos, por insistencia de los capitalistas el presidente Grover Cleveland declaró a los huelguistas en estado de disolución social y envió tropas para apresar a los líderes y sofocar la huelga (Dorfman 1934/1961: 99, 107 y 110, Patsouras, 2004: 73 y 89).

En un polo de la sociedad de Chicago se encontraban los trabajadores y en el otro los millonarios poderosos, como los propietarios de los almacenes Marshall Fields, de las empacadoras de carne Philip D. Armour, de los tranvías Charles Yerkes y

de las plantas de maquinaria agrícola Charles McCormick. Estos magnates gastaban fortunas en la construcción de palacetes y artículos suntuarios; aprovechaban cualquier oportunidad para ostentar sus fortunas (Dorfman, 1934/1961: 98-100).

Al mismo tiempo, emergió un círculo literario de autores y novelistas prominentes. Estos escritores, entre los que se encontraba Theodore Dreiser, autor de obras de realismo y crítica social como *Sister Carrie*, *The Titan* y *The Financier*, se reunían en un lugar llamado el pequeño cuarto, “the little room”. Discutían sobre la situación económica, los conflictos sociales y el poder de las capitalistas. Todos estos temas eran afines a los intereses de Veblen, por lo que él asistió en algunas ocasiones (Spindler, 2002: 18 -25).

Habitus y campo de la Universidad de Chicago y sus detractores

En 1892 se inauguró la Universidad de Chicago gracias a un fuerte donativo del magnate petrolero de la Standard Oil, John D. Rockefeller, en un terreno aportado por Marshall Fields. Yerkes donó el observatorio astronómico. Al abrir la universidad se encontraban inscritos 600 estudiantes y empleados 120 profesores. Su presidente fue William Rainey Harper, un profesor de hebreo y estudios bíblicos sumamente cristiano y conservador, defensor a ultranza de la academia convencional y de la posición social de los millonarios mecenas, empezando por Rockefeller. Harper se esmeraba porque los profesores difundieran el prestigio de la Universidad de Chicago con base en valores religiosos. Consideraba como supremas las virtudes del mercado y del capitalismo corporativo industrial. En varias ocasiones hizo todo lo posible para que la junta no renovara los contratos de profesores que se apartaban de la línea aceptada o cuya conducta fuese considerada como inapropiada, según los cánones de una buena escuela cristiana (Dorfman 1934/1961: 90 -96).

Pese a ser una institución nueva, prevalecía la orientación ortodoxa en materia religiosa y conservadora en el *habitus* y el campo económico y filosófico. No obstante, la posición dominante se vio desafiada por un sector disidente de la facultad, en donde se encontraban el psicólogo y filósofo pragmatista John Dewey; los antropólogos Lewis Morgan y Franz Boas; el psicólogo Jacques Loeb; el sociólogo George Herbert Mead, así como el economista evolucionista radical Thorstein Veblen. Poco después de abrir sus puertas, la Universidad de Chicago enfrentó una serie de disputas intelectuales. Por un lado, se encontraba el sector conservador dominante de teólogos cristianos creacionistas, filósofos seguidores de la escuela escocesa presbiteriana del sentido común, economistas apegados al *laissez faire* y psicólogos asociacionistas. En el otro bando, se hallaba el grupo rebelde de científicos naturales y sociales darwinistas evolucionistas; filósofos y psicólogos pragmatistas y economistas de orientación progresista o socialista, como Veblen (Dorfman, 1934/1961: 114-116, 122, 125-141).

Los debates en la comunidad académica se centraban en cuestiones tales como las posibilidades de verdad del conocimiento, la compatibilidad entre la evolución en el ámbito natural y social y la existencia de Dios, la psicología humana como meramente reactiva a estímulos de dolor y placer externos o como producto de la acción, en relación con medios y fines como fundamento de la vida humana, y el sentido de la propiedad como derecho natural inviolable o como convención social, resultado del impulso adquisitivo depredador.

Los disidentes de Chicago: filósofos, antropólogos, psicólogos y economistas, como Dewey, Boas, Loeb y Veblen proponían otras explicaciones de la naturaleza y acción humanas desde la perspectiva del pragmatismo, la nueva antropología y el evolucionismo spenceriano y darwinista. Se trataba de un *turning point* en el pensamiento social occidental, la revuelta en contra del formalismo del *habitus* y campo filosófico y económico de la era victoriana que aún predominaba en la Universidad de Chicago. Aunque no había demasiada conciencia de lo que

obedecía a una evolución natural o a una evolución social; y en el centro de esta temática se hallaba, justamente, la vituperada propiedad privada.

Sin embargo, la disputa en la Universidad de Chicago no se reducía a estos asuntos. Los acontecimientos que estaban ocurriendo en las calles y las fábricas de la ciudad se desbordaron para inundar los salones y plazas de la “torre de marfil” universitaria. Así pues, se libraron intensas batallas en torno a conflictos como la huelga de Pullman. Mientras unos defendían a ultranza los derechos de propiedad de los empresarios, como el motor de la generación de riqueza frente a la subversión colectivista de los sindicatos, otros reformistas y radicales denunciaban la concentración de poder que había terminado por manipular al Estado, pese a sus falsos pronunciamientos anti intervencionistas.

El conservador presidente Harper siguió una política que si bien no se puede caracterizar de persecutoria, sí fue bastante hostil al grupo contrario. En 1895 se rehusó a renovar el contrato a algunos docentes, como sucedió con el economista Edward Bemis, por no haberse alineado por completo en sus declaraciones y publicaciones con los empresarios de Chicago. Bemis enfureció a Harper cuando pronunció un discurso crítico sobre la huelga ferroviaria en la que denunció la posición de la parte patronal y en otra alocución atacó al monopolio del transporte construido por el rey de los tranvías, Yerkes, que como se ya se mencionó era uno de los principales benefactores de la Universidad (Dorfman, 1934/1961: 114-116, 122, 125-141).

El caso Bemis desató una polémica en la prensa. Algunos diarios aplaudieron la decisión de las autoridades universitarias. En su editorial, el *Chicago Journal* argumentó: “el deber de un profesor que acepta el dinero de una universidad por su trabajo es enseñar la verdad establecida, no meterse en la búsqueda de la verdad” ((Dorfman, 1934/1961: 109). Si Bemis se encontraba vulnerable, el aún más radical y recién llegado Veblen lo estaba más.

Veblen en la Universidad de Chicago

La historia de la vida productiva de Thorstein Veblen inicia realmente en 1892, con su llegada a Chicago. Los años de frustración y falta de dirección parecían haber quedado atrás. Al fin había encontrado a un asesor respetado que lo apoyara. Laughlin se convirtió en uno de los varios individuos sin los cuales no hubiera sobrevivido en el medio académico estadounidense. Además, ahora tenía una meta profesional más definida: el estudio de la economía política (Dorfman, 1934/1961: capítulos VI y VII).

Sin embargo, no era más que un novato en el mundo académico; un individuo erudito y poliglota que a sus 35 años era mayor que otros profesores que ocupaban la misma posición y categoría dentro de la jerarquía académica. Durante los catorce años de su estancia en Chicago padeció que otros colegas más convencionales ascendieran en la escala académica, mientras que él permanecía en los niveles más bajos. Según Dorfman en ese entonces era un hombre callado, de apariencia perezosa. Sus filosos ojos inteligentes miraban todo con aire crítico. Usualmente vestía un traje sombrío y corbata negra. Era atractivo para las mujeres y rechazado por sus colegas más afincados.

Influencias socialistas

En los primeros años Veblen impartió un curso sobre teoría del socialismo que escandalizaba a muchos en la comunidad universitaria y que Harper hubiera cancelado de no ser por la intervención de Laughlin. Este curso resultó importante en la trayectoria intelectual de Veblen, pues le permitió realizar una serie de lecturas. Aprovechó también la oportunidad para publicar varias reseñas de libros de autores europeos, los cuales resultan útiles para identificar su posicionamiento en el campo ideológico del pensamiento socialista, como un evolucionista radical “de izquierda”. La primera, de 1893, trataba sobre el libro de Thomas Kirkup, A

History of Socialism, al que le criticó centrarse más en el socialismo moderno que en su historia; asimismo, lo llamaba a cuentas por sostener que el socialismo era “simplemente un movimiento para unir al capital y el trabajo a través del principio de la asociación”. Veblen señalaba en esta reseña que el término “asociación” es vago y que el método para la aceptación de la aplicación práctica no se encuentra claramente indicado; agregaba que “sería demasiado exigirle que lo hiciera, pero es decepcionante que el autor, quién enumera otros factores que van en la misma dirección, y que se expresa con tanta esperanza de las perspectivas futuras, deposite su fe en el movimiento cooperativo como si este fuese en un sentido especial la solución al problema”. Veblen subrayaba que, para Kirkup, “la tendencia total del desarrollo industrial moderno es distintivamente socialista; y que el socialismo (colectivismo) es resultado del crecimiento continuo de la democracia bajo condiciones modernas” (Veblen, 1893: 301).

En su apreciación, el defecto principal de este libro era que “se queda corto como un análisis exhaustivo de los males sociales que alimentan al movimiento socialista, así como al proponer la gama completa de cambios sociales que deben llevarse a cabo, si el remedio para estos males ha de ser encontrado en la dirección deseada por el movimiento” (Veblen, 1893: 302).

Otra reseña de Veblen consistía una breve nota crítica, bastante positiva de los dos volúmenes del alemán Otto Warschauer (Veblen, 1893b:302), que consideraba más completos que los de Kirkup. Y un año después publicó otra reseña de la obra de Karl Kautsky sobre el parlamentarismo, la soberanía popular y la socialdemocracia. Como es sabido, Kautsky abogaba por una vía parlamentaria para el socialismo. Según él, los cuerpos legislativos y sus procedimientos constituían el mejor medio para encarnar la voluntad popular en la ley y su aplicación. En esto se oponía a los anarquistas y los socialistas que despreciaban los métodos parlamentarios y que abogaban por la participación directa. En términos generales, Veblen comulgaba con Kautsky. Señalaba que:

La actitud socialista de los líderes del movimiento es crecientemente de una conciencia de la aspiración hacia una república, en el mismo sentido del término que prevalece entre los pueblos angloparlantes. El parlamentarismo es la forma y el método mediante el cual el socialismo habrá de llevar a cabo la salvación de la humanidad. El absolutismo patriarcal ha cesado de ocupar desde hace algún tiempo los pensamientos de los socialistas y la idea de un gobierno por un comité de delegados también se ha ido desacreditando. El movimiento socialista moderno ha remontado el antagonismo amargo a todas las cosas que pertenecen al orden social existente, que lo caracterizó en sus expresiones más tempranas a mediados de siglo; y se ha lanzado a encontrar y utilizar todo lo que sea bueno y servicial para su causa en las instituciones políticas modernas. Hay una apreciación cada vez más profunda del significado de la creencia de que el socialismo es el siguiente estado de la evolución social, que si habrá de alcanzarse algún día, será a través de un proceso evolutivo de las formas existentes de organización social. Lo anterior está trayendo una conciencia más completa de las implicaciones de que el socialismo es la república industrial y no la democracia industrial; de que los medios por los cuales funcionará, acaso son un desarrollo ulterior y una forma perfeccionada de las instituciones de la república política en su esfera (Veblen, 1894: 313).

Veblen concluye señalando que este cambio de conciencia sugeriría a los miembros conservadores de la sociedad que se trata de un socialismo con un motor más efectivo para trastocar el orden establecido. Argumentaba que de esta manera, “se verá como más razonable para otras cabezas que este aspecto (el socialismo como ampliación de la democracia republicana) es más evidente que su rasgo característico principal de antagonismo a la institución de la propiedad privada” (Veblen 1894: 314).

En 1895, en la misma revista en que Veblen publicó sus reseñas, aparecía otra escrita por él, del libro de Robert Flint, *Socialism*, obra que consiste en una serie de capítulos que se originaron a partir de conferencias que el autor dirigió a trabajadores fabriles. Esa obra planteaba argumentos en contra del socialismo, al cual se definía como una teoría de la organización social que sacrificaba las libertades legítimas de los individuos a los intereses y la voluntad de la comunidad. El socialismo, sinónimo de colectivismo, era así antagónico al individualismo

profesado por Flint. Veblen definió al libro como una serie de refutaciones a los argumentos de distintos socialistas. En la reseña se dedicó a su vez a cuestionar las posiciones de Flint sobre diversos temas, empezando por la propia definición del socialismo y por su incompreensión de la teoría del valor de Marx. También criticaba la falta de actualidad de Flint en cuanto a la sustancia de la ideología socialista más moderna, la cual, a su juicio, hacía obsoleto su libro; en su opinión, éste “hubiese sido relevante para una generación anterior de lectores” (Veblen, 1895).

Aún más importante para fines de la trayectoria intelectual de Veblen fue su lectura de la obra del sociólogo del crimen italiano Enrico Ferri, *Sociología y Ciencia Positiva: Darwin, Spencer, Marx* (1896), la cual reseñó a profundidad en esta misma época. Ferri, quien había estudiado derecho, al igual que Veblen y muchos otros intelectuales y científicos sociales de esa generación, se había interesado desde muy joven por la teoría evolucionista de Herbert Spencer. Más adelante se había convertido al socialismo científico y buscó la forma de conciliarlo con el evolucionismo spenceriano. De hecho, se definía a sí mismo como un spenceriano socialista. Coincidió con el británico en que la única posición científica moderna legítima se encontraba en el evolucionismo. Sin embargo, al igual que Veblen en sus escritos anteriores y posteriores, criticaba a Spencer por haber considerado que la sociedad de mercado capitalista constituía la forma más elevada de la evolución social humana. El sesgo individualista del inglés lo había cegado y volcado en contra del socialismo. La igualdad, lejos de ser un obstáculo para el desarrollo, opinaba Ferri, era la condición requerida para que los individuos pudieran competir sin privilegios preestablecidos, privilegios que le daban una ventaja a algunos y no necesariamente los más aptos.

Argumentos a favor de una ciencia económica evolutiva

Evidentemente, en la Universidad de Chicago Veblen se inclinó del lado de los disidentes. Aprovechó su posición como editor de la revista *Journal of Political Economy* para publicar sus reseñas sobre cuestiones socialistas, así como artículos

de sus colegas inconformes. Por su parte, en las reseñas señaladas y en otros ensayos criticó las nociones de la conducta humana de la economía convencional, incluyendo la doctrina del *laissez faire*, la naturaleza humana basada en el tipo del homo oeconomicus y el carácter de la propiedad privada como un derecho natural. A su juicio, estas doctrinas y las actitudes que ellas reivindicaban serían superadas por la misma evolución social. Señaló que el supuesto de una naturaleza humana inmutable de actores hedonistas y egoístas, que siempre se encuentran calculando su beneficio personal bajo las presiones competitivas del mercado, no correspondía a los nuevos hallazgos evolucionistas de las ciencias sociales.

Desde luego se trataba más bien de ciertos hallazgos y de la presuposición de que aquella “naturaleza humana inmutable” no era una que había evolucionado naturalmente hasta ese mismo punto, sino otra rechazable que se podía diluir en conductas culturales que superarían, por efecto de la evolución social, los negativos y chocantes rasgos humanos vinculados a la propiedad privada y al interés económico individual.

En un famoso ensayo titulado, “¿Por qué la economía no es una ciencia evolutiva?”, publicado en el *Quarterly Journal of Economics* de julio de 1898, Veblen lanzó un ataque frontal contra la disciplina, caracterizándola como precientífica, es decir, plagada de aspectos animistas y teleológicos. Propuso la necesidad de convertirla en una verdadera ciencia sintonizada con los avances y las aportaciones del evolucionismo. Su propósito principal era mostrar que la disciplina de la economía se hallaba rezagada al no haber incorporado dicha perspectiva. En pocas palabras, la economía no era una ciencia evolucionista y para progresar tenía que convertirse en una de ellas, ya que de no hacerlo, permanecería como una forma de conocimiento “precientífico”.

No cabe duda de que Veblen tenía razón en estos puntos. El problema era y es todavía si justamente el evolucionismo de Herbert Spencer era el conveniente para la ciencia económico-política.

A partir de un análisis histórico profundo, Veblen planteó serios interrogantes a todo el curso de desarrollo intelectual del mundo occidental desde un enfoque antropológico. Los primeros seres humanos, escribió, buscaban entender su entorno, especialmente los misteriosos fenómenos naturales, proyectándoles personalidades. La creación de una variedad de deidades locales fue suficiente para explicar eventos extraños o amenazantes. La gente le atribuía a la acción de dioses celestiales la ocurrencia de truenos y relámpagos y otros fenómenos naturales. Sin embargo, a medida que los seres humanos adquirían una comprensión mejor del mundo, los hábitos de pensamiento antropomórficos gradualmente se transformaron en explicaciones basadas en causas impersonales o leyes naturales. Estas “verdades” aún poseían una condición trascendente; reflejaban el diseño de una gran inteligencia capaz de controlar la creación y el progreso de la historia de la humanidad. Así nació la era de la teología y la metafísica con sus propios “cánones de verdad”.

Este último hábito mental se correlacionaba estrechamente con ciertos modos particulares de explicar las cosas. En aquel entonces, señalaba Veblen, la comprensión cabal de cualquier fenómeno requería que el individuo escudriñara lo que yacía detrás de la secuencia de los fenómenos observables, con el fin de obtener una visión elevada, necesaria para construir una gran síntesis. El curso y la conducta del mundo natural cobraban sentido sólo cuando los eventos se desprendían y aislaban para la observación cuidadosa y para luego relacionarlos con un patrón o proceso dominante; una plataforma de significado en la cual montarlos y ordenarlos. El verdadero conocimiento surgió cuando conocimos los distintos aspectos de la realidad en términos de una síntesis mayor, alguna causa abstracta o invisible o, comúnmente “alguna proyección teleológica”. Mediante esta operación de gran dimensión se le confirió significado a los eventos y actividades que se observan en la naturaleza o en el desarrollo de la historia humana. Lo particular adquiere significado en términos de las relaciones ampliadas que se articulan en un todo unificado. Más aún, afirmaba Veblen, este llamado hacia la conformación de una normalidad trascendente o verdad superior condujo al estudio de la conducta humana y a la filosofía moral, evaluando lo incidental sobre los

estándares de un plan cósmico. Para Veblen, esta forma de conocer había logrado imprimirle sus respectivos propósitos a las religiones y sistemas filosóficos de Occidente.

No obstante, en el mundo contemporáneo (finales del siglo XIX), el verdadero científico se ha desprendido de esta forma todavía “precientífica” de entender y concebir al mundo. La diferencia entre el hábito de pensamiento tradicional y el moderno involucra un cambio auténtico de “actitud espiritual”. El nuevo evolucionismo ofrecía la clave para esta transformación intelectual. Veblen estaba planteando firmemente las ventajas de una posición evolucionista que no recurriera a grandes diseños, planes cósmicos y causas formales ulteriores. La evolución del cosmos y la vida eran vistas como un proceso abierto sin causas finales.

De manera contundente señaló que el punto de vista evolucionista no dejaba lugar a la formulación de leyes naturales en términos de normalidad definitiva, ya sea en el campo de la economía o de cualquier otro del conocimiento (Veblen, 1898a: 378 - 79). Y tenía razón, aunque no estaba claro cuáles eran las unidades sobre las que había que cuestionar esa normatividad definitiva: si especies vivas como lo pensaba Darwin o instituciones sociales, como lo creyó Spencer. Por otro lado, tampoco se trataba de convertir a la ciencia o a la sociología en un ejercicio de juicios morales. Bajo la nueva mentalidad evolucionista, la ciencia buscaba explicar la secuencia de los eventos a partir de su causación mecánica, como un recuento meramente fáctico confinado a los hechos observables.

Las reflexiones de Veblen ya se inclinaban hacia una perspectiva antropológica que le permitiera “construir una visión genérica de los seres humanos” y apartarse tajantemente de la “visión ordinaria” de la mayoría de sus colegas economistas clásicos. Se trataba de romper definitivamente con las falacias del concepto de *homo oeconomicus* para reemplazarlo por una concepción distinta de la naturaleza humana en continua evolución social. Dijo que:

La historia de la vida económica del individuo es un proceso acumulativo de adaptación de medios a fines que cambia acumulativamente en el curso del mismo proceso, y en el cual tanto el agente como el entorno se encuentran en un punto determinado del desenlace de

su última fase. Sus hábitos de vida actuales son impuestos por los otros arrastrados del pasado (Veblen, 1898 – 1899: 344).

Es decir, somos menos creaturas de la razón que del hábito transmitido por nuestros ancestros; de un instinto heredado de conducta, lo que nos obliga a tomar en cuenta un medio ambiente ampliado de influencia. Nos introducimos así en un vasto ámbito de complejidad cultural. Por lo tanto, subrayaba Veblen que “el interés económico no existe en aislamiento” (Barañano, 1993, Veblen, 1898a: 386 -388) y no podemos describir estas actividades como estrictamente económicas. La economía debía convertirse en una ciencia evolucionista; se trataba de explorar procesos de largo impacto cultural y racial con el fin de promover “una explicación genética de un proceso en continuo desenvolvimiento... Rastrear el sentido de cambio del interés económico en secuencia cultural... Debe ser una teoría del proceso de vida de la especie o comunidad humana” (Barañano, 1993:151 -153). Desde esta perspectiva, el investigador se topará con una naturaleza humana menos racional y estable, distinta a la de otros pensadores de su tiempo, desde luego de la hedonista y utilitarista que subyace a la noción de *homo oeconomicus*. Los seres humanos no somos meramente calculadores de placer y dolor. “La concepción del interés económico basado en la psicología hedonista no ofrece elementos para formular una teoría del desarrollo de la naturaleza humana” (Veblen, 1898a: 396), pues ella era demasiado estática y no percibía las cosas en términos de crecimiento y cambio cultural; no contemplaba rasgos heredados y comportamientos arcaicos, por lo que no correspondía con el método evolucionista entonces de vanguardia.

Como es de notar, en estas interesantes propuestas evolucionistas reinaba la confusión entre lo que es biológico y psicológico y aquello que es cultural y social. Aún no se apreciaba con claridad que el *homo oeconomicus* y el interés económico derivado de la propiedad privada podían ser un claro producto de la evolución natural de la especie *homo sapiens sapiens* y por el contrario, Veblen sin asumir una posición contundente se inclina a pensarlos como resultado de su evolución social y cultural, la cual los superaría probablemente en un futuro previsible. Pero

aquello en lo que Veblen tenía razón era en que la economía y las ciencias sociales debían hacerse evolucionistas y compatibles con las ciencias de las demás esferas de la evolución apreciables en el universo; concretamente, con la biología evolucionista de Darwin.

La nueva antropología de Morgan y Boas, el evolucionismo social de Spencer, la psicología de la acción pragmática, según Veblen, ponían en tela de juicio las propuestas corrientes de la “economía recibida”. En la sociedad moderna industrial se encontraban rasgos arcaicos y fuerzas irracionales, decía con razón nuestro autor. Por lo tanto, él se abocó a descubrir la remota genealogía de estos rasgos y fuerzas en el pasado distante y la forma en que estos atavismos pudieron sobrevivir y adaptarse en un entorno social supuestamente moderno, muy diferente al de aquel en donde surgieron. Muchas de estas ideas se plasmaron en un curso que comenzó a impartir Veblen en 1898, sobre los factores económicos de la civilización.

La construcción de TCO: Cuatro artículos seminales

Inicialmente Veblen planeaba escribir un libro sobre el capitalismo moderno; sin embargo, tuvo que desistir por falta de tiempo. Se encontraba muy atareado con sus obligaciones docentes y editoriales. A partir de 1894, poco a poco y con momentos de frustración y estancamiento, fue concibiendo y redactando una obra distinta, centrada en un nuevo núcleo temático: *El consumo conspicuo*. En 1894 publicó un artículo titulado *La teoría económica del vestido de las mujeres*. En este trabajo, nuevamente manifestó su preocupación con respecto al derroche y la futilidad de la emulación económica, así como su esperanza en que la abolición de la propiedad privada llevaría a los seres humanos a concentrar sus actividades en propósitos más nobles y socialmente útiles. Identificaba tres significados económicos y socioculturales del vestido: primero, como una actividad funcional que parte de la necesidad de cobijo y protección; segundo, como una expresión de placer estético producto del color, la textura y el diseño, finalmente, como un elemento de despliegue y atracción sexual. Veblen minimizaba las anteriores

significaciones para proponer que el vestido juega un papel primordial en la conformación del estatus de las mujeres en el hogar patriarcal. En particular, constituye un hecho económico cuya función es proyectar la riqueza del jefe de familia de manera conspicua y derrochadora. Un atuendo de gala o de bodas sólo se utiliza en una ocasión, al tiempo obliga a desechar ropa en buen estado y adquirir otra nueva. Las faldas voluminosas, los sombreros abigarrados y los tacones altos son una clara señal de que la mujer dependiente no tiene necesidad alguna de trabajar y es debidamente sostenida económicamente por el honorable *paterfamilias* (Veblen, 1894).

Unos años más tarde, en el ocaso de la década y el siglo, presentó una serie de conferencias –en efecto, avances de investigación– en el marco del Club de Posgrado de la Universidad de Chicago: *El instinto del trabajo útil y el fastidio del trabajo*, *Los orígenes de la propiedad* y *El estatus bárbaro de las mujeres*. En estos planteamientos desarrolló por primera vez sus ideas acerca de la naturaleza de las preconcepciones animistas y hedonistas de la sociedad capitalista moderna, en términos de las culturas primitivas. Estos tres trabajos fueron publicados en *American Journal of Sociology*, entre septiembre de 1898 y enero de 1899.

En estos artículos y en su inimitable estilo literario, ya se expresa de manera aún más contundente el radicalismo de su autor: su hostilidad hacia la institución de la propiedad privada, su denuncia de la opresión y necesidad de liberación de las mujeres; su afán por desafiar los fundamentos psicológicos de las teorías económicas dominantes; su evidente preferencia por la utilidad del trabajo y su insistencia en la naturaleza colectiva del conocimiento, así como en la producción y consumo de bienes útiles.

En *El estatus bárbaro de las mujeres* (Veblen 1898 – 1899/ 1999) el autor rompe con la perspectiva romántica y religiosa del matrimonio. En *El instinto del trabajo útil y el fastidio del trabajo* empieza por cuestionar el axioma de la psicología hedonista, que subyace a la economía clásica y en particular las nociones de que el trabajo es repugnante y que el ser humano busca escapar de su tráfago por medio de la adquisición de riqueza. Sin embargo, Veblen indica que la humanidad difiere de

otras especies en que requiere del esfuerzo productivo para sobrevivir, por lo que cuenta con un instinto hacia el trabajo –ya la vieja Escuela Escocesa del Sentido Común, en voz de su fundador, Thomas Reid, había dicho lo mismo (Hernández Prado, 2010: 86) –. Este último florece en entornos que lo propician junto con la solidaridad colectiva, por la necesidad de sobrevivencia. Por otro lado, el interés egoísta surge y se desarrolla en entornos de vida depredadora en los que además se considera al trabajo productivo como fastidioso y para elementos de bajo rango. La fuerte perspectiva evolucionista del texto es muy evidente, ya que señala que como otros animales, el ser humano es un agente que responde a los estímulos del ambiente en el que vive (Veblen, 1898-1899/1999).

Finalmente, en *Los orígenes de la propiedad* (Veblen, 1898b) atacaba el principio del derecho natural, según el cual la propiedad se origina del esfuerzo productivo, ignorando así el hecho histórico antropológico de que los seres humanos somos animales sociales que existimos en unidades colectivas. Además, en consonancia con Bellamy, proponía que la producción depende de la herencia de conocimiento y de técnicas que son el acervo de la comunidad industrial. Entonces ¿de dónde proviene la institución de la propiedad privada?

Lewis H. Morgan, decano de la antropología estadounidense, argumentaba que la evolución cultural había tenido lugar en tres etapas: salvajismo, barbarismo y civilización, cada una dividida a su vez en temprana, mediana y tardía. Morgan señalaba que la propiedad privada solo había aparecido en la fase tardía del barbarismo con la esclavitud y, por lo tanto, se trataba de una institución relativamente tardía en el desarrollo humano. Veblen, influido por Morgan, difería de él para proponer la importancia de la captura de mujeres en el origen de la propiedad privada y del hogar patriarcal. Las mujeres cautivas constituían la primera forma de propiedad y también los trofeos de campañas evidencia de hazañas. De ahí su idea del matrimonio como una propiedad con todas sus repercusiones para la vida social (Veblen, 1898b).

Es interesante que Veblen recuperara a Morgan para proponer que la propiedad privada era un fenómeno cultural relativamente reciente en la historia de la

humanidad, pero que lo refutara al mismo tiempo, señalando que ella era aún más antigua y básica de lo que señalaba Morgan. Sin embargo, Veblen reafirmó su concepción de dicha propiedad como histórico-cultural y no como algo evolutivo-natural, en forma por demás irónica, pues su obra contribuía a sugerir y afianzar esta última concepción.

Mientras Veblen laboraba arduamente como editor, docente e investigador y se iba gestando su obra cumbre, TCO, sus problemas con las autoridades y los guardianes del *habitus* y el campo académico de la Universidad de Chicago se agravaban.

En 1899, Harper, quien muy a su pesar había accedido a que Veblen impartiera su curso sobre socialismo, acentuó sus ataques sobre el profesor noruego-americano. Molesto con el hecho de que Veblen se rehusara a hacerle publicidad a la Universidad y a su principal benefactor, Rockefeller, respondió negativamente a su solicitud de un aumento salarial (Dorfman, 1934/1961:174). Como era de esperarse, Veblen presentó su renuncia y fue nuevamente gracias a la intervención de Laughlin que Harper cedió al final. Poco después, con base en los artículos mencionados, redactó y publicó su obra más conocida: *Teoría de la clase ociosa*.

Síntesis y análisis

En el recuento anterior se encuentran los elementos para comprender el proceso de radicalización de Veblen, tanto en el plano político-ideológico como en el teórico-académico. Se pueden identificar con bastante precisión los acontecimientos, experiencias y crisis que condujeron a su ruptura con los valores de las clases dominantes, así como también con el *habitus* y el campo filosófico y económico estadounidenses. Es cierto que desde sus años en Carleton, Veblen ya había manifestado su disidencia con el canon dominante tradicional, así como sus rasgos de carácter rebelde y poco convencional. En Johns Hopkins y Yale se destacó como un estudiante de filosofía brillante y su desempeño, de no haberse enfrentado a un *habitus* y un campo extremadamente conservadores,

probablemente le hubiera abierto el camino para una carrera profesional exitosa en filosofía dentro de algunas de las instituciones de mayor prestigio en su país.

Sin embargo, el académico noruego-americano kantiano y spenceriano fue rechazado por este *establishment* por su ateísmo. Esta desilusión, aunada a la desadaptación a su comunidad original, puede ser considerada como una crisis significativa. Sabemos poco sobre el tiempo que pasó en el seno del hogar de su familia política. No es arriesgado suponer que su contacto con el estilo de vida y los valores de los Rolfe influyeron en su percepción de la realidad social y la estructura de poder de la sociedad estadounidense. Pero en toda crisis se encuentra también una oportunidad. En el caso de Veblen, la de poder dedicarse a lecturas como la utopía de Bellamy, así como a observar y reflexionar sobre la crisis económica, social y política que desató las grandes movilizaciones agrarias populistas y obreras.

Posiblemente, también contó mucho la profundización de su lectura de autores como Marx y la reafirmación de su compromiso teórico con la corriente del evolucionismo social. Esta transición del filósofo kantiano al economista evolucionista de tendencias socialistas, se expresó ya con claridad en sus primeros escritos durante su paso por la Universidad de Cornell. Su radicalismo se reafirmó a su llegada a Chicago, en el ambiente marcado por los conflictos sociales en la ciudad y la disputa creciente en el *habitus* y el campo filosófico y económico: el conflicto entre los guardianes de la convención, frente a los disidentes del mismo, promotores de la nueva filosofía, antropología y sociología evolucionistas. Pese al descontento de las autoridades y algunos profesores del *establishment*, Veblen asumiría el papel de líder de esta rebelión en el campo de la economía.

Si bien es innegable que el economista radical Veblen buscaba en sus escritos satirizar las costumbres y convenciones de los ricos, es un error reducirlo a lo anterior. Sus propósitos intelectuales fueron más ambiciosos. Consistían en la introducción de una perspectiva científica evolucionista e interdisciplinaria –con fuerte peso del conocimiento de vanguardia en las nuevas psicología, antropología y sociología– al estudio de los fenómenos económicos. Fiel a sus ideas su objetivo

no era revolucionar de golpe sino contribuir a la evolución del *habitus* y el campo filosófico y económico cimentados en los principios de la filosofía moral cristiana, el hedonismo y sus convicciones en el *laissez faire*; la concepción estática del *homo oeconomicus* de la naturaleza humana, así como el dogma de la propiedad privada como un derecho natural.

CAPÍTULO III

INNOVACIÓN: EL EVOLUCIONISMO SOCIAL DE VEBLEN EN TCO (1899)

Con base en lo expuesto hasta este punto, TCO es el producto de una serie de experiencias de vida de Thorstein Veblen, incluidas sus crisis que condujeron a un proceso de radicalización teórica e ideológica en la trayectoria intelectual del autor. En efecto, en TCO se sintetiza y manifiesta el proceso de radicalización intelectual izquierdista de Veblen hacia 1899: experiencias de vida que incluyen crisis; antecedentes familiares y étnico culturales; lecturas reveladoras que alteraron su visión del mundo y la realidad social y adversidades profesionales y personales.

Podría describirse todo como una mezcla explosiva en la que se encuentran distintos elementos que integran el pensamiento vebleniano: el evolucionismo de Darwin y Spencer; el socialismo, sobre todo, basado en la utopía de Bellamy, el enfoque culturalista de la nueva antropología de Franz Boas, y el feminismo de Ibsen, entre otros factores. También se delinea su actitud crítica frente a las instituciones de los grupos sociales dominantes y su carácter de agudo observador –“extranjero-simmeliano”–, dotado de cierta capacidad para sustraerse de las estructuras socioculturales, para así distinguir aspectos de la sociedad moderna estadounidense que otros no veían. Asimismo, se reflejan sus conflictos con el *habitus* y el campo académicos. Algunas de las mejores páginas de TCO están dedicadas a diseccionar las prácticas y costumbres institucionales, así como principios fundamentales sobre una evolutiva naturaleza humana y el carácter social de la propiedad privada.

En este capítulo se presenta la peculiar perspectiva evolucionista social de Veblen en TCO, identificando sus fundamentos teóricos y conceptuales, y sus argumentos principales. En primer lugar, se explican las nociones veblenianas de instinto,

hábito e institución. Dichas nociones son esenciales para comprender la dinámica de la historia conjetural, tanto como el proceso de desfase sociocultural que subyace a la subsistencia y la dominación de las clases ociosas y su esquema general de vida de estirpe bárbara, en el entorno de los Estados Unidos de la Edad del Oropel y otras sociedades capitalistas modernas.

Fundamentos teóricos para una concepción evolucionista alternativa de la naturaleza humana

Instintos

Veblen caracteriza a los seres humanos como agentes activos que cuentan con propensiones y hábitos que buscan realizar y expresar. En otras palabras, el ser humano no sólo actúa motivado por cálculos de dolor y placer. Esta idea la formula primero en su artículo de 1898 de la siguiente manera: “conforme a esta concepción es característico del hombre hacer algo y no solo sufrir placer o dolor a través de una serie de causas adecuadas; no es sencillamente un complejo de deseos que habrán de ser satisfechos, situándolos en el camino de las fuerzas del medio ambiente, sino más bien una estructura coherente de tendencias y hábitos que busca su expresión y su realización en una desplegada actividad” (Veblen, 1898a: 71). La misma noción se encuentra enunciada en TCO. Sugiere que incluso en ausencia de un estímulo externo, el ser humano hará algo, pues tiene tendencias innatas que lo impulsan a actuar. En palabras de Veblen, “por necesidad selectiva el hombre es un agente. Es, a su propio juicio, un centro que desarrolla una actividad impulsora –actividad teleológica–. Es un agente que busca en cada acto la realización de algún fin concreto, objetivo e impersonal” (Veblen 1899/2005: 23).

Para Veblen, los instintos son propensiones innatas, persistentes e irreductibles de la naturaleza humana; no son lo mismo que los “tropismos”, es decir, las acciones irreflexivas como retirar la mano del fuego. En contraste, los instintos involucran consciencia y proveen al actor de propósitos básicos. Los instintos, afirma, dirigen la conducta al imprimirle metas a las acciones. Asimismo, señala

que cuando diseñamos las formas para alcanzar estos objetivos, hacemos uso de la razón; sin embargo, ésta última se encuentra subordinada a los instintos.

En términos generales, Veblen indica que existen dos categorías de instintos. Por un lado, los orientados al grupo, que dirigen la acción a la promoción de la vida humana en general. Por otro lado, encontramos los instintos dirigidos hacia uno mismo, que promueven los intereses individuales, egoístas y a expensas de otros (Veblen, 1899/2005: 281).

Es importante comprender desde el principio que estos instintos no son independientes; no se encuentran aislados entre sí, sino que interactúan. En ocasiones se contaminan unos con otros ya sea para potenciarse o para contrarestarse. Los seres humanos, pues, nos encontramos frecuentemente tironeados por propósitos; es decir, por instintos conflictuados.

Veblen afirma que los instintos humanos orientados a la sobrevivencia del grupo son el del trabajo, que está dirigido a la creación y la producción eficiente de objetos útiles; el parental, cuyo fin es la sobrevivencia y la mejora de la especie por medio del cuidado y la educación de las nuevas generaciones; y el de la curiosidad ociosa, que impulsa hacia el conocimiento como un objetivo valioso en sí mismo (Veblen, 1899/2005: 23-28).

En cambio, entre los instintos egoístas destaca la depredación. También se encuentra la emulación, es decir la tendencia del ser humano a imitar, copiar, comparar y jerarquizar el desempeño de uno y de los otros, y que establece una “conciencia de estatus”. Emulamos a los individuos que valoramos y admiramos, ya que el estatus proviene de pertenecer a la jerarquía de los “mejores”. Igualmente, puede ser positivo si se combina con el del trabajo útil, por ejemplo; pero puede ser dañino socialmente si se combina con otros, como el instinto depredador (Veblen, 1899/2005: 36).

Los instintos evolucionan permanentemente, pero el proceso de cambio es sumamente lento, al grado de ser apenas perceptible en una vida humana o en varias generaciones. Como puede apreciarse, en su proceso evolutivo los

diferentes tipos de instinto interactúan. En la visión de Veblen, ninguno necesariamente está destinado a predominar. Su fuerza y perdurabilidad dependen de distintas trayectorias históricas evolutivas. Este es el punto en el que se vuelve importante la función de los hábitos y de las instituciones en el proceso de cambio social, de acuerdo con la perspectiva de Veblen (Veblen, 1899/2005: 218-222 y 297-298).

Hábitos e instituciones

Los seres humanos desarrollamos formas habituales que provienen de nuestros instintos. Lo hacemos a nivel individual y grupal. Con el paso del tiempo estos hábitos se enraízan, adquieren vida propia, se estandarizan para convertirse en cánones de lo bueno y lo malo, lo correcto e incorrecto, lo útil y lo inútil. Algunos se formalizan como costumbres, reglas y leyes. Otros siguen siendo informales, pero aun así son poderosos. Estos hábitos, al conjuntarse, constituyen una estructura institucional compleja a la que Veblen denomina el “esquema general de vida”. Para él, mucho de lo que hacemos por “sentido común” es, en realidad, el desarrollo de un hábito. La mayoría de estos hábitos mentales y conductuales son herencia del pasado. La presión para conformarse a las instituciones sociales es inmensa. El ser humano se encuentra sujeto a sanciones, así como a la pérdida del respeto y la estima de los otros. Por lo tanto, las instituciones son inherentemente conservadoras. Es decir, son hábitos de pensamiento profundamente enraizados.

Las instituciones, son las mentalidades y conductas habituales, indispensables para organizar la vida colectiva. Sin embargo, esto no equivale a decir que los arreglos institucionales existentes sean los mejores posibles. Algunas instituciones no tienen un propósito realmente útil y aun así, persisten. Otras son francamente dañinas, como las que funcionan para preservar las jerarquías sociales, o promueven la superioridad mediante “la fuerza y el fraude” (Veblen, 1899/2005: 279); en otras palabras, conductas depredadoras, el esclavismo, la explotación de ventajas monopólicas, el nacionalismo agresivo y, desde luego, el militarista, son claros ejemplos de instituciones negativas. Veblen calificó a estos

últimos hábitos como “instituciones imbéciles” (Veblen, 1914: 25), una de los cuales era la clase ociosa y sus rasgos arcaicos heredados, objeto de estudio de su libro más conocido (Veblen, 1899/2005: 194-201).

Evolución social e historia conjetural: orígenes y desarrollo de la clase ociosa

Con base en su concepción de la naturaleza humana y las categorías de instinto, hábito e institución, en TCO Veblen se propone considerar el significado económico de la clase ociosa en la sociedad moderna. En los primeros tres de sus catorce capítulos, la obra se centra en la “etnología” de la clase ociosa, desde sus orígenes en el mundo “bárbaro”, para luego rastrear su evolución hasta que alcanzara su versión moderna. En el resto de la obra analiza las distintas dimensiones de la clase ociosa como “institución imbecil” de sus tiempos.

En esencia, según Veblen, lo que define a las clases ociosas que han aparecido en distintas fases de la evolución social es que ellas se ocupan de ciertas actividades superiores, consideradas como dignas que, si bien en apariencia requieren de fuerza, valor y destreza, son improductivas cuando se les valora en términos de su utilidad inmediata para satisfacer necesidades sociales. Por otro lado, estos mismos grupos se hallan exentos o, en algunos casos, vedados para realizar labores consideradas como “indignas” y que, por lo general, implican lo que él llama “tráfago”. Es decir, que aunque estas últimas labores son socialmente benéficas y productivas, suelen clasificarse como rutinarias y tediosas, por lo que se encuentran asignadas a los estratos inferiores de la sociedad (las mujeres, los esclavos, los obreros industriales, etc.) (Veblen, 1899/2005: 16-21).

Veblen construye una “historia conjetural” dividida en diferentes estadios ordenados de acuerdo con la ausencia o la existencia de clases ociosas, que se corresponden con distintas formas de propiedad y con la prevalencia de diversos hábitos y esquemas generales de vida. Los estadios identificados son los siguientes: primitivo-salvaje, bárbaro —a su vez integrado por las fases temprana

depredadora, cuasi pacífica y pacífica– y, finalmente la sociedad industrial (Ver cuadro 1).

Cuadro 1. Orígenes y desarrollo de la clase ociosa

Etapa	Entorno material/ tecnología	Entorno socicultural/institucional esquema general de vida	Instintos/hábitos	Clases ociosas
Primitiva salvaje	Precario producción y consumo de subsistencia Tecnología burda	No hay propiedad minima división social del trabajo Igualdad social y entre géneros	Instinto del trabajo útil "ingenuo" Emulación productiva	No hay
Bárbara temprana	Avances tecnológicos excedente	Comienza la propiedad privada Diferenciación en división social de trabajo Distinción entre actividades honoríficas e indignas proeza, hazaña versus tráfago animismo	Instinto depredador y emulador Instinto del trabajo útil "contaminado" por los anteriores	Clase ociosa depredadora cazadores, guerreros y sacerdotes con base principalmente en "fuerza" obtención de trofeos, botines principalmente captura de mujeres y esclavos
Cuasi pacífica	Desarrollo tecnológico en manufactura y agricultura	Feudalismo y propiedad privada Esquema general de vida aristocrático Ocio ostensible predomina sobre consumo conspicuo Animismo religioso	Instinto del trabajo útil "contaminado" por instinto depredador y emulador	Aristocrática con base en la fuerza y la proeza pero también riqueza, ostentación incluye insignias Nacimiento de clase ociosa vicaria mujeres, esposas y damas, mayordomos y sirvientes doméstico, sacerdotes
Moderna pacífica	Nacimiento de la industria moderna	Propiedad privada Esquema general de vida burgues aristocratizado Competencia pecuniaria en el mercado Consumo conspicuo predomina sobre ocio ostensible Animismo, creencias devotas y creencia en la suerte juegos de azar	Instinto del trabajo útil contaminado por instinto depredador y emulador	Capitanes de industria, militares, deportistas, académicos, abogados y criminales principalmente con base en el fraude y la acumulación de riqueza Clase ociosa vicaria mujeres, esposas y sirvientes domésticos, sacerdotes
Sociedad industrial	Industria y tecnología moderna	La propiedad privada es un rasgo arcaico aislado que impide el desarrollo pleno de la industria moderna ¿desaparición de propiedad privada? ¿fin del consumo conspicuo y del ocio ostensible? ¿desaparición del animismo y predominio de conocimiento científico?	Tensión entre instinto del trabajo útil ingenuo e instinto depredador emulador	Persiste la clase ociosa como obstáculo al desarrollo pleno de la sociedad industrial moderna. Capitanes de industria, sacerdotes, militares, deportistas, académicos, abogados y criminales principalmente con base en el fraude Clase ociosa vicaria mujeres, esposas y sirvientes domésticos Dentro de la clase ociosa surgen sectores no sometidos a la vida depredadora de los negocios sobre todo mujeres que se oponen a los cánones de derroche, es decir al consumo conspicuo incluyendo el vicario. Posibilidad de que nuevo entorno industrial conduzca a desintegración de la institución de la clase ociosa y al surgimiento de república socialista de trabajadores, ingenieros y "nuevas mujeres"

Del primitivismo a la barbarie

En la era primitiva salvaje, el instinto del trabajo útil fue el dominante por necesidad en el marco de un entorno económico caracterizado por la precariedad y la mínima división del trabajo, junto con la propiedad colectiva. En consecuencia, las escasas manifestaciones de emulación tendían a darse en términos de la utilidad productiva para la sobrevivencia del grupo. Todos los miembros de la comunidad participaban en condiciones bastante homogéneas en labores productivas, incluyendo la igualdad de género. Por estas razones, se trata de comunidades pacíficas en las cuales aún no aparecen las clases ociosas (Veblen, 1899/2005: 15).

En la transición al segundo estadio, el bárbaro, con base en los avances tecnológicos se generó un excedente que llevaría al conflicto. Bajo estas condiciones, la depredación egoísta se fue convirtiendo en el rasgo dominante en el esquema general de vida y, a la vez, ocurriría un proceso de diferenciación entre actividades productivas o industriales e improductivas y ociosas. Las primeras se consideraban “tráfago” e indignas, mientras que las segundas eran producto de la “hazaña” y se clasificaban como honoríficas (Veblen, 1899/2005: 20).

Esta diferenciación dio inicio al conflicto entre géneros y más tarde, entre clases sociales. Así nació una clase ociosa con base en dos condiciones fundamentales:

1. La comunidad debe tener hábitos de vida depredadores (guerra, caza mayor, o ambas a la vez); es decir, los hombres que constituyen en estos casos a la clase ociosa en proceso de surgir, han de habituarse a infligir daños por la fuerza y mediante estratagemas; 2. Tiene que haber posibilidades de conseguir medios de subsistencia suficientemente grandes para permitir que una parte considerable de la comunidad pueda estar exenta de dedicarse, de modo habitual, al trabajo rutinario (Veblen, 1899/2005:16).

La distinción que se desprendió de la división social del trabajo entre ocupaciones dignas e indignas – *hazaña* y *tráfago* – en esta etapa es fundamental. La primera, con la cual se justificaba la posición de la clase ociosa, era resultado de la proeza,

es decir, de la habilidad con la que contaba un agente para obtener un fin determinado, superando fuerzas contrarias asociadas a la creencia de que poseen vida propia, en un sentido animista. Esta fue la habilidad que distinguió al cazador, el guerrero y el sacerdote de otros integrantes de la comunidad, en la fase inicial de la etapa bárbara.

Los integrantes masculinos motivados por el riesgo de perder su honor, se involucraron en actividades basadas en la “proeza” –política, guerrera, religiosa o deportiva- y se abstuvieron de empleos útiles, tales como la producción de comida, vestido e instrumentos tales como vasijas y enseres. Las ocupaciones de *tráfago* eran realizadas inicialmente por mujeres y posteriormente también por hombres cautivos y subordinados.

Con el ascenso del estadio bárbaro depredador, se ampliaron las posibilidades para la emulación pecuniaria. Comenzó entonces la exhibición de riqueza o de propiedades adquiridas por medio de la proeza, la fuerza o el fraude; al mismo tiempo, declinó la emulación de la productividad del trabajo útil. Como resultado, los bienes y servicios adquiridos mediante la captura o la coerción sirvieron como evidencia convencional del éxito del propietario y sus hazañas, mientras que los obtenidos por medios como el tráfago, eran considerados poco valiosos.

En resumen:

Es evidente que un grupo puede llegar a un grado mayor o menor de esa actitud depredadora, en tal forma que su esquema general de vida y sus cánones de conducta puedan estar regidos en mayor o menor extensión por el ánimo depredador. Se concibe, pues, que la fase cultural depredadora adviene gradualmente, a través de un desarrollo de actitudes, hábitos y tradiciones depredadoras producidas por acumulación y que este desarrollo se debe a que las circunstancias de la vida del grupo sufren un cambio de tipo adecuado para desarrollar y conservar aquellos rasgos de conducta que favorecen más bien una vida depredadora, que una existencia pacífica (Veblen, 1899/2005: 28).

Clase Ociosa y propiedad privada

En este punto, Veblen introduce una discusión fundamental sobre el papel de la propiedad privada en la gestación de la clase ociosa. Señala que:

En el proceso de la evolución cultural, la aparición de una clase ociosa coincide con el comienzo de la propiedad. Es necesario que así ocurra, porque ambas instituciones son resultado de la misma conjunción de fuerzas económicas. En la fase preliminar de su desarrollo, no son sino aspectos diferentes de los mismos hechos generales de la estructura social (Veblen, 1899/2005: 29).

Lo anterior le permite precisar a Veblen la definición de su objeto de estudio: “se trata, por una parte, del origen y naturaleza de una clase ociosa convencional y por otra, de los comienzos de la propiedad individual como derecho convencional o pretensión considerada como equitativa” (Veblen, 1899/2005: 29).

De acuerdo con el esquema anterior, Veblen argumenta que en la fase primitiva salvaje los individuos se apropiaban de objetos útiles, pero lo hacían como si fuesen extensiones de su propia persona. El sentido de propiedad privada convencional comenzó con la pretensión de posesión de cosas exteriores: objetos independientes de los que se adueña una persona con el fin de utilizarlos o consumirlos. La primera forma de propiedad privada se relaciona con la proeza depredadora a través de la captura de trofeos y botines, empezando por las mujeres. Esto dio pie a la diferenciación de la clase ociosa frente a las trabajadoras, a partir del trabajo de los sexos. Así pues, “de modo análogo, la primera forma de propiedad es una propiedad constituida por las mujeres y disfrutada por los hombres físicamente aptos de la comunidad. Pueden expresarse los hechos en términos más generales... diciendo que se trata de una propiedad de la mujer por el hombre” (Veblen, 1899/2005: 29).

En un principio, la captura y apropiación de mujeres fue a modo de trofeos arrebatados al enemigo, dando lugar “a una forma de matrimonio-propiedad, que produjo una comunidad doméstica encabezada por el varón. La misma institución matrimonial se extendió posteriormente a otras mujeres, con el fin de exhibir las

hazañas del captor depredador”. Poco después, “el concepto de propiedad se (extendió) a los productos de su industria y así surgió la propiedad de las cosas a la vez que de personas” (Veblen, 1899/2005: 31).

Subsecuentemente, se estableció un sistema de propiedad de bienes o de riqueza. En oposición a los economistas de su tiempo, que consideraban que el objetivo de la adquisición y la acumulación era el placer que produce su consumo, Veblen subrayó que “la motivación de raíz es precisamente la emulación desde sus orígenes hasta sus formas más maduras”. En particular, destacó que “la propiedad de la riqueza confiere honor; es una distinción valorativa (*invidious distinction*)” (Veblen, 1899/2005: 32). Del botín y trofeo originalmente honoríficos como forma colectiva de proeza grupal, se transitó a la que distinguiría al individuo en una cultura arraigada de hábitos depredadores. Proeza y riqueza se acompañaban ahora como condición de respetabilidad. Aquellos incapaces de desplegarlas, “quedan rebajados a los ojos de sus congéneres” (Veblen, 1899/2005: 37) y de su propia autoestima.

Con el desarrollo tecnológico, los trofeos procedentes de las hazañas depredadoras fueron desplazados gradualmente por la propiedad acumulada. Es decir, la riqueza se convirtió en la señal primordial de éxito. La proeza aún figuraba como importante, pero había perdido vitalidad. El estatus depende principalmente del poder conferido por la riqueza. Con ello se contamina el instinto del trabajo eficaz. En la medida en que el esfuerzo útil estriba en todo aquél que permita “superar a los demás en los resultados económicos logrados” (Veblen, 1899/2005: 40).

Con este nuevo sentido de la adquisición y la propiedad como riqueza, surgió el problema de su exhibición, ya que no se podía presumir en todos los casos como resultado de la hazaña. En otras palabras, ¿cómo mostrar que se pertenece a la clase ociosa, distinta de las clases inferiores dedicadas al tráfago? ¿De qué manera hacer evidente la fuerza pecuniaria? La respuesta se encontró en el ocio ostensible y en el consumo conspicuo. En palabras de Veblen:

Para ganar y conservar la estima de los hombres no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza y el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima solo se otorga ante su evidencia. Y la demostración de la riqueza no sirve solo para impresionar a los demás con la propia importancia y mantener vivo y alerta el sentimiento de esa importancia, sino que su utilidad es apenas menor para construir y mantener la complacencia en uno mismo. En todos los momentos, salvo en los estadios culturales más bajos, el hombre normalmente constituido se ve ayudado y sostenido en su propio respeto por las “apariencias decentes” y la exención de “trabajos serviles” (Veblen, 1899/2005: 45).

Etapas bárbara cuasi pacífica: ocio y consumo conspicuo ostensible

Así pues, estos son los problemas centrales en la evolución de la clase ociosa en su etapa de madurez, cuando iniciaba el tercer estadio bárbaro cuasi pacífico y posteriormente, la sociedad industrial moderna. En estas etapas, el acceso a la propiedad por simple captura o por “fuerza”, va desapareciendo y con ello, la posibilidad de emulación por medio de la hazaña y la proeza.

Por esta razón, la clase ociosa recurre en primera instancia al ocio ostensible. La dificultad estriba en que, a diferencia de las hazañas depredadoras del pasado, las actividades del “fraude” y el ocio no dejan productos materiales tan tangibles como los trofeos. Conviene aclarar que por ocio no se entiende aquí como pereza o la inactividad, sino el derroche de tiempo y esfuerzo en actividades que no contribuyen a la sobrevivencia y la comodidad de la sociedad. Se trata de un ocio ostensible por que se pretende exhibirlo como muestra de gran fuerza pecuniaria o riqueza, que exime a su propietario de la necesidad de realizar labores indignas o relacionadas con el tráfico. Entre los ejemplos que incluye Veblen, se encuentran las actividades:

Cuasi académicas o cuasi prácticas y un conocimiento de procesos que no conduzcan directamente al fomento de la vida humana, como las lenguas muertas o las ciencias ocultas; (las exquisiteces) de la ortografía, de la sintaxis y la prosodia, de las diversas formas de música doméstica y otras artes empleadas en la casa; de las últimas modas en materia de vestidos, mobiliarios y carruajes; de juegos, deportes y animales de lujo, tales como perros y los caballos de carrera (Veblen, 1899/2005: 53).

En la etapa bárbara cuasi pacífica, prevaleció un relativo respeto hacia la paz y el orden, pero en la vida social predominaban la coerción y los conflictos, de modo que no se le puede llamar pacífica en el pleno sentido del término. Sobresale un sistema jerárquico de dominación basado en el estatus. La institución fundamental de la propiedad es la esclavitud.

La acumulación de riqueza y el ocio ostensible se habían convertido ya en la actividad principal de las clases superiores. Esto significa que invertían tiempo y esfuerzos considerables en derrochar riqueza como exhibición emuladora de posición social. Se observa un desarrollo de los buenos modales como signo de respetabilidad. Veblen señala que la cortesía es sin duda producto de la buena voluntad y consideración en el trato cotidiano; sin embargo, cuando se convierte en un código de estatus que distingue a inferiores de superiores y se despliega como una muestra de incompatibilidad con el tráfico, entonces se transforma en una expresión emuladora.

La posesión de un gran número de esclavos fue en sí misma –y por la producción que generaba– evidencia de riqueza pecuniaria. Sin embargo, en la medida en que el ocio ostensible se convirtió en el medio de exhibición de riqueza y de emulación, inició una clara división del trabajo entre esclavos ocupados en producir bienes y los que se dedicaban a servir al amo en el ámbito doméstico. El proceso implicó una exención progresiva de labores industriales, comenzando con la mujer predilecta o la esposa, la cual siguió siendo propiedad del marido, pero, ya se hallaba por encima de las otras mujeres y los esclavos. Ésta exención se fue extendiendo a otros para propiciar el desarrollo de una clase especial de servidores personales, que incluye mayordomos, escuderos y lacayos, así como el séquito de damas y doncellas al servicio de la esposa. Las damas, por cierto, realizaban algunas labores arduas, pero útiles y necesarias para la comodidad de la familia, mientras que otras eran de tipo ceremonial y por tanto, ocioso.

La reputación del amo crecía con el aumento de este tipo de sirvientes y con la inversión de derroche de tiempo y esfuerzo en su capacitación, a fin de realizar actividades menos productivas. Así, señala Veblen, “la utilidad principal del criado

es la demostración que supone la capacidad de pago del amo” (Veblen, 1899/2005: 69).

Este sector de la clase ociosa se convierte en lo que Veblen llama una *clase ociosa vicaria*, cuya tarea era derrochar tiempo y esfuerzo principalmente con el fin del decoro de la cabeza masculina de la familia (Veblen, 1899/2005: 75).

En la fase anterior depredadora patriarcal o bárbara temprana, las mujeres y los esclavos eran altamente valorados como evidencia de riqueza y como medios de acumulación de la misma. Junto con el ganado animal, eran las formas predominantes de inversión rentable. Pero con el desarrollo de la producción y la acumulación de la propiedad en pocas manos, las mujeres de estirpe fueron exentadas de tráfago. La sangre noble era el resultado del contacto constante con la riqueza y prerrogativa perenne. Estas eran las mujeres predilectas para el matrimonio. El ritual de la boda era en el fondo una simulación de la captura de mujeres de la etapa depredadora más violenta, en un contexto de relativa pacificación. Gradualmente, otras mujeres fueron liberadas del trabajo tedioso en orden a su rango y nobleza; al mismo tiempo, se fue formando un sistema especializado de servidumbre. Hidalgos marginales de media casta y sin recursos pecuniarios, se afiliaron mediante un sistema de subordinación, dependencia y lealtad, a los grandes señores, obteniendo así de sus superiores un incremento en los medios necesarios para llevar una vida de ocio ostensible.

Las ocupaciones de la clase ociosa siguieron siendo la guerra, la política, los deportes, el sacerdocio y la ciencia. Podría objetarse que estas actividades eran incidental e indirectamente productivas. Sin embargo, para Veblen el motivo de que se las adueñaran las clases ociosas no era mejorar las condiciones de vida materiales, mediante el trabajo productivo. La guerra y la política se llevan ahora a cabo para la ganancia pecuniaria o la acumulación de riqueza individual, a través de la captura, la “fuerza y el fraude” (Veblen 1899/2005: 15). El ocio en cuanto ocupación se encontraba estrechamente asociado con la proeza y los criterios del éxito se asemejaron a los trofeos producto de una hazaña. Por esta razón, durante esta etapa de madurez de la clase ociosa bárbara, sus miembros desplegaron

insignias de honor que servían para indicar cantidad o grado de proeza. El uso de trofeos se desarrolló hasta convertirse en un sistema elaborado de rangos, títulos, grados e insignias, cuyos ejemplos típicos son las medallas y los escudos.

Uniformes y otras insignias eran muestra de la fuente de la cual los subordinados recibían su ingreso. Distinguían a aquéllos dedicados al servicio de actividades depredadoras, de los que realizaban labores productivas y humillantes. Como se ha dicho antes, el ocio y el consumo de los sirvientes se hizo vicario, ya que se llevaba a cabo para el beneficio del señor. El mantenimiento de un numeroso séquito de sirvientes que no producía nada, se volvió la mejor muestra de riqueza, posición y proeza, en comparación con la posesión de esclavos productivos, pues los primeros eran prueba de la capacidad de su amo para sostener cualquier merma pecuniaria considerable, sin menoscabo de su opulencia superior.

El cuidado “cuasi personal” y del hogar corporativo en manos de la esposa, desplegándose en medio de un ocio vicario, debía sujetarse a la “gran ley económica del derroche ostensible” de tiempo y esfuerzo. Si por ello se obtenía accidentalmente la belleza y el confort, de cualquier forma debía serlo por métodos aceptables al principio de control mencionado, es decir, la exhibición de riqueza. La clase ociosa estableció cánones de gusto basados en el derroche y el consumo vicario, que configuraban los niveles pecuniarios de vida aceptables para la dignidad de las familias de las clases medias: “la base sobre la que descansa en último término la buena reputación en toda comunidad industrial altamente organizada es la fortaleza pecuniaria” (Veblen, 1899/2005: 91). Puesto que el ocio y el consumo conspicuos devinieron en los medios de exhibición de dicha fortaleza, las clases medias e inferiores se vieron obligadas a regirse por el esquema general de vida de la clase ociosa y, por lo tanto, “el resultado es que los miembros de cada estrato aceptan como ideal de decoro” dicho esquema y “dedican sus energías a vivir con arreglo a ese ideal”, ya que de no hacerlo, queda en peligro su reputación social (Veblen, 1899/2005: 90 -91).

La dinámica anterior es particularmente aguda en las sociedades modernas, que se caracterizan por “líneas de demarcación entre clases sociales... vagas e inestables” (Veblen, 1899/2005: 90):

En efecto, muchas penurias e incomodidades serán soportadas por las mujeres y otros miembros de la clase ociosa vicaria hasta llegar al punto de la decencia pecuniaria. Los requisitos de dicha decencia aumentan continuamente, pues no hay mérito alguno en la mera conformidad indolente hacia un estándar de vida y de consumo de bienes de disipación y ocio” (Veblen, 1899/2005: 91).

La emulación –que se expande constantemente en sus alcances, pero se reduce en su carácter– absorbió cualquier aumento en la eficiencia productiva de la comunidad o en el excedente de bienes por encima de las necesidades más elementales. Un principio fundamental que prevalece durante el estadio “cuasi pacífico”, basado en la institución de la esclavitud, es que los trabajadores solo consumen lo estrictamente indispensable para sobrevivir.

Las clases ociosas modernas

En la segunda parte de TCO (capítulos VII a XIV) se exploran las consecuencias sociales de la cultura de la clase ociosa que proceden del estadio bárbaro y que sobreviven en el moderno.

En las sociedades modernas donde la institución de la propiedad se encuentra firmemente establecida y se produce en cantidades excesivas todo lo requerido para la subsistencia, la lucha por la sobrevivencia de estadios inferiores se transforma en las pugnas por una reputación pecuniaria. Se estimula el deseo de superar a todos los demás en la adquisición de propiedades y en el consumo de bienes, con el fin de obtener la estima de la comunidad y mejorar el respeto hacia uno mismo.

Este punto de vista ya había sido formulado por Veblen en su artículo crítico sobre Spencer (Veblen, 1891), pero sus implicaciones son exploradas a profundidad en TCO. En ambos trabajos, Veblen subrayaba que en el contexto de sociedades depredadoras emuladoras, la riqueza confiere honor y por lo tanto es “envidiosa”.

De ahí que la competencia por el estatus sea de suma cero y afecte a todas las clases en mayor o menor medida, incluso a los pecuniariamente débiles; es decir, a los pobres.

La obtención de estima depende de la capacidad para demostrar riqueza, lo cual no es fácil de lograr si uno está involucrado en un estilo de vida de derroche en privado. Una solución es ofrecer evidencia de los logros no productivos, pero ello requiere de proezas y dedicación de cierta cantidad de tiempo y esfuerzo; por ejemplo, conocer y dominar lenguas muertas o ciencias ocultas, así como la última moda o las “tendencias” en el vestido, el amueblado y el equipamiento; o también desarrollar habilidades en juegos y deportes que requieren de destrezas físicas y técnicas.

Tales actividades cuentan también con la ventaja de permitirle a la clase ociosa reconciliar o armonizar los requisitos conflictivos de la depredación por un lado y con el trabajo útil, por el otro. Lo anterior ocurre porque el individuo de la clase ociosa lleva a cabo sus hazañas mediante ocupaciones que artificialmente aparecen como un empleo útil. Sin embargo, el aumento de la escala y de la naturaleza impersonal de la interacción social moderna lleva a que el consumo conspicuo de bienes supere al ocio ostensible como el medio principal para demostrar fuerza pecuniaria y, por lo tanto, reputación. La efectividad del ocio ostensible y del consumo conspicuo como medios para desplegar riqueza, se deriva de su derroche, aunque ningún artículo gastado es puramente desperdicio. Incluso un reloj excesivamente caro y lujoso contiene un elemento de utilidad. Estas estrategias se aplican a lo largo y ancho de la estructura social, pero en las clases no ociosas las restricciones económicas que limitan su capacidad tanto de ocio, como de consumo ostensible, conducen a que las exhibiciones de gusto y derroche las lleven a cabo sólo algunos miembros de la familia, principalmente las esposas.

El consumo y el ocio vicario por parte de los dependientes del padre o cabeza de familia son, por lo tanto, indicador del grado en que las clases inferiores aceptan los criterios y estándares de reclutamiento; es decir, los cánones de gusto

pecuniarios establecidos por los grupos que se encuentran en la cúspide de la sociedad; esto es, las más acaudaladas entre las clases ociosas.

La palabra clave en el análisis de Veblen es *conspicuo*, en cuanto sinónimo de *ostensible*. Esto significa que no se trata únicamente de abstenerse del trabajo útil y de consumir un exceso de bienes y servicios relativamente caros, más allá de lo requerido para la vida con un relativo confort físico. El propósito es también comportarse de acuerdo con los patrones establecidos de buen gusto, para evitar el riesgo de perder posición social y por lo tanto, respeto.

Tanto los espectadores, como los actores del ocio juegan un papel fundamental. Veblen ilustra su teoría del consumo conspicuo con mayor profundidad y detalle en el caso del vestido, debido a que siempre está en evidencia y ofrece una clara e inmediata indicación de la posición pecuniaria para todos los observadores. En pocas palabras, se trata del instrumento más utilizado entre los bienes de consumo, para desplegar o exhibir el éxito pecuniario del individuo y su familia, fuera de la función que tal vestido tiene con respecto a dar protección, comodidad, higiene y abrigo. El gasto realizado en el vestido con base en los criterios pecuniarios y los cánones de gusto de las clases ociosas, tiene el objetivo de la apariencia respetable (Veblen, 1899/2005: 173-193).

Sobrevivencia de rasgos arcaicos

¿Por qué sobreviven los rasgos arcaicos en estas modernas clases sociales, particularmente las ociosas? Veblen ofrece una versión peculiar del evolucionismo y el darwinismo social, al tratar de explicar la gestación y persistencia de la clase ociosa en la sociedad capitalista industrial de los Estados Unidos de América, a finales del siglo XIX. En resumen, Veblen argumenta que el gasto ostensible y la exención de tareas industriales, como los rasgos o hábitos arcaicos heredados del pasado remoto, que definen a la clase ociosa, llegaron a ser los principios institucionales dominantes del esquema general de vida de la sociedad americana de sus tiempos, en virtud de un complejo proceso evolutivo en el cual se han

encontrado en pugna distintos instintos, hábitos mentales y temperamentos (Veblen, 1899/2005: 194-204).

Un aspecto central de la teoría darwiniana de la evolución es que los organismos cambian a lo largo de tiempo y este cambio es impulsado por presiones ambientales que hacen que la supervivencia de algunas formas de vida sea más probable que otras, lo que, desde luego, se conoce como *selección natural*. El cambio en las condiciones de vida ha conducido a que los rasgos depredadores, ostentosos y emuladores heredados del pasado bárbaro sean los óptimos para la sobrevivencia de la clase ociosa en un entorno en el que predomina la competencia con fines pecunarios o lucrativos. Se trata de una adaptación selectiva en la que intervienen incluso propensiones o proclividades étnicas o raciales (Veblen, 1899/2005: 220, 227).

Veblen aplica varios principios fundamentales darwinistas para explicar los procesos de cambio social. Los seres humanos luchamos por la existencia en el marco de entornos técnico-materiales y social-institucionales en constante evolución y la sobrevivencia es resultado de un proceso de adaptación selectiva a dichos entornos. La estructura social a su vez evoluciona por medio de un proceso análogo de selección natural de instituciones. Así pues, el más apto de los hábitos sobrevive y se institucionaliza, al mismo tiempo que la sociedad cambia (Veblen, 1899/2005: 218-219).

Ahora pues las instituciones que moldean nuestros hábitos también son a su vez el resultado de la selección natural. En el proceso de cambio institucional sucede una nueva selección del más apto, lo que conduce a la adaptación de hábitos, así como al surgimiento de nuevas instituciones, las cuales favorecen a ciertos tipos de individuos, porque estos a su vez son los que gozan de ciertos instintos (inclinaciones, propensiones) y hábitos mentales (formas de pensar que guían la acción) más aptos para la reproducción de dichas instituciones.

Estas últimas siempre contienen elementos del pasado, incluso cuando se adaptan a cambios en el ambiente material y social. En realidad, nunca se

encuentran plenamente adaptadas a las condiciones del entorno presente. Igualmente, los individuos se aferran a los hábitos del pasado hasta que son, más que inducidos, forzados por las circunstancias a cambiarlos. Veblen subraya que los seres humanos por lo general tendemos a resistir los cambios en los hábitos mentales y en las instituciones (Veblen, 1899/2005: 197-200). Así, se refiere a este fenómeno por medio de diversos términos: “reversión”, inercia social o psicológica y conservadurismo (Veblen, 1899/2005: 197).

Los cambios que suceden son el resultado de modificaciones en los hábitos de diferentes grupos y clases sociales; se encuentran, por lo general, marcados por tensiones entre, por un lado, la persistencia de rasgos arcaicos y, por el otro, las presiones que ejercen sobre los individuos y las sociedades las transformaciones en el entorno, incluyendo la estructura institucional. Las comunidades humanas están construidas por instituciones (el esquema general de vida) que contienen los mecanismos para la preservación de los hábitos y pautas de conducta considerados como aceptables y adecuados. Eventualmente, los viejos hábitos ya no producen los mismos resultados, debido a la aparición de nuevas condiciones (económicas, tecnológicas, institucionales) de tal manera que los seres humanos, pese a sus inclinaciones a resistir y conservar las instituciones existentes que regulan su vida individual y colectiva, en ciertos momentos históricos se ven sometidos a presiones crecientes, hasta que terminan por cambiar o por perecer, si no son capaces o se rehúsan a hacerlo (Veblen, 1899/2005: 197,198).

Para Veblen, las fuerzas principales, aunque no las únicas, que generan el cambio socio-institucional se encuentran en el ámbito de la economía y la tecnología. Como hemos visto en la sección anterior de acuerdo con su historia conjetural, en el estadio “primitivo-salvaje” –el primero del desarrollo social, según el autor– el ser humano tiende a una fuerte orientación pacífica comunitaria. La tecnología es tan burda que las comunidades tienen que volcar sus energías en luchar solo para proveerse de lo necesario para subsistir (Veblen, 1899/2005: 199-200).

La cooperación, por lo tanto, se convierte en un hábito mental indispensable. Por ende, tal entorno promueve la paz, la honestidad, la buena voluntad de sus

miembros. En cambio, al transitar a la etapa depredadora o bárbara, la tecnología ha avanzado lo suficiente para crear un excedente de bienes y la distribución diferenciada de productos que genera un sistema de clases, en las que éstas se distinguen unas de otras con base en la riqueza ostensible. Por tanto, en el estadio del “barbarismo”, ascienden y prevalecen los hábitos de la depredación, la ferocidad, el egoísmo, la ostentación y la emulación en el ocio y el consumo.

Desde luego, hay qué apuntar aquí que la “historia conjetural” de Veblen era precisamente eso: conjetural. Veblen aceptaba finalmente un humano “buen salvaje”, sin embargo algunos estudios de antropología social actual lo han puesto en entredicho. Con base en las investigaciones de psicólogos evolucionistas contemporáneos podría sostenerse que la violencia humana ofrece hoy visos de no ser algo propiamente “social” o “cultural”, o que naciera *con* cierto tipo de sociedades o se produjera *por* ellas; más bien parece ser algo “natural” o bio-sicológico, que todas las colectividades humanas han estimulado o han inhibido a lo largo de la historia. Pero la humanidad no se hizo violenta dado cierto entorno social: ya lo era, en rigor, y éste sólo se ha moderado con mayor eficacia, irónicamente, en las sociedades democráticas modernas (Pinker, 2002: 306-336).

En el contexto de la sociedad capitalista moderna, según Veblen, sobreviven –y asumen nuevos significados– los hábitos arcaicos de depredación, emulación y ostentación. Estos hábitos permiten a los más aptos adaptarse a las condiciones de competencia en el mercado y la lucha incesante por el lucro de la economía capitalista. Sin embargo, estos hábitos propios de la clase ociosa moderna, asumen un carácter distinto a las del pasado bárbaro (Veblen, 1899/2005: 227-233). Las destrezas y proezas del guerrero del pasado feudal son remplazadas por las más sutiles y sofisticadas habilidades pecuniarias que distinguen al “capitán de industria” moderno (Veblen, 1899/2005: 236).

Sin embargo, en la misma sociedad industrial moderna aparecen simultáneamente presiones ambientales en un sentido antagónico. Las condiciones de la producción en la era industrial requieren del despliegue de otros instintos y hábitos mentales orientados a la colaboración y la comprensión desapasionada de secuencias

mecánicas, así como a la asignación de funciones necesarias con base en ella, dentro del proceso del trabajo industrial, con el fin de optimizar la eficiencia y la producción de bienes útiles (Veblen, 1899/2005: 244-245).

Por otro lado, según Veblen, la clase ociosa no se encuentra sometida a estas últimas presiones. En consecuencia, constituye una fuerza conservadora, ya que se encuentra en realidad fuera de la comunidad industrial. Por esta razón, sus miembros se resisten al cambio y lo retrasan. Al derrochar en ocio y consumo conspicuo, sustraen y se apropian de recursos que podrían ser aprovechados (invertidos) en la producción de bienes útiles o en el desarrollo material de la sociedad (Veblen, 1899/2005: 218-219).

Veblen reitera algunos de los argumentos ya presentados. Vuelve a señalar la relación entre la evolución de las instituciones y el cambio en los hábitos mentales de los seres humanos, pero introduce nuevos asuntos que resultan muy reveladores para entender los fundamentos teórico-conceptuales de su propuesta. El más importante de éstos es, quizá, el de la variabilidad de la naturaleza humana en la que se combinan aspectos biológico-genéticos con económicos y socio-culturales. Desde luego, en esta interesante y sabia mezcla, él privilegió los segundos –al atender a Spencer– y no supo valorar aún los primeros –que ya sugería Darwin–.

La evolución social también ha sido producto de un proceso de selección natural entre tipos étnicos. Veblen distingue tres de estos tipos:

- 1.- El rubio dolicocéfalo
- 2.- El moreno braquicéfalo
- 3.- El mediterráneo

Cada uno de estos tipos contiene elementos de variación, que van desde el pacífico o ante-depredador hasta el depredador (Veblen, 1899/2005: 220-221).

El primero encuentra sus orígenes en el estadio primitivo-salvaje. El segundo es el resultado del proceso de selección natural de los instintos, hábitos e instituciones, de acuerdo con el esquema evolutivo anteriormente indicado.

De los tres tipos étnicos fundacionales, el rubio dolícocéfalo es el que contiene la mayor cantidad de rasgos depredadores. Por lo tanto, es la base genética de la clase ociosa, tanto en el estado bárbaro, como en el moderno. Todos los tipos étnicos del mundo moderno occidental proceden de una hibridación o combinación de los tres originales (Veblen, 1899/2005: 223).

Los rasgos arcaicos son transmitidos o heredados desde los primeros estadios del desarrollo humano y se expresan con más o menos fuerza, en respuesta a los cambios en el entorno institucional. En el mundo moderno en particular, compiten los instintos y hábitos pacíficos dominantes en los tipos étnicos moreno braquicéfalo y, sobre todo, mediterráneo, contra los depredadores heredados principalmente del rubio dolícocéfalo.

Las condiciones del entorno del estadio depredador, según Veblen, trajeron consigo una variación en la naturaleza humana basada en la depredación, la emulación, la ostentación etcétera. En la sociedad industrial moderna se encuentran en pugna los rasgos e instituciones arcaicos, es decir, la depredación, la ostentación, el derroche en el ocio y el consumo, la emulación, la valoración comparativa, propios de la clase ociosa, frente a los de la cooperación y la búsqueda del trabajo útil de las clases que integran propiamente la comunidad industrial (Veblen, 1899/2005: 298,368).

Ya se han indicado las razones que sostiene Veblen para explicar la prevalencia de la clase ociosa, con todos sus efectos retardatarios para el pleno desarrollo de la sociedad industrial moderna. Su pesimismo se veía atenuado al sostener que al haberse extendido por un período más prolongado, los instintos del trabajo útil pacíficos heredados del pasado primitivo, se hallaban más acendrados en los seres humanos en comparación con los de la depredación y los ostentación propios de las clases ociosas bárbara y moderna (Veblen, 1899/2005: 280, 281).

En síntesis, la más importante de las preocupaciones del autor era el conservadurismo de la clase ociosa. En primer lugar, lo atribuye al hecho de que sus miembros carecen de exposición a las fuerzas económicas que presionan hacia el cambio social. En segundo lugar, destaca el interés económico de esta clase por mantener su esquema general de vida. Asimismo, la influencia conservadora de la clase ociosa se extiende al resto de la sociedad en virtud de que es un ejemplo prescriptivo. Su influencia aumenta, además, debido a la falta de recursos disponibles en los otros grupos, como las mujeres sometidas y las clases industriales que impulsan y llevan a cabo transformaciones de fondo en el esquema general de vida dominante. Así pues, cuando se genera un excedente, o sea un nivel de producción que rebasa los requerimientos físicos de la sobrevivencia, las normas de decencia pecuniaria de la clase ociosa requieren que las otras clases gasten de manera derrochadora en ocio, pero sobre todo en consumo conspicuo. El resultado es la asimilación de las clases inferiores al tipo instintivo y habitual que le corresponde en principio a las clases ociosas. El conservadurismo de las clases ociosas configura las instituciones sociales, las cuales, desde el punto de vista peculiar de Veblen, siempre se encuentran rezagadas con respecto a los cambios de vida en otras esferas, en particular los ligados al avance tecnológico.

En otras palabras, la cultura de la clase ociosa perpetúa el desajuste existente de las instituciones e incentiva una reversión hacia rasgos de vida arcaicos. Veblen considera al deporte como un ejemplo de actividad depredadora, con una apariencia de propósito útil que, sin embargo, en el fondo conserva rasgos bárbaros depredadores arcaicos, tales como la ferocidad y la astucia, o incluso la marrullería, satisfaciendo al mismo tiempo las normas dominantes de futilidad de la clase ociosa. El listado de Veblen de rasgos e instituciones arcaicas aplicado a los deportes incluye también al sistema de estatus clasista, así como a todas las formas de consumo bajo el concepto de derroche ostensible; la condición bárbara de las mujeres bajo el sistema de dominación patriarcal, junto con muchas de las características de los credos religiosos tradicionales con observancias devotas. En el caso de estos últimos se requiere del consumo vicario, en honor de un señor

preternatural, de artículos diversos de derroche conspicuo, así como la abstención del trabajo útil en ciertos días de asueto por razones de fe, cuando éstos constituyen “excrecencias” o sobrevivencias que provienen de estadios de la evolución cultural del pasado bárbaro. Todos ellos se erigen como obstáculos a la eficiencia y la productividad económicas, que persisten entre las clases altas ociosas y otras que se encuentran alejadas o incluso aisladas de las presiones y exigencias de la industria moderna.

Al mismo tiempo, Veblen sugiere que las consecuencias económicas de las actitudes emuladoras, depredadoras y envidiosas promovidas por la persistencia de la cultura de la clase ociosa se ven parcialmente moderadas o mitigadas por los elementos no envidiosos residuales de la religión, tales como la solidaridad, la fraternidad, la misericordia y la caridad. Paradójicamente, la situación de resguardo y exclusión del trabajo productivo, así como de una competencia depredadora en el mercado por obtener fuerza pecuniaria en las mujeres de clase alta, las deja a éstas casi con ninguna otra opción que dedicarse a labores sociales y comunitarias. No obstante, Veblen agrega que la influencia y primacía de la cultura de la clase ociosa debilita, si no es que destruye este tipo de esfuerzos altruistas.

Por ejemplo, las donaciones caritativas supuestamente dirigidas a promover el bien común, típicamente conllevan la construcción de edificios de arquitectura suntuosa y exageradamente ornamentada bajo los cánones y normas del derroche ostensible, con el fin de promover el estatus del donador. Menos pesimista es la posición del autor al comentar favorablemente el desafío al orden establecido de la clase ociosa, por parte del así llamado “nuevo movimiento de la mujer”. Esto se explica en función de que en las mujeres hay un componente mayor al promedio entre los seres humanos, del instinto que favorece el trabajo útil.

Para Veblen el vestido y el ritual académico, las actitudes discriminatorias hacia las mujeres, las fuertes afiliaciones religiosas, la importancia atribuida a los deportes de competencia, así como los recursos destinados a las organizaciones del tipo de fraternidades, reflejaban todos los orígenes de clase ociosa que se

pueden ubicar en las más prestigiosas universidades y colegios a nivel superior en los Estados Unidos. La marcada tendencia al remplazo de líderes religiosos por magnates empresariales para encabezar esas instituciones representa, para Veblen, la sustitución de la eficiencia sacerdotal por la pecuniaria, la cual es concomitante de la transición en el estadio moderno del ocio ostensible al consumo conspicuo, como medio principal para obtener reputación y prestigio.

El capítulo final de TCO está dedicado al análisis de la influencia de la institución de la clase ociosa en el “saber superior”; o sea, en el ámbito universitario. Aún más importante que los indicadores de la perdurabilidad de rasgos arcaicos de la clase ociosa en las universidades, era su marcada resistencia a la innovación. Lo anterior tenía como consecuencia el que se le preste más interés y recursos a ramas del conocimiento improductivos aunque prestigiosos, que a otras con mayor utilidad científica y técnica. Veblen contrastaba el mundo universitario emulador envidioso y dominado por los hombres, con el de niveles educativos inferiores, en especial los nuevos *kindergarten* no envidiosos y dominados por mujeres. Lo último era otro caso en el que sectores de la clase ociosa propician indirectamente instintos contrarios a su esquema general de vida. En el largo plazo éstos podrían ser una amenaza incluso a la propiedad privada. Así pues, al final de su relato –en su mayor parte pesimista– sobre la dañina sobrevivencia de los rasgos arcaicos en la cultura de la clase ociosa, Veblen dejaba una nota o destello de optimismo: quizás el instinto del trabajo útil desplazará al emulador y depredador y podría prevalecer en el futuro de las sociedades modernas.

Toda esta interpretación darwiniana de las clases sociales, negativamente influidas por aquélla ociosa, continúa sin ratificación en la actualidad y en consecuencia, ha corrido con la misma suerte que toda la obra spenceriana. Sin embargo, contenía apuntes que no han dejado de mostrar un gran poder descriptivo y explicativo de determinadas conductas en las “clases ociosas” y las sociedades modernas en general. ¿Le pasó a Thorstein Veblen lo que a Cristóbal Colón, quien descubrió un nuevo mundo, cuando pensaba que había arribado a otro viejo por una distinta ruta? Posiblemente sí. Veblen señaló ciertos rasgos no

culturalmente “arcaicos”, sino en rigor psico-biológicos de los seres humanos, que continúan manifestándose en las sociedades modernas y que parece que seguirán haciéndolo.

CAPÍTULO IV

EL RADICALISMO IZQUIERDISTA DE *TCO*: LAS APORTACIONES DE UN AUTOR ICONOCLASTA

En los dos primeros capítulos se explicó el proceso de radicalización de Veblen resultado de las experiencias de vida, incluyendo crisis, culturales, intelectuales, profesionales y personales del autor noruego-americano. En el capítulo tres se presentó la peculiar perspectiva evolucionista social de Veblen, identificando los fundamentos teóricos conceptuales y argumentos principales de *TCO*. Finalmente, en este capítulo se profundizará el análisis de su contenido, con el fin de exponer el carácter radical del pensamiento social de su autor. La discusión se centra en la crítica esgrimida en torno a siete iconos o pilares de la sociedad moderna:

1. La concepción estática de la naturaleza humana del *homo oeconomicus*.
2. La consagración de la propiedad privada como un derecho natural.
3. La consignación de las mujeres a una esfera social limitada y subordinada al dominio patriarcal.
4. La reputación basada en las buenas costumbres y los cánones de gusto convencionales.
5. La supremacía de la religión en la regulación de la conducta individual y colectiva.
6. El papel del saber superior y de las instituciones académicas en la vida civilizada.
7. La fe en el progreso social.

En la crítica desarrollada por un Veblen radicalizado a estos siete iconos en escritos anteriores y en *TCO*, se va desplegando su evolucionismo social peculiar, así como su particular socialismo y feminismo vanguardista. Teoría, ideología y sátira social se entrelazan para imprimirle a esta obra sus rasgos distintivos. Su

lectura se empobrecería si fuera reducida a los elementos teóricos, sin apreciar esa agudeza y perspicacia que rayan en la genialidad, de sus observaciones de los fenómenos estudiados en la vida cotidiana. Cabe mencionar que Veblen una y otra vez insiste en que el uso de términos tales como ocio y derroche no tiene una intención condenatoria, sino científica. Estas advertencias no son del todo convincentes. La carga normativa de TCO es significativa. Pero no por ello se demerita su carácter académico. Llama la atención que a lo largo de toda la obra no se hace referencia particular a ningún magnate, sacerdote o académico prestigioso como tampoco se esgrime un solo ataque *ad hominem*.

1. La ruptura con el *homo oeconomicus*

En la filosofía preevolucionista del sentido común, la economía política convencional y la psicología asociacionista subyace una concepción del individuo portador de una naturaleza humana eternamente fija y meramente reactiva a los estímulos externos. Estas corrientes compartían, así, un fundamento hedonista-utilitarista de la conducta: el ser humano está diseñado, sea por una fuerza divina, por la naturaleza o quizá por ambas, para buscar placer y evadir dolor y a esos fines se encaminan todos sus esfuerzos.

Veblen se formó dentro de estas doctrinas dominantes en filosofía y economía política en Carleton College, John Hopkins y Yale. En sus años de madurez intelectual, se fue desprendiendo de ellas gradualmente, con cada vez mayor convicción, para finalmente declararse en franca rebeldía frente a ellas, por las razones que ya se han explicado. Bajo la influencia del evolucionismo darwinista y spenceriano, la nueva antropología de Boas, Thomas y Morgan, así como la psicología pragmática y el socialismo de Bellamy, Veblen fue construyendo una versión alternativa de la naturaleza humana determinada por diversos instintos, hábitos y entornos institucionales (el esquema general de vida) producto de un proceso evolutivo natural y social, en el que interviene tanto la herencia como la adaptación selectiva. Cabe destacar en particular la importancia de sus lecturas antropológicas. En una carta dirigida a una de sus estudiantes predilectas, fechada en febrero de 1896, escribía que la redacción de “La clase ociosa” se

encontraba sin avances. No obstante, agregaba que diversas obras antropológicas le habían ayudado a conocer a la...

... Humanidad. No que el ser humano, tal como lo conciben los antropólogos, sea más – quizá lo es menos– humano que el que observamos en la vida cotidiana y en la vida comercial; sin embargo, los tratados antropológicos proveen una visión del ser humano en perspectiva y más genérica que la que ordinariamente sostienen los economistas clásicos, por lo que pueden aportar profundidad y sobriedad al concepto de “hombre económico” (*homo economicus*) (Dorfman, 1934/1961: 132-133).

En su esquema de pensamiento, destacaba que la acción humana siempre es teleológica; es decir, tiene un fin y no es meramente reactiva a estímulos de dolor y placer. Entre los seres humanos sobresalen los efectos de profundas raíces instintivas y habituales de fines de vida genéricos, relativos a la sobrevivencia y la comodidad física y psicológica. Dentro de los últimos se encuentra la valoración de la estima y el respeto de los otros y de uno mismo.

La ocupación en la división social de trabajo es un aspecto fundamental, no sólo en la lucha por la sobrevivencia y la comodidad, sino también en la obtención de la estima y el respeto. Desde su peculiar perspectiva evolucionista, expuesta en el capítulo anterior, Veblen explicaba la manera en que el entorno va condicionando, a través de la aparición y variación de instintos, hábitos e instituciones (el esquema general de vida), la valoración del lugar que ocupan la persona o una clase en la división social del trabajo. Así, por ejemplo en una sociedad primitiva y salvaje, en condiciones de precariedad y tipo de vida pacífico, el trabajo útil es el instinto y hábito mental más arraigado. Pero en la evolución social esto va cambiando de una etapa a otra. En el estadio bárbaro, durante sus distintas fases, mengua, sin desaparecer por completo el ancestral instinto del trabajo útil, pues surge el desprecio por labores indignas y avanzan la proeza y la hazaña en el marco del nacimiento de las clases ociosas y sus instituciones. Al transitar hacia las fases más avanzadas de barbarie, el tráfico sigue siendo subestimado, pero la proeza y la hazaña, como fuentes de propiedad y estatus, son desplazados por la adquisición y acumulación de riqueza. La sobrevivencia de la institución de la

clase ociosa en la sociedad industrial moderna implica, asimismo, la persistencia de rasgos arcaicos de derroche ostensible, con consecuencias negativas para el progreso social.

Así pues, desde esta perspectiva, aspectos y fenómenos centrales como el trabajo, el consumo y la propiedad asumen un sentido radicalmente distinto al de los economistas tradicionales, encerrados en modelos utilitaristas, hedonistas y sobre todo, evolucionistas (spencerianos). El ocio y el consumo conspicuo no son resultado de cálculos racionales de utilidad, ni tampoco meras respuestas a estímulos externos de dolor y placer, sino que son dispositivos simbólicos de posesión de riqueza y de exención de trabajos indignos, rutinarios y tediosos consignados a las clases inferiores.

Resulta imposible comprender estas argumentaciones –con importantes connotaciones teóricas para la concepción de la naturaleza humana–, sin remontarse a los antecedentes familiares, la infancia y la adolescencia de Veblen. El legado étnico –cultural y de experiencia de vida– del joven Veblen en la granja del asentamiento familiar de Minnesota, sembraron en él valores que se proyectaron en esta elaboración teórica. Según Dorfman, en alguna ocasión Veblen mismo le comentó a uno de sus colegas en Stanford que las conversaciones con su padre eran la inspiración principal de TCO (Dorfman 1934/1971).

2. La consagración de la propiedad privada como derecho natural: con y contra Spencer

La noción estática del *homo oeconomicus* se encuentra estrechamente ligada a la defensa del principio de la propiedad privada como derecho natural en el pensamiento dominante de sello político, filosófico, moral y económico y en el hábitus y el campo estadounidenses del siglo XIX. Se trata de un credo elevado a condición de sagrado, con bases teológicas e ideológicas, del cual incluso un disidente del pensamiento convencional, como Herbert Spencer, no estaba dispuesto a desprenderse. El inglés sostenía que el progreso y la civilización

humana se encontraban en el desarrollo del sentido social de la propiedad, hasta llegar a su versión más avanzada en la sociedad industrial, basada en el contrato.

Veblen reconoció la influencia que Spencer tuvo sobre él mismo. En TCO y en otros escritos hermanaba al evolucionismo de Spencer con el de Darwin. (Veblen, 1899/2005:223) – Y con eso hay que tener hoy mucho cuidado, porque como ya fue indicado, el evolucionismo spenceriano probó ser más especulativo que científico, como actualmente se reconoce al de Darwin—. Distintos autores, entre ellos Tilman y Edgell, han subrayado que el evolucionismo de Veblen rechazaba al de Spencer, a partir de la noción lamarckiana de la herencia de las características y se afiliaba al de Darwin, sustentado en la idea de cambio azaroso y selección natural. (Edgell y Tilman, 1989) Veblen mismo afirmaba la presencia de conceptos e ideas tanto darwinistas como spencerianos en su obra (Veblen, 1899/2005: 223) y en verdad los había. Con ello confundió objetos sometidos a la evolución –especies biológicas e instituciones sociales–, tanto como identificó con gran tino elementos instintivos –que él llamaría “arcaicos”– en la vida económica de las sociedades modernas.

Ciertamente, la influencia de Spencer, quizá más que la de Darwin, es prominente en TCO. Sin embargo, el spencerianismo de Veblen no excluye la formulación de críticas fundamentales a la propuesta teórica e histórica antropológica del maestro británico. La más importante reside en que, para Veblen, el evolucionismo de Spencer se encontraba limitado por la creencia en el derecho natural de la propiedad, manifestado en el sistema de libre contrato (Veblen, 1891). Para Spencer, dicho sistema era el resultado evolutivo del universo, el ideal hacia el cual tendía el curso de la naturaleza. En otras palabras Spencer convirtió al orden moderno de la empresa de negocios y el libre mercado en el ideal de la naturaleza. Por tanto, notaba que se daba un progreso “normal” desde la cultura del cruel e ignorante primitivo salvaje en el sistema riguroso de estatus, hasta el benéfico y moderno sistema de libre contrato. (ver capítulo II págs. 41-43)

En cambio, para Veblen “la identificación de las categorías de lo normal y el derecho es lo que constituye la nota dominante de la filosofía ética y social del

señor Spencer” (citado en Dorfman, 1932: 364). Tan presente y dominante era esta tendencia del progreso y de la mejora en el curso de los acontecimientos en el pensamiento del británico, que inclusive, aunque tuviera una opinión desfavorable de la religión organizada, sostenía que “la promoción del respeto a los derechos de propiedad debe considerarse entre las aportaciones positivas de las instituciones eclesiásticas” (citado en Dorfman, 1932: 364). Para Spencer, había dos formas de organización social: el sistema de libre contrato y el sistema de estatus. En concordancia con la línea de su argumento en *Principios de sociología*, Spencer, como señalaba Veblen, mantenía que “siempre que se desplaza al sistema de contrato o libre competencia, éste será necesariamente remplazado por el otro conocido: el de estatus; el tipo que es una organización militar, o también una jerarquía o una burocracia” (citado en Dorfman, 1932:364).

Esta distinción entre el sistema de estatus y el de libre contrato era concebida como una distinción entre los tipos de conducta militar e industrial –o entre “las instituciones ceremoniales” en un sentido amplio del término– y “las instituciones industriales”. En otras palabras, para Spencer “la individualización de la propiedad acompaña al progreso industrial”. De esta manera, equiparaba la adquisición con la producción, como se indica en el título “Adquisición y producción” del primer capítulo de la sección final, “Instituciones industriales”, de *Principios de sociología* (Spencer, 1947, vol 2: 207, Dorfman, 1932: 364).

En claro contraste, para Veblen solo mediante un acto de magia podía verse al principio de la propiedad como un principio de la producción. La propiedad, decía Veblen, en su primer artículo publicado en el *American Journal of Sociology*, no es “una noción simple o instintiva e ingenuamente incluida bajo la noción de efecto productivo” (Veblen, 1898:352), ni tampoco es una noción similar a la del “uso habitual”. El principio de la propiedad en Spencer era presentado como sinónimo de adquisición. Pero Veblen se preguntaba: ¿cómo era posible que un acto de adquisición constituyera uno de trabajo productivo simple? La vida de un sistema puro de propiedad, esto es, de pura adquisición, no podía conducir a la actividad industrial, si no fuera por medio de la depredación. La clase propietaria, de hecho,

es una clase exenta de llevar a cabo actividades industriales. Como lo señalaba Veblen en TCO, “vive de la comunidad industrial y no en ella (...) Su relación con la industrial es de carácter pecuniario y no industrial” (Veblen, 1899/2005: 252). Y en efecto, es una clase ociosa. La clase ociosa y la propiedad, indica, Veblen, son resultado de las mismas fuerzas económicas y en realidad, se trata de aspectos diferentes de los mismos hechos generales de la estructura social (Veblen, 1899/2005: 29).

Suena muy convincente la argumentación de Veblen dirigida contra Spencer. Pero todavía hoy las cosas han continuado siendo del modo en que las describía el inglés y no como las presentó el norteamericano. En el fondo, la cuestión era quizás muy simple: Spencer hablaba de un impulso natural (la propiedad privada) que conceptualizaba como una institución social y Veblen buscaba explicar esa misma institución social (la propiedad privada), cuando en realidad esclareció toda una serie de impulsos bio-psicológicos, que no “arcaicos”, en torno a tal institución, considerada exclusivamente social.

Pero volviendo a la argumentación de Veblen, la confusión entre la producción y la adquisición era necesaria en el pensamiento de Spencer, según él, pues ambas se convierten en lo mismo bajo las exigencias de la lógica pecuniaria. (Dorfman, 1932: 365) Pero, en otro de sus artículos, Veblen señalaba que en la vida depredadora, de los negocios o de cualquier otro tipo, los actos de los hombres son juzgados desde el punto de vista del hombre combatiente. Así, argumentaba que “lo que se reconoce sin reflexión o miramientos como efectivo y servicial en tales grupos, es la capacidad de pelea. La hazaña se convierte en la base convencional de la comparación envidiosa entre individuos y la reputación se asienta en la proeza” (Veblen, 1898:199, citado en Dorfman, 1932: 365).

Debido a su preconcepción de la propiedad como derecho natural, Spencer negaba que ésta se basará en la coacción, “aunque ahora el trabajador se encuentra frecuentemente obligado, sin misericordia, por las circunstancias y lo que tiene que enfrentar no son más que condiciones difíciles; (pero) no es

obligado por su patrón a aceptar dichas condiciones” (citado en Dorfman, 1932: 365).

Veblen aceptaba que de *jure*, el sistema de libre contrato es uno de “cooperación voluntaria”, pero en los hechos o de *facto*, es un sistema de “cooperación obligatoria”. Las circunstancias que así lo determinan son las de la dominación mantenida por los propietarios. En consecuencia, la vida que caracteriza a un sistema de estatus, un tipo de sociedad militar, también caracteriza al sistema de libre contrato. En lugar de oponerse, el sistema de estatus y el de la propiedad privada se relacionan como rasgos orgánicos en la cultura de la clase ociosa moderna. En otras palabras, Veblen marcó una distinción entre, por un lado, las instituciones pecuniarias que guiaban la vida de la clase ociosa, o sea de la propiedad privada, y por otro lado, las que distinguen a la sociedad industrial y sus clases productivas.

Para caracterizar lo que según él era el sistema moderno de estatus, Veblen extrajo el propio material y las opiniones de Spencer, para así desquiciar las conclusiones del británico. En lugar de asumir, como lo hacía Spencer, que la propiedad privada y el sistema de libre contrato eran la culminación de un progreso sobre el sistema de comunismo primitivo, Veblen consideraba aquel sistema como una regresión desde aquel estado salvaje en el cual la propiedad individual no existía –dado el supuesto de que, en realidad, esto hubiera ocurrido – Veblen estableció al tipo de vida salvaje como el ideal del carácter de la vida industrial; ese tipo de carácter primitivo, cuyos rasgos son la honestidad, la paz, la buena voluntad y un interés no emulador y no envidioso en los hombres. De hecho, Spencer mismo daba algunos ejemplos en este sentido.

Para Veblen, la vida de la depredación, es decir, de la búsqueda del bienestar personal egoísta, en ningún caso podía generar una vida de industria o productividad pacífica. El principio de la depredación no era un principio de paz; y la paz y la depredación no pueden reconciliarse por la “imputación” de una tendencia de mejoramiento “en el curso de los acontecimientos”, sólo por el supuesto de que la naturaleza o el orden natural –esto es, el sistema de libre

contrato o propiedad privada—, si se le deja funcionar sin intromisiones, se desenvolverá para alcanzar el nivel más elevado de sociedad. Pero, si no se toma ello por supuesto, entonces en el régimen casi pacífico moderno, la propiedad como adquisición será “un hábito de coerción y captura reducido a un sistema bajo el control de su uso extendido y prolongado” (citado en Dorfman, 1932: 367).

Así Veblen, mediante un tremendo desafío a los argumentos del filósofo inglés, introdujo un estadio bárbaro depredador posterior al del primitivo salvaje pacífico, a fin de ilustrar el carácter del “régimen moderno de competencia”:

Los rasgos que caracterizan a los estadios de cultura depredadora y subsiguientes; y que indican el tipo de individuo mejor adaptado para sobrevivir bajo el régimen de estatus, son, en su expresión primaria, la ferocidad, el egoísmo y el espíritu de clan; o también, el recurso usual a los medios de la fuerza y el fraude” (citado en Dorfman, 1932:371).

Son, pues, “las virtudes aristocráticas y burguesas; es decir, los rasgos destructivos y pecuniarios”. La vida bárbara es “la vida del hombre de negocios; esto es, el ‘hombre económico’ cuyo único interés y rasgo humano es el egoísmo” (citado en Dorfman, 1932: 367), decía Veblen; y él es inútil para los propósitos de la industria moderna.

Según Spencer, el carácter de este *homo oeconomicus* supuestamente natural y normal, se encontraba relacionado con la naturaleza original y fundamental del derecho de la propiedad:

Evidentemente, los pensamientos y sentimientos que acompañan al acto de tomar posesión, como cuando un animal atrapa a su presa y que en un estadio superior de inteligencia va acompañado de la obtención de cualquier artículo que conduce indirectamente a la gratificación, son los pensamientos y sentimientos que la teoría de la propiedad precisa. Evidentemente, el uso en documentos legales y expresiones tales como tener y poseer, así como la sobrevivencia en tiempos relativamente tardíos de ceremonias en las cuales una porción, un pedazo de roca o tierra de un bien raíz adquirido que representa al todo, pasa de mano en mano, apuntan a esta misma base física primitiva de la propiedad. Como es obvio, la doctrina de la propiedad desarrollada le da un carácter positivo a este reclamo” (citado en Dorfman 1932: 371).

La vida del perro, descendiente del lobo, ilustraba para Spencer este carácter natural y primordial de la propiedad: “no podemos suponer que el hombre en estado primitivo tuviera menos noción de la propiedad privada o de la posesión exclusiva, que el perro que no solo luchará por la presa que ha capturado o por su guarida, sino que las resguardará aún más que las propias pertenencias de su amo” (citado en Dorfman, 1932:371).

En contraste, Veblen convirtió la vida del perro en un símbolo del orden de la propiedad; una fiel descripción de “los cánones de gusto pecuniarios”. En cambio, el gato era para él un símbolo del orden de la industria (Veblen, 1899 /2005: 146).

Así que, después de todo, para Veblen los individuos supuestamente libres en el orden social de Spencer, vivían una vida de perro en virtud del control coactivo que ejerce sobre ellos la propiedad (Dorfman, 1932:372).

Spencer inició su análisis de la propiedad con el tema de “los trofeos”, a los cuales consideraba como la base de las instituciones ceremoniales y cuyo fin principal era designar el estatus de los individuos en una sociedad depredadora:

Los trofeos... le confieren a su propietario influencia sobre los otros que lo rodean. Un viajero que trae consigo del África un par de colmillos de elefante, o el cuerno formidable de un rinoceronte, impresiona a todos aquellos con los que tiene contacto como un hombre de fuerza y valentía; y por lo tanto, como alguien a quien más vale no molestar. Con esto obtiene un tipo vago de dominio o gobierno sobre los demás” (citado en Dorfman, 1932: 372).

Naturalmente, en el caso de hombres primitivos cuyas vidas eran depredadoras y sus valores respectivos dependían de su poder como cazadores, los trofeos eran más apreciados, por lo que tendían, en grados variables, a brindar honor e influencia a sus propietarios.

Sin embargo, para Veblen...

... La propiedad comenzó por ser el botín como trofeo de una expedición afortunada y tiene aún carácter de trofeo, pero con el avance cultural se convierte cada vez más en trofeo de éxitos conseguidos en el juego de la propiedad, practicado entre miembros del

grupo, bajo los métodos cuasi-pacíficos de la vida nómada. Gradualmente, y conforme la actividad industrial va desplazando, en la vida cotidiana de la comunidad y en los hábitos mentales de los hombres, a la actividad depredadora, la propiedad privada acumulada reemplaza cada vez en mayor grado los trofeos de las hazañas depredadoras como exponente convencional de prepotencia y éxito” (Veblen, 1899 /2005: 33-35).

Nuestro autor rechazaba así el supuesto convencional de que...

... El fin de la adquisición y acumulación de la propiedad es el consumo de los bienes acumulados –tanto si se trata del consumo directo por parte del dueño de los bienes, como si se trata del consumo hecho por la comunidad doméstica a él unida y teóricamente unificada a este propósito y con el—. Al menos, se cree que ésta es la finalidad económica legítima de la adquisición única que la teoría debe tomar en cuenta. Puede, desde luego, concebirse tal consumo como encaminado a satisfacer las necesidades físicas del consumidor –su comodidad física– o las denominadas necesidades superiores –espirituales, estéticas, intelectuales etcétera– (...) Pero sólo cuando se toma en un sentido muy alejado de su significado ingenuo, puede decirse que ese consumo de bienes ofrece el incentivo del que deriva invariablemente la acumulación. El móvil que hay en la raíz de la propiedad es la emulación; y el mismo móvil de la emulación sigue operando en el desarrollo ulterior de la institución a la que ha dado origen en el desarrollo de todas aquellas características de la estructura social a las que afecta esa institución de la propiedad. La posesión de la riqueza confiere honor; es una distinción valorativa (*individual distinction*) y no es posible decir nada parecido del consumo de bienes, ni de ningún otro incentivo que pueda concebirse como móvil de la acumulación y en especial, de ningún incentivo que impulse la acumulación de la riqueza” (Veblen, 1899 /2005: 32).

Así, pues, y de un modo conclusivo...

... La propiedad comenzó por ser el botín conservado como trofeo de una expedición afortunada... nació y llegó a ser una institución humana por motivos que no tienen relación con el mínimo de subsistencia. El incentivo dominante fue, desde el principio, la distinción valorativa unida a la riqueza y salvo temporalmente y por excepción, ningún otro motivo le ha usurpado la primacía en ninguno de los estadios posteriores de su desarrollo (Veblen, 1899 /2005: 33).

Por lo tanto, para Veblen el capitán de industria como clase dominante era una sobrevivencia moderna de la proeza y su alto prestigio se mantiene por medio de la acumulación de trofeos –la propiedad privada–, que significan habilidad para obtener riqueza por medio de la fuerza y el fraude.

Los análisis de Veblen complementaban a los de Spencer, tratando de fundarse en el supuesto diferente de que la propiedad privada y el sistema de contratos no habían estado presentes en el período primitivo salvaje. Quizás Spencer llevaba la razón al suscribir su supuesto, pues en rigor él no se refería a una institución social, sino a un impulso psico-biológico –y ello, sin saberlo con claridad–. Pero Veblen enriqueció sin duda nuestra comprensión de la sociedad moderna y de su influyente clase ociosa, haciendo ver que tal impulso –a su juicio una institución social ausente durante la fase primitiva y salvaje de la evolución social– era muy ostensible en dicha sociedad y esa clase.

3. “El estatus bárbaro de las mujeres”: la crítica al “matrimonio-propiedad”

T. Veblen fue un atento observador de la condición femenina... A pesar de ello, su aportación sistemática a un mejor conocimiento del mundo femenino no es abundante, (si bien) ... es merecedor de mayor atención que la que hasta ahora se le ha prestado, por parte de la comunidad de sociólogos (Castillo, 1998: 7-8).

Sin duda uno de los aspectos más interesantes de TCO es el relacionado con la posición de las mujeres en el origen y desarrollo de la institución de la clase ociosa. Al respecto es necesario mostrar el estrecho vínculo entre la concepción vebleniana de la propiedad como adquisición depredadora y la condición femenina a lo largo del proceso evolutivo.

A fin de ilustrar la naturaleza coactiva de la propiedad, como una posesión de personas, Veblen se refirió a la condición de la mujer en distintas situaciones. Spencer también declaró que “quizá en ninguna otra forma el progreso moral de la humanidad se muestra más claramente que al contrastar la posición de las mujeres entre los salvajes con la que ocupan en los grupos más avanzados de la civilización” (Spencer, vol. 1, 1947:194).

En aparente acuerdo, Veblen señalaba que...

... Escritores y oradores que reflejan el sentido común de la gente inteligente acerca de la estructura y funciones sociales, han dicho repetidas veces y con razón que el índice más seguro de nivel de cultura alcanzado por cualquier comunidad –y, podría añadirse, por cualquier clase determinada de la comunidad- es la posición que en ella ocupan las mujeres. Esta observación es acaso más cierta por lo que se refiere al estadio de desarrollo económico que en lo relativo al desarrollo a que se ha llegado en cualquier otro aspecto. A la vez, la posición que se asigna a la mujer en el esquema aceptado de vida de cualquier comunidad o cultura es, en grado muy grande, expresión de tradiciones modeladas por las circunstancias económicas existentes o de las exigencias del temperamento o de los hábitos mentales que rigen la conducta de las mujeres en esa situación económica” (Veblen, 1899 /2005: 359).

En el orden pecuniario moderno, el rol de la mujer, en su calidad de esposa y consumidora vicaria, seguía siendo el de una propiedad del hombre:

El esquema general de la vida buena y bella –es decir, el esquema a que estamos habituados– asigna a la mujer una esfera subordinada a la actividad del hombre; y se siente que toda desviación de las tradiciones que le imponen los deberes a ella asignados es antifemenina. Si lo que se discute son los derechos políticos o el sufragio, nuestro sentido común acerca de la materia –es decir, la consecuencia lógica de nuestro esquema general de vida, reflejado sobre el punto de que se trata- dice que la mujer debe estar representada en el cuerpo político y ante la ley; no de modo inmediato y por sí misma, sino a través de quien es cabeza de la comunidad doméstica a la que pertenece. Es antifemenino que aspire a una vida dirigida por ella misma y centrada en torno a ella misma; y nuestro sentido común nos dice que su participación directa en los asuntos cívicos o industriales de la comunidad, es una amenaza a ese orden social que expresan nuestros hábitos mentales, tal como se han formado bajo la guía de las tradiciones de la cultura pecuniaria” (Veblen, 1899 /2005: 360-361).

Así pues, Veblen halló en “el estatus bárbaro de las mujeres” el origen mismo de la propiedad. La naturaleza de la propiedad es el de control y dominio sobre las vidas de la población subordinada. Veblen decía que “es difícil poder ver cómo podría nacer una institución de la propiedad en los primeros días de la vida

depredadora, por medio de la captura de bienes; pero el caso es diferente con la (propiedad) de personas” (Veblen, 1899/2005: 30-32).

De nuevo es importante identificar y destacar la influencia spenceriana en el feminismo de Veblen. Él consideraba que el desarrollo de la concepción de la propiedad en general tiene mucho que ver con el desarrollo de la relación matrimonial. Así pues, afirmaba que:

La diferenciación primera, de donde surgió la distinción entre una clase ociosa y otra trabajadora, es la que se produce en los estadios inferiores de la barbarie entre el trabajo del hombre y de la mujer. De modo análogo, la forma primera de propiedad es una propiedad constituida por las mujeres y disfrutada por los hombres físicamente aptos de la comunidad. Pueden expresarse los hechos en términos más generales –y más ciertos en lo que respecta a la importancia de la teoría bárbara de la vida– diciendo que se trata de una propiedad de la mujer por el hombre” (Veblen, 1899 /2005: 29).

En un esquema muy similar al de Spencer, Veblen rastreaba los orígenes de la propiedad como sujeción, así como su desarrollo hasta convertirse en las formas menos evidentes de la vida moderna. Al explicar el papel de la sujeción femenina en el nacimiento de la institución de la propiedad privada, en su artículo “El estatus bárbaro de las mujeres”, de 1898, señalaba que:

Los cautivos son artículos que no pertenecen al esquema convencional de consumo comunal y su apropiación por el captor individual no trae consigo un daño manifiesto al grupo. Al mismo, tiempo estos cautivos continúan siendo un grupo obviamente distinto en cuanto a la individualidad de sus captores y no son fácilmente incluidos en la zona de la existencia casi personal. Los cautivos atrapados bajo condiciones de rudeza son principalmente mujeres. Existen buenas razones para que esto sea así. Excepto donde hay una clase esclava de hombres, las mujeres son más útiles, así como más fácilmente controlables en el grupo primitivo. Su trabajo vale más para el grupo que su mantenimiento y ya que no portan armas, son menos formidables que lo que serían si fueran hombres. Sirven al propósito de (alcanzar) trofeos con mucha efectividad y por lo tanto, vale la pena para el captor rastrear y mantener evidencia de su relación de dominación sobre ellas. Para este, fin sostiene una actitud de dominación y coerción hacia las mujeres que han sido sus presas; ya que son la insignia de su proeza, no padece el

que ellas sean vulnerables al llamado de guerreros rivales. Están sujetas a sus órdenes y restricciones; dominarlas adorna su honor y vanidad; y su utilidad en este aspecto es muy grande. Su dominación sobre ellas es evidencia de una proeza, por lo que resulta incompatible con su valor como trofeos el que otros hombres se tomen libertades con sus mujeres, lo que sirve como evidencia de una relación de subordinación ante la fuerza del captor” (Veblen 1898/1899: 358).

Lo anterior sucede en la fase bárbara temprana. Veblen explica que con el paso del tiempo, en un estadio más avanzado, la subordinación femenina se va convirtiendo en un hábito arraigado hasta que se establece como la institución del matrimonio.

La última se encuentra estrechamente relacionada con la institución de la propiedad privada y, por lo tanto, con el esquema general de vida de las clases ociosas bárbaras. En primer lugar, destaca el significado de la captura de mujeres para el nacimiento del sentido de la propiedad privada. En la fase primitiva un individuo poseía objetos, pero éstos eran vividos como una extensión de su persona. La apropiación de mujeres daría pie a la propiedad, pues era señal de proeza del captor y lo distinguía de su presa:

La propiedad de las mujeres comienza en los estadios inferiores de la cultura bárbara, aparentemente con la captura de cautivas. La razón originaria de esta captura y apropiación de las mujeres parece haber sido su utilidad como trofeos. La práctica de arrebatarse al enemigo las mujeres en calidad de trofeos, dio lugar a una forma de matrimonio-propiedad que produjo una comunidad doméstica con el varón como cabeza. Y fue seguida de una extensión del matrimonio-propiedad hacia otras mujeres, además de las capturadas al enemigo. El resultado de la emulación en las circunstancias de una vida depredadora ha sido, por una parte, una forma de matrimonio basado en la coacción; y por otra, la costumbre de la propiedad misma. En la fase inicial de su desarrollo, no es posible distinguir ambas instituciones: las dos surgen del deseo que tiene el hombre afortunado de hacer evidentes sus proezas, exhibiendo el resultado perdurable de sus hazañas. Ambas sirven a esa propensión de dominio que penetra la vida toda de las comunidades depredadoras” (Veblen, 1899/2005: 30).

En resumen, la relación matrimonio-propiedad es para Veblen la fuente misma del origen de otras formas de propiedad con fines de emulación, al extenderse a los bienes de consumo producto del trabajo de las mujeres y otros grupos bajo dominación patriarcal:

Indudablemente, hubo algunas apropiaciones de artículos útiles antes de que surgiese la costumbre de apropiarse las mujeres. Los usos de las comunidades arcaicas existentes, en las que las mujeres no constituyen propiedad, son prueba de tal aserto. En todas las comunidades los miembros, tanto varones como mujeres, se apropian habitualmente, para su uso individual, de una serie de cosas útiles; pero esas cosas útiles no son pensadas como propiedad de la persona que se las apropia y las consume. La apropiación y el consumo habituales de ciertos efectos personales de poca importancia no plantean el problema de la propiedad; es decir, de una pretensión convencional a poseer cosas exteriores, consideradas como equitativa (Veblen, 1899 /2005: 178).

Dos instituciones, la propiedad y el matrimonio, conforman, en su opinión, el esquema general de vida de las sociedades en las cuales predominan los instintos de la emulación y depredación de la clase ociosa.

La discusión anterior, al conjuntarse con la situación de la mujer, asume un tono severo que subyace a la sátira de Veblen cuando comenta el sentido del vestido de la mujer en general y en particular del corsé:

En teoría económica, el corsé es, sustancialmente, una mutilación provocada con el propósito de rebajar la vitalidad de su usuaria; de hacerla incapaz para el trabajo de modo permanente e indudable. Es cierto que el corsé perjudica los atractivos de su portadora, pero la pérdida que se sufre por ese lado se compensa con creces con lo que se gana en reputación, ganancia derivada de su costo e invalidez invisiblemente aumentados” (Veblen, 1899 /2005: 178).

Es decir, en el fondo Veblen estaba afirmando que la propiedad es un corsé y que su fuerza constrictiva mengua la utilidad industrial y humana de lo que se encuentra sometido a ella.

En un tono un tanto pesimista, señalaba que “en último análisis, con arreglo a su propio sentido de lo bueno y de lo bello, la vida de la mujer es, y debe ser,

expresión de segundo grado de la vida del hombre” (Veblen, 1899/2005: 185-186). Sin embargo, Veblen vislumbraba algunas posibilidades esperanzadoras de que la situación bárbara del sometimiento de las mujeres pudiera cambiar. Sin duda, la población femenina en condición de subordinación y de consumidoras vicarias, había moldeado sus hábitos de acuerdo con el esquema general de vida de la clase ociosa, en aspectos tales como el vestido. Pero, por otro lado...

... También es aparentemente cierto que el temperamento femenino incluye en mayor proporción el instinto que aprueba la paz y reprueba la futilidad. No es, por ello, fortuito que las mujeres de las comunidades industriales modernas den muestra de un sentido más vívido de la discrepancia existente entre el esquema generalmente aceptado de vida y las exigencias de la situación económica (Veblen: 1899 /2005: 360).

Por ello agregaba que “a pesar de que la subordinación de la mujer se encuentra arraigado en el orden de la clase ociosa”, se puede percibir ya un incipiente desarrollo del sentimiento de que “todo este sistema de tutela de vida vicaria e imputación de méritos y deméritos también vicaria, es equivocado” (Veblen, 1899 /2005: 362). Un sector de mujeres de clase alta y media, pese a su actitud conservadora, con base en un “sentido desapasionado y matronal de las conveniencias tradicionales” (Veblen, 1899 /2005: 363), comenzaba, debido a su juventud, educación y temperamento, a incorporar mujeres “menos sumisas”; a separarse de los hábitos mentales heredados de la cultura bárbara e inclusive a revertir el impulso vicario en el instinto primitivo del trabajo eficaz.

Dicho sector se encontraba organizado en el movimiento denominado de la “Nueva Mujer”, que suscribía dos consignas: emancipación y trabajo. “Son las mujeres de las clases acomodadas de las comunidades en las que el desarrollo industrial ha avanzado más, las que más vivo tienen y con mayor frecuencia expresan ese sentimiento de injusticia que exige reparación” (Veblen, 1899 /2005: 363). La rebelión incipiente provenía de mujeres excluidas del trabajo útil por los cánones reguladores de la buena reputación, “reservándolas para una vida de ocio y consumo ostensible” (Veblen, 1899 /2005: 363). Dotadas de un instinto del trabajo eficaz, ya manifestaban su repudio a la futilidad de la vida ociosa y del

derroche. En opinión de Veblen, “en las comunidades industriales más avanzadas comenzaba a debilitarse el elemento de estatus y el esquema general de vida propio de la clase ociosa ha perdido mucha de su fuerza obligatoria” (Veblen, 1899 /2005: 366). Gracias a este proceso evolutivo comenzaba la posible emancipación de las mujeres, sometidas desde antaño al dominio bárbaro patriarcal.

4. La tiranía de los cánones del gusto pecuniarios

Algunas de las observaciones más agudas y características de Veblen en relación con la institución de la clase ociosa se refieren a lo que podríamos llamar su estilo de vida, en el que se incluye la forma de vestir, los modales, diversiones, prácticas deportivas, gustos por la bebida y etiqueta culinaria.

En conjunto, todas estas costumbres se van estableciendo de conformidad con lo que Veblen denomina cánones pecuniarios de gusto. Obedecen a la necesidad de conseguir reputación, con desplantes de fortaleza pecuniaria a través del ocio y el consumo ostensibles. Pero otros motivos intervienen: “un deseo de conformidad; de evitar observaciones y comentarios desfavorables; de vivir de acuerdo con los cánones del decoro aceptados en relación con la clase, la cantidad y el grado de bienes consumidos, así como en materia de empleo decoroso del tiempo y el esfuerzo” (Veblen, 1899: 121).

Estos cánones regulan el consumo y el ocio “bajo la vigilancia de la ley del derroche ostensible” (Veblen, 1899: 121-122). Así pues, al delincuente, cuando menos moralmente, se le exonera de violar el principio de la propiedad privada “cuando el motivo que le impulsó a cometer aquel (crimen) fue el móvil digno de conseguir los medios para proporcionarle a su mujer y a sus hijos una manera ‘decente’ de vivir” (Veblen, 1899: 123).

Los templos y rituales religiosos se adhieren a estos cánones motivados por la creencia de honrar a un Señor de propiedades divinas. El derroche en la arquitectura y los muebles de los santuarios no es para el placer y comodidad de los creyentes (consumidores vicarios), sino para demostrar la posición, fortaleza y gusto pecuniarios que se imputan a la divinidad. Lo mismo sucede con las

vestimentas sacerdotales. Ellas deben ser ostentosas, aunque sean imprácticas e incómodas:

En todas estas manifestaciones del sentido ingenuo de los hombres acerca de lo adecuado y correcto con respecto a la observancia devota en las relaciones con la divinidad, se ve claramente la presencia eficaz de los cánones pecuniarios que regulan la reputación, tanto si esos cánones producen algún efecto sobre el juicio devoto de modo inmediato, como si sólo lo producen indirectamente (Veblen, 1899/2005: 132).

Lo bello y adecuado se va asociando a lo caro y ostensiblemente costoso, artículos “codiciados como bienes valiosos, (cuyo) goce exclusivo satisface el sentimiento de superioridad pecuniaria del poseedor, a la vez que su contemplación satisface (un) sentido de la belleza” (Veblen, 1899/2005: 135). Y agregaba Veblen: “nuestro sentido de lo caro se disfraza bajo el nombre de belleza... Los signos de lo costoso pasan a ser aceptados como características bellas de los artículos caros. Son agradables en cuanto signos distintivos de su carácter costoso y honorífico...” (Veblen, 1899/2005: 134 y 136).

Veblen precisaba que lo anterior no sucede de forma consciente, sino que es producto de un intrincado proceso de habituación al entorno, por parte del esquema general de vida bárbaro de la clase ociosa.

Dicha habituación se manifiesta en la preferencia por razones de reputación, aunque supuestamente obedezcan a estrictas razones estéticas, de artículos de consumo caros, pero no necesariamente más bellos y útiles. Por ejemplo, se valora más una cuchara de plata que una manufacturada con otro metal más barato, digamos, el aluminio, aunque visualmente ambas sean indistinguibles y la segunda sea, en términos prácticos, más útil porque se la debe limpiar menos.

Lo mismo sucede en otros casos; por ejemplo, con el uso de sombreros de copa y zapatos de charol, así como con los códigos dominantes que se aplican para apreciar jardines privados o parque públicos. Aquí, los orígenes rurales del hijo de inmigrantes convertido en intelectual extranjero simmeliano, se hacían presentes. Veblen sugería que no hay césped que se aproxime más a la perfección que aquél

en el que pastan vacas. Sin embargo, éste es inaceptable desde el punto de vista de los cánones de gusto pecuniarios, pues no se pueden permitir estos rumiantes en los jardines de una mansión de familia de buena reputación. Otros animales, como los ciervos, sí se permiten. “Aunque a los ojos pastoriles del hombre occidental esos sustitutos sean menos bellos que la vaca, se les prefiere en tales casos, a causa de que son más costosos o fútiles y, en consecuencia, aumentan más la reputación” (Veblen, 1899/2005: 140). Algo similar sucede con las aves de corral, los cerdos, las ovejas, las cabras y los caballos de tiro, en contraste con otros animales considerados como bellos: loros, pájaros enjaulados, gatos, perros y caballos veloces (Veblen 1899/2005: 145).

Pero los mismos cánones, según Veblen, se aplicaban a la vegetación apropiada al buen gusto pecuniario. Árboles, plantas y flores de calidad, pero de origen rupestre, eran eliminados y sustituidos por otros de menor calidad, aunque de cultivo más costoso.

Veblen dedicaba sus comentarios más incisivos a los perros como mascotas. Con una dureza inusual, caracterizaba a los canes como el animal más sucio y de las peores costumbres. No obstante ello, es el favorito de las clases ociosas, ya que compensa sus molestos defectos con actitudes serviles y aduladoras hacia el amo. Esto era congruente con los rasgos predominantes de una sociedad de estatus que valora el dominio y la sumisión a los ricos y poderosos. Denunciaba, con evidente disgusto, la práctica de crianza de canes con deformidades grotescas, señalando que esas monstruosidades caninas son las favoritas, tanto para “el caballero como para la dama”, en función “de su alto costo de producción” (Veblen 1899/2005:148). No eran ni útiles ni provechosas y, sin embargo, aportaban a la reputación del dueño.

Lo contrario ocurría con los gatos domésticos, por naturaleza independiente y poco servil que, salvo en el caso de algunas especies muy finas, eran poco valorados en el esquema general de vida y cánones de gusto pecuniarios de la clase ociosa, afirmaba nuestro autor.

Y al igual que los perros de pedigrí, los caballos veloces y “pura sangre”, que sólo servían para fines de competencia, eran altamente apreciados, ya que tenían el atributo de representar “fuerzas animadas” a las que se había domado y, por lo tanto, contribuían al prestigio del dueño como hacedor de proezas. Además, los caballos “de carrera” servían para las apuestas y el juego, por lo que ratificaban “el principio del derroche ostensible” e iban en “apoyo de la actitud depredadora de dominio y emulación” (Veblen 1899/2005: 149). Veblen, el antiguo granjero, explicaba que la equitación “de silla inglesa” se originó por la mala calidad de los caminos de barro y sin embargo, había sobrevivido por razones de reputación en Europa y los Estados Unidos.

Finalmente, Veblen se refiere también a los cánones de belleza femenina y a la transición en una preferencia desde las mujeres robustas de la barbarie temprana, cuando éstas se hallaban confinadas al tráfago y otras actividades serviles, hasta las doncellas delgadas y débiles, que hacían a las esposas consumidoras vicarias de las clases ociosas modernas. El ideal de la mujer robusta, escribía Veblen, “perdura aún en una parte considerable de las comunidades industriales modernas; pero hay que decir que ha conservado su influencia de modo más firme en aquellas comunidades modernas menos avanzadas (...), que muestran supervivencias más considerables del estatus y las instituciones depredadoras. Es decir, que el ideal caballeresco se conserva mejor en las comunidades contemporáneas que son, en esencia, menos modernas” (Veblen, 1899/2005: 153). En aquellos ámbitos donde predomina la esposa como consumidora vicaria, se ha transitado al ideal de belleza femenina del tipo “de la mujer patológicamente delicada, traslucida y delgada en extremo” (Veblen, 1899/2005: 153). Sin embargo, en las comunidades modernas con niveles de desarrollo industrial más avanzado, se notaba el retorno...

...Al tipo arcaico de la mujer que no repudia sus manos y sus pies, ni los otros aspectos materiales de su persona... Las exigencias de la emulación requirieron en un momento esclavas sensuales; en otro, la practica ostensible del ocio vicario, y en consecuencia, una patente incapacidad para el trabajo; pero la situación está comenzando a superar hoy esa exigencia, ya que, dado el grado de alta eficacia de la industria moderna, el ocio hoy

es posible hasta para las mujeres que se encuentran en un grado tan bajo de la escala de reputación pecuniaria, que ya no puede servir como marca definitiva del grado pecuniario (Veblen, 1899/2005: 154).

Es decir, el ideal de la mujer inútil y costosa, caracterizada por señales –a ojos de Veblen– “repulsivas”, tales como pies deformados y otras mutilaciones corporales, las cuales perseguían demostrar fuerza pecuniaria y reputación en el varón, estaba perdiendo vigencia como resultado de los cambios en los hábitos y las instituciones del proceso de evolución social.

Es evidente que la experiencia de vida de Veblen, durante sus años de matrimonio con Ellen Rolfe y de convivencia con su familia política, le ofreció una perspectiva privilegiada como espectador de estas costumbres, que sin duda chocaban con la cultura rural noruego-americana de sus orígenes. Sería superficial reducir lo anterior a una sátira mordaz. En efecto, todas estas prácticas formaban parte del fenómeno que Veblen denominó “ocio”, bajo la ley del derroche ostensible y que es un aspecto básico o esencial del esquema general de vida de las clases ociosas.

Se trataba de rasgos arcaicos bárbaros que sobreviven en la sociedad industrial: su consecuencia económica era la disipación de recursos productivos y en el plano social, la reafirmación del estatus y la dominación por parte de una minoría pudiente y poderosa.

5. La religión como animismo y los sacerdotes como clase ociosa vicaria

Veblen concibe a la religión como un rasgo epigenético que sigue y no antecede al desenvolvimiento cultural. Al discutir sobre las observancias devotas y la creencia en la suerte, subrayó el carácter de éstas como una expresión de subordinación personal, con el fin de sacar a relucir la naturaleza depredadora y arbitraria de la propiedad.

Otro rasgo característico de la clase ociosa que, según Veblen, comparte con los delincuentes de bajo rango, es la propensión a la apuesta, la cual, a fin de cuentas, se basa en una acendrada creencia animista e irracional en la suerte. Este rasgo proviene de la cultura depredadora bárbara. Se sustenta en la creencia fundamental en la existencia de fuerzas preternaturales con designios propios. Veblen explicaba que este rasgo está profundamente enraizado en los hábitos mentales de la clase ociosa bárbara y parte de la fe de que existen fuerzas ocultas que influyen en el desenlace de cualquier empresa o proyecto. Existe una correspondencia estrecha entre la proeza, el estatus y el animismo antropomórfico, definido por Veblen como un culto con una peculiar relación de estatus entre el sujeto humano en condición de inferioridad y un actor preternatural superior, considerado como divinidad.

Para Veblen, las prácticas de la observancia devota se hallaban estrechamente ligadas al esquema institucional de la clase ociosa. La devoción, al igual que la creencia en la suerte, estaba cimentada en la fe en la existencia incuestionable de una fuerza preternatural (algo que está más allá de lo natural, como los ángeles, los demonios o los vampiros, que poseen poderes extraordinarios). A pesar de la noción popular moderna de Dios como una figura patriarcal bondadosa, en el fondo de estos cultos operaba una especie de poderoso y próspero gran jefe guerrero despótico, digno de ser obedecido, aunque también emulado por su fuerza, habilidad e incluso capacidad depredadora. Los epítetos bárbaros relacionados con la divinidad contenían valores estéticos, pero también intensamente honoríficos.

Así, se encuentran similitudes importantes entre las prácticas de ostentación en nombre de la divinidad, con las del caballero refinado de la clase ociosa, sea que se trate de un señor noble, de un patriarca o de un capitán de industria moderno. En estos casos, Veblen observaba la importancia de las construcciones caras, suntuosas, profusamente ornamentadas y ostentosas, pero por lo general imprácticas, ya fueran templos o mansiones, y de vestimentas del mismo tipo, que despreciaban el trabajo ordinario y rutinario. La clase sacerdotal estaba exenta de

realizar labores indignas aunque, al ser una clase ociosa vicaria más con ciertas particularidades, se encontraba sometida a normas que controlaban de forma más estricta la indulgencia permisible. En algunos casos, incluso estaba sometida a cánones que le impedían mostrar interés en y conversar sobre dichas actividades mundanas. Más allá de esta clase sacerdotal, había una jerarquía imaginaria de figuras sobrehumanas de ángeles y de santos, dominando sobre ciertas clases dependientes de ellos, que desplegaban vicariamente ocio y consumo ostentosos en su nombre, al igual que suele suceder en el espacio doméstico con todo patriarca de la clase ociosa. Veblen señalaba que estas prácticas devotas eran más fuertes en el sur que en el norte de los Estados Unidos, pero añadía que los plutócratas de la última región se encontraban en proceso de aristocratización, por lo que habían adoptado muchos de los rasgos de la devoción ostentosa de los ricos del sur.

6. Los académicos como clase ociosa

Las instituciones académicas no podían quedar fuera de la mirada del intelectual iconoclasta. Buena parte de la experiencia vital, incluyendo desde luego la trayectoria intelectual y el impacto en ella de sus distintas crisis, se gestaron en el entorno universitario estadounidense al que perteneció la mayor parte de su existencia. Por lo tanto, el extranjero simmeliano radical noruego-americano observó con agudeza las prácticas ceremoniales, rituales y otras manifestaciones arcaicas en el mundo del alto saber.

Su crítica parte del siguiente argumento: la educación es fundamental en el desarrollo de hábitos mentales y éstos, a su vez tienen un valor económico importante. La cultura pecuniaria de la clase ociosa, es decir, su esquema general de vida, se expresa en las instituciones educativas, así como en los conocimientos que se imparten en ellas. Por tanto, se propuso “poner de manifiesto el método y la tendencia de la influencia ejercida por esa clase ociosa sobre la educación” (Veblen: 1899 /2005: 369-370).

Con ese propósito en mente, llevó a cabo un examen etnológico del saber en los distintos estadios de la evolución social, como parte de su historia conjetural. En la etapa primitiva y bárbara, el saber estaba vinculado estrechamente a la religión, ya que se trataba del conocimiento adquirido por los sacerdotes –maestros del conocimiento necesario para servir a agentes sobrenaturales–. Es decir, tenía claramente fines rituales o ceremoniales. Los sacerdotes fungían como intermediadores con las fuerzas naturales y su dominación implicaba poseer conocimientos inaccesibles para el resto de la comunidad. Con tales artes mágicas buscaban “impresionar” e incluso “engañar a los ignorantes”. De esta manera, se estableció una relación íntima “en la opinión popular entre la erudición y lo incognoscible” (Veblen, 1899 /2005: 372). Todavía en sectores de la sociedad moderna, con hábitos mentales alejados de la industria moderna, sigue siendo así. Por tanto, señalaba Veblen: “el saber comenzó por ser, en un sentido, un subproducto de la clase ociosa vicaria de los sacerdotes” (Veblen, 1899 /2005: 372).

En la sociedad moderna se encuentra, en cambio, una división entre el saber considerado como superior, heredero del conocimiento esotérico y religioso; y el inferior que está ligado al conocimiento de procesos técnicos y fenómenos naturales, “utilizados de modo habitual para los fines materiales de la vida” (Veblen, 1899 /2005: 373).

El primero conserva una asociación con la religión y la clase sacerdotal, pero subsiste cargado de rasgos arcaicos en las prácticas científicas y las instituciones académicas modernas, como una serie de ritos y ceremonias, vestidos, iniciaciones y demás. En contraste, dichos rasgos ceremoniales y rituales no se encuentran en las escuelas del “saber inferior”, dedicadas al conocimiento tecnológico práctico, salvo en casos de mimetismo o de emulación de las reputadas instituciones del “saber superior”. Sin embargo, es en los colegios y universidades en los que se educa a las clases sacerdotal y ociosa, donde

encontramos con mayor fuerza “las supervivencias y reversiones rituales” (Veblen, 1899 /2005: 375).

Veblen explica cómo muchas de las universidades estadounidenses fundadas durante el siglo XIX, cuando las comunidades eran relativamente pobres, estaban dominadas por hábitos de industria y “las reminiscencias del hechicero primitivo se encontraban fuera del esquema general de vida del colegio”. No obstante, en la medida en que se enriquecieron esas universidades, empezaron a manifestar rasgos rituales como el uso del birrete y la toga y a desarrollarse “un sentimiento de clase ociosa de suficiente volumen como para apoyar un fuerte movimiento de reversión hacia una concepción arcaica del fin propio de la educación” (Veblen, 1899/2005: 371). Dichas instituciones académicas, entonces, se inundaron con “una ola de sentimiento atávico de conformidad y de preocupación por la reputación, que llegó a la comunidad en ese periodo”. Esta ola de reversiones recibió su impulso inicial en la Guerra Civil, ya que el conflicto bélico propició hábitos mentales depredadores y un sentido de distinción valorativa que desplazó a la “utilidad equitativa usual” (Veblen, 1899 /2005: 378).

La combinación de estos factores tuvo como resultado el fortalecimiento del estatus, el ceremonialismo y el conservadurismo en las universidades norteamericanas.

El temperamento bárbaro se intensificó a causa de la intromisión de ciertos “capitanes de industria” (Veblen, 1899 /2005: 379), a través de apoyos financieros. La tendencia creciente de dependencia de la clase ociosa propietaria se nota claramente en las prácticas administrativas y académicas que reflejan el relevo del carácter sacerdotal con el pecuniario, concomitante con la transición del ocio ostensible al consumo conspicuo. Es significativo, explica Veblen, que estas instituciones se encontraran vedadas para las mujeres, salvo con pequeñas excepciones, pues de acuerdo al sistema de estatus de la clase ociosa en cuanto a los sexos, la educación de las mujeres tenía que confinarse a la mejor

realización de servicios en la esfera doméstica, así como “ a aquellas habilidades y destrezas cuasi-académicas y cuasi-artísticas que caben sin ningún género de duda bajo la dominación del ocio vicario” (Veblen, 1899 /2005: 382).

En resumen, Veblen señalaba de manera filosa y contundente, que la persistencia ritual-ceremonial de rasgos arcaicos en el medio universitario de los Estados Unidos indica que “no prevalece el conservadurismo, sino el sentimiento reaccionario, en especial en las escuelas superiores, donde se cultiva el saber convencional”. Encontramos así instituciones académicas y científicas plagadas de hábitos mentales animistas; es decir, con observancias devotas, deportes colegiales de temperamento bárbaro y asociaciones estudiantiles tribales. Pero estos fenómenos, indicaba, son meramente incidentales a la vida académica de las instituciones de la clase ociosa; más importante es el análisis del saber acogido e impartido en ellas. Hay un aferramiento a disciplinas convencionales, sobre todo en las humanidades tradicionales. Las instituciones se resisten a innovaciones y a descubrimientos en materia científica, aunque finalmente y con mucho rezago, los aceptan a regañadientes. El mecenazgo de los capitanes de la industria establece una relación de estatus con los hombres de ciencia, por lo que comunmente se trata de la generación de un “conocimiento que tiende más bien a rebajar la eficiencia industrial de la comunidad que a elevarla” (Veblen, 1899 /2005: 388).

Sus esfuerzos institucionales se dirigen a profesiones de la clase ociosa; por ejemplo, las finanzas y el gobierno. Ellos desarrollan disciplinas y habilidades, como podría ser el conocimiento de los clásicos, las lenguas muertas y la ortografía, más con fines honoríficos que útiles para la promoción y el mejoramiento material de la vida humana. Estas destrezas son una muestra de derroche y arcaísmo, cuyo fin es adquirir y mantener buena reputación. Se acreditan dentro del esquema general de vida de la clase ociosa, ya que comportan una clara indicación de... “estar exento de toda ocupación industrial” (Veblen, 1899 /2005:406). Es decir, insiste Veblen...

... Corresponden al conjunto de ideas que caracteriza el esquema general de vida del régimen de status (...) expresión del hábito mental animista; indican un punto de vista y una teoría de la vida arcaicos, que pueden ser adecuados al estadio depredador de cultura y de organización económica del que derivan, pero que, desde el punto de vista de la eficiencia económica, en el sentido más amplio de la palabra, son anacronismos contraproducentes (Veblen, 1899 /2005:399).

7. La desconfianza en el progreso

Una de las creencias que dominaron al mundo cultural del siglo XIX fue que el progreso social de la humanidad era un proceso no sólo benéfico, sino también necesario e inevitable. Esta idea, compartida por figuras intelectuales de distintas corrientes ideológicas, se encontraba ampliamente difundida entre diversos sectores de la sociedad y de forma prominente en los Estados Unidos de América.

En algunas propuestas teóricas se encuentra una fusión entre progreso y evolución. Es decir, ellas trataban de imprimirle un sello de finalidad científica a la pretensión de la evolución de ser el progreso mismo.

Como ya se ha mostrado, Spencer fue uno de los pioneros de la teoría evolucionista moderna. Desde hace varias décadas, se ha entablado un debate importante en torno a la interpretación de Spencer acerca de la relación entre evolución y progreso.

Muchos autores han insistido en que la visión de Spencer se basaba en una idea de la evolución como un proceso que se desenvuelve a partir de un plan preestablecido, automático e inevitable. La interpretación anterior es debatible. Es cierto que pueden encontrarse pasajes spencerianos importantes en donde se revela una perspectiva teleológica evolucionista y que, para el inglés, el orden social ideal era el del libre mercado, la propiedad privada inviolable y la cooperación voluntaria.

Sin embargo, en la misma obra de Spencer encontramos afirmaciones en las que se denuncian las visiones de la evolución como algo inevitable y que avanza de acuerdo a un patrón fijo. Aun así, encontramos que se refería a que la evolución tiene una dirección; por ello hablaba de movimientos de progresión y de retrogresión. Identificaba que todas las sociedades atraviesan por procesos de diferenciación y tendían a la heterogeneidad. Este último concepto era una manera extremadamente general de referirse a la evolución social. Spencer no creía que las secuencias evolutivas necesariamente se asemejaran unas a otras, al comparar una sociedad con otras.

En el caso de Veblen, el margen de interpretación y discusión es considerablemente menor, ya que su posición va claramente en el sentido de que la evolución natural y social es azarosa y su desenlace incierto. Más importante aún era su argumento en torno a la sobrevivencia de instituciones arcaicas y su desfase con el desarrollo tecnológico. Los instintos, hábitos e instituciones bárbaras, ligados a la sobrevivencia y evolución del esquema general de vida de la clase ociosa, constituían el lastre que impide el establecimiento de un orden social superior, basado en el conocimiento naturalista de la realidad: la emulación del instinto del trabajo eficaz, la cooperación y la armonía. En ello consistía su socialismo. Para alcanzarlo, era imprescindible eliminar las instituciones mancomunadas de la propiedad privada y de la clase ociosa, sustentadas ambas en la depredación, la emulación valorativa con base en la ley del derroche ostensible del ocio y el consumo conspicuos.

En TCO, Veblen encontró algunos indicios alentadores de que el entorno cambiante estaba permitiendo el surgimiento de grupos con valores e ideas propicios para la conformación de una verdadera sociedad industrial moderna, libre de la institución de la clase ociosa. Entre estos se encontraban los trabajadores industriales, pero también las y los integrantes del movimiento de la “Nueva Mujer” y de la educación práctica del Kindergarten, vanguardia de lo que podría ser un tipo humano distinto en un entorno institucional propicio. Sin

embargo, en ningún momento aparecía destello alguno de una fe en que la evolución estuviera destinada inevitablemente hacia ese destino. Los trabajadores y las mujeres identificados con estos proyectos emancipatorios habían surgido gracias a que los primeros, dentro de la esfera productiva, estaban inmersos en la vida de la industria (aunque no así a la hora de convertirse en consumidores y de hallarse sometidos a los cánones de gusto pecuniario de la clase ociosa) y, las segundas, debido a su condición de persistente sometimiento de estatus a los hombres, así como a aquélla otra de volverse consumidoras vicarias, se hallaban alejadas de la vida depredadora del mercado y de los negocios de sus maridos, los capitanes de industria. Nada garantizaba, entonces, que el proceso evolutivo condujera, por adaptación selectiva, al triunfo de los primeros y a la extinción del esquema general de vida de los últimos.

Sin embargo, Veblen, vio con cierto optimismo que los hábitos heredados de la cultura bárbara depredadora y cuasi pacífica se encontraran menos arraigados que los del estadio cultural anterior de vida económica pacífica y relativamente indiferenciada, adaptada y desarrollada a un entorno material simple. Los hábitos mentales emuladores y depredadores bárbaros de la clase ociosa, podrían estar iniciando “un proceso de desintegración, en virtud del cual los hábitos mentales de desarrollo más reciente y de carácter menos genérico ceden terreno, en cierta medida, ante las características espirituales más antiguas y más profundas de la especie” (Veblen, 1899 /2005: 366-367). Había indicios significativos de una evolución marcada por cierta tendencia general de “decadencia general del sentido de status en las comunidades industriales modernas”, así como de un “perceptible retorno a una desaprobación de lo fútil en la vida humana y de aquellas actividades que sirven únicamente al beneficio del individuo a costa de la colectividad o de otros grupos sociales” (Veblen, 1899 /2005: 367).

Finalmente, entonces, Veblen coincidía con Spencer en la posibilidad de un inseguro, pero probable progreso de la humanidad, identificado con la evolución social de esta última, aunque, a diferencia del autor inglés, también pensaba que

la evolución natural de la especie humana había hecho de sus miembros, en principio, “buenos salvajes”, desprovistos de los rasgos arcaicos que luego afectarían a la propia humanidad en la evolución social de algunas de sus porciones, que había llevado a las clases ociosas y su consumo conspicuo.

Quizás se trataba en la actualidad, para Veblen, de los albores de una etapa basada en un carácter humano “que se inclina hacia la paz y no a una vida de egoísmo, fuerza, fraude y dominación” (Veblen, 1899 /2005:368). La influencia de la clase ociosa no se ejercía de un modo decidido, ya fuera a favor o en contra del resurgimiento de esa naturaleza humana primitiva. Y paradójicamente, por efecto de las instituciones de la clase ociosa, algunos de sus miembros se habían retirado de la lucha pecuniaria, lo cual favorecía la reversión al tipo humano antiguo más anhelado. Por otro lado:

Debido a los cánones de derroche ostensible de cosas y esfuerzos propios de la clase ociosa, la institución de tal clase disminuye las posibilidades de supervivencia de los individuos de ese tipo en el cuerpo general de la población. Las exigencias de derroche impuestas por el decoro absorben la energía sobrante de la población en una competencia valorativa y no dejan margen para ninguna expresión de la vida que no tenga carácter valorativo (...) y (para) inculcar la actitud egoísta” (Veblen, 1899 /2005: 368).

Esas eran las fuerzas, instintos, hábitos e instituciones, que se encontraban en disputa en el seno de la sociedad industrial moderna. El desenlace, según Veblen, era impredecible, ya que dependía de un proceso evolutivo esencialmente azaroso y sin cierto sentido preestablecido, en el que intervenían tanto rasgos heredados como procesos de adaptación selectiva.

REFLEXIONES FINALES

Del análisis anterior se desprende que el aspecto más importante de TCO se encuentra en que esta obra le imprimió un giro radical al evolucionismo social de sus tiempos. Cabe resaltar su interpretación de la naturaleza humana y su relación con el ámbito social. Para Veblen, existe una tendencia –y una realidad en el entorno socio histórico de sus tiempos– hacia la “conservación de rasgos arcaicos”. En su visión la evolución social, se trata de un proceso dinámico de adaptación selectiva de temperamentos y hábitos mentales, bajo la presión constante de las circunstancias o los esquemas generales de vida colectivos. La adaptación de los hábitos mentales constituye el desarrollo de las instituciones. Sin embargo, a la par con ese desarrollo de las instituciones se ha producido una transformación de carácter humano más sustancial.

No solo han cambiado los hábitos de los seres humanos con las fluctuantes exigencias del entorno, sino que esas mismas exigencias han producido también un cambio correlativo en la naturaleza humana. Esta última, en su concepción, no es fija o estática, sino histórica y variable. El material humano de la sociedad varía con la transformación de las condiciones ambientales.

Al igual que otros científicos sociales de vanguardia de sus propios tiempos, antropólogos y psicólogos sobre todo, Veblen entendía dicha variación de la naturaleza humana como un proceso de selección entre varios tipos o elementos étnicos. Estos últimos eran relativamente estables e incluso persistentes. Sin embargo, no eran de ninguna manera inmutables, por lo que no se le puede acusar de determinismo biológico o racial.

En TCO Veblen asume las contribuciones del pensamiento darwinista y spenceriano aplicado a la comprensión de la evolución humana y social, al contemplar que bajo los mecanismos reconocidos de la herencia puede ocurrir la supervivencia de una fase ya pasada y más o menos remota, de tal forma que los

rasgos de la naturaleza humana heredados por los individuos occidentales, incluyendo a los estadounidenses, no se aproximaba a la uniformidad, en lo que se refería al ámbito o a la fuerza relativa de las distintas aptitudes y propensiones, –lo que entiende Veblen como instintos, que participan en distintas combinaciones–. Allí se encuentran, a la vez compitiendo y complementándose, la depredación y la emulación, junto con el trabajo útil y parental. Veblen señala que:

Cuando llega el estadio depredador de la vida se produce un cambio en las condiciones de carácter requeridas para triunfar. Los hábitos de vida de los hombres tienen que adaptarse a las nuevas exigencias bajo un nuevo esquema de relaciones humanas. El mismo despliegue de energía que había encontrado expresión en los rasgos de la vida salvaje (...) necesita ahora encontrarla siguiendo una nueva línea de acción en el nuevo grupo de respuestas habituales a unos estímulos que se han modificado. Los métodos que, medidos en términos de facilidad de vida, respondían relativamente bien a las condiciones antiguas, dejan de ser adecuados a las nuevas. La situación anterior se caracterizaba por una relativa ausencia de antagonismos o diferenciación de intereses; la situación posterior, por una emulación que aumenta constantemente su intensidad, a la vez reduce su ámbito. Los rasgos que caracterizan el estadio cultural depredador y los subsiguientes y que indican los tipos de hombres más aptos para sobrevivir bajo el régimen de estatus, son (en su expresión primaria) la ferocidad, el egoísmo, el espíritu de clan y la falta de sinceridad –el abuso de la fuerza y el fraude–. Bajo la disciplina severa y prolongada del régimen de competencia, la selección de tipos étnicos ha actuado en el sentido de dar un predominio marcado a esos rasgos de carácter, favoreciendo la supervivencia de aquellos elementos étnicos más ricamente dotados a estos respectos (Veblen, 1899 /2005: 230-231).

Sin embargo, añadía: “a la vez, los hábitos adquiridos más antiguos y más genéricos de la raza no han dejado de tener alguna utilidad para los fines de la vida de la colectividad y no han caído nunca enteramente en un desuso definitivo” (Veblen, 1899/2005: 231). La evolución humana y social moderna presentaba, a su juicio, una contradicción principal: el temperamento depredador-emulador, propio de las clases ociosas desde sus orígenes bárbaros, no se presta a todas las finalidades de la vida de esta etapa más avanzada y más especialmente a la

de la industria moderna. Con la transición a la cultura depredadora bárbara, el carácter de la lucha por la existencia se transformó en cierta medida, pasando de la lucha del grupo contra un medio o ambiente no humano, al de la lucha del grupo contra un entorno primordialmente humano. Esta transición se acompañaría de un creciente antagonismo entre individuos y clases sociales así como de una conciencia cada vez mayor de dicho enfrentamiento.

Lo que finalmente estaba planteando Veblen, especialmente en su gran obra TCO, era que la misma evolución social que llevó a los seres humanos –especialmente de ciertos espacios geográfico-culturales como el Occidental– de una situación de trabajo útil y consumo racional a otra de clases ociosas, trabajo vicario y consumo conspicuo, quizás pudiera llevarla de nueva cuenta a una situación promisorio de clases no más ociosas, trabajo útil y consumo racional. Pero el problema radicaba, tal vez, en que Veblen mezcló la sólida evolución darwiniana con la especulativa evolución spenceriana. Ciertamente, una clara evolución psico-biológica nos dotó a los seres humanos, gracias a nuestra adaptación a entornos naturales diversos, de características tanto moralmente positivas, como negativas. Pero nuestra aculturación no tiene porqué funcionar en estrictos términos evolutivos darwinianos, como lo creyeron Spencer y, sobre todo, el propio Veblen. Más bien, esa histórica aculturación logra que afloren, en diferentes circunstancias sociales, nuestros rasgos positivos de “buen salvaje” o nuestros rasgos negativos de depredadores-emuladores o de las instituciones de la clase ociosa.

Veblen creía *socio-históricamente producido*, tanto como *culturalmente superable* a este *homo oeconomicus* y ello es lo que hoy parece bastante discutible. En lo que acaso tenía razón, es en su propuesta que podemos producir entornos sociales donde la depredación, la emulación y consumo conspicuo, queden perfectamente acotados, minimizados o por lo menos, civilizadamente regulados.

Pero entonces y para concluir, cabe preguntar: ¿qué podemos objetar y rescatar de la propuesta radical evolucionista de TCO de Veblen? Sin duda alguna, hay mucho que criticarle. Para iniciar, podría argumentarse que en TCO, Veblen peca de las confusiones propias de su época, con respecto a su esquema analítico

evolucionista. El norteamericano de orígenes noruegos creyó que Spencer era tan valioso como Darwin y hoy sabemos que no es así. La evolución natural darwiniana es algo plenamente sostenible y en ella cabe la especie humana. La evolución social spenceriana, en cambio, es muy objetable, ya que consiste en una forma defectuosa de comprender la formación de culturas entre los seres humanos y el modo en que ellas influyen en tales seres humanos.

Dado su spencerianismo “de izquierda” y socialista, Veblen pudiera ser tachado de cierta ingenuidad con respecto a los hábitos mentales y los temperamentos de los “buenos salvajes” del estadio primitivo y de sus herederos, las clases productivas asociadas a la comunidad industrial moderna. Asimismo, se le puede acusar de un celo y un sesgo ideológicos excesivos, al achacarle a la propiedad privada, la competencia en el mercado y el afán incesante de lucro inherentes al capitalismo, todos los perniciosos instintos, hábitos y conductas depredadoras y derrochadoras arcaicas de las clases ociosas modernas.

Pero como lo hemos apuntado antes, quizás Thorstein Veblen fue un moderno y sociológico Colón, que descubrió un territorio nuevo, cuando creyó, sencillamente, que había llegado a otro conocido. Así como Cristobal confundió la América a la que había arribado con aquellas Indias del Oriente para las que buscaba una nueva ruta de acceso, así Veblen adjudicó a las “clases ociosas” del capitalismo occidental y norteamericano modernos ciertos “rasgos (socialmente) arcaicos”, que en verdad son rasgos (naturales) psico-biológicos, capaces de afectar a todos los seres humanos en determinadas circunstancias socio-culturales, que él mismo estudió con gran detalle y con una enorme perspicacia.

Se puede proponer, al final de cuentas, que la obra de Thorstein Veblen es la versión izquierdista o socialista del evolucionismo spenceriano y que, irónicamente, cuando él creyó analizar con sumo cuidado una etapa de la evolución social humana en determinado contexto socio-cultural, en realidad lo que hizo fue iluminar a veces en demasía, pero en muchas otras ocasiones con inmenso tino, numerosos rasgos verdaderamente transculturales de muchos actores de la vida social moderna, como los “capitanes de la industria”, las damas

de su merecidamente célebre “clase ociosa” o los distinguidos académicos del medio universitario.

Por todo ello hoy es preciso rescatar a Veblen y concederle su debido e importante lugar entre los clásicos de las ciencias sociales contemporáneas.

Bibliografía

Barañano, Margarita (1993). "Veblen y el Homo Oeconomicus". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, No 61. Pp 145 -170

Bartley, Russel, and Bartley, Silvia (1999). "In the company of T.B Veblen: A narrative of Biographical Recovery." *International Journal of Politics, Culture and Society* 13: 273-332.

_____, 2000. "Stigmatizing Thorstein Veblen: The Defacement of a Norwegian – American Cultural Icon." Paper presented at Vandring: Norwegians in the American Mosaic, 1825- 2000, sponsored by the Norwegian- American Historical Asociacion and the Minnesota Historical Society, St. Paul, MN.

Bauman, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Bellamy, Edward, n.d [1888]. *Looking Backward*. London: William Reeves.

Bourdieu, Pierre, (1998), *La distinción*, Madrid: Taurus.

_____, (2007), *El sentido práctico*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Castillo Castillo, José. (1988). "La Singular Sociología de Thorstein Veblen: El caso de la condición femenina". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 43. Pp 7 - 22

Coser, Lewis A. 1977 [1971]. *Masters of Sociology Thought: Ideas in Historical and Social Context*. New York: Harcourt, Brace, Jovanich.

Dawkins, Richard (2009). *The Greatest Show on Earth. The Evidence for Evolution*. London: Black Swan.

Diggins Patrick John (2003). *Thorstein Veblen: Teórico de la clase ociosa*. Fondo de Cultura Económica.

Dobriansky, Lev. (1957) *Veblenism: A New Critique*. Washington, DC: Public Affairs Press.

Dorfman, Joseph (1932) "The Satire of Thorstein Veblen's of the Leisure Class", *Political Science Quarterly*, Vol 47. pp. 363 -409.

_____. (1934). *Thorstein Veblen and His America*. New York: Viking Press.

Dowd F. Douglas (2002). "The Strengths and Weaknesses of Veblen" en Irving Louis Horowitz, *Veblen's Century: a collective portrait*. New Brunswick y Londres: Transaction publishers. Pp. 17 – 39.

Eby, Clare (2002). "Boundaries Lost: Thorstein Veblen: The Higher Learning in America and the Conspicuous Spouse," *Prospects* vol. 26.

Edgell, Stephen y Rick Tilman (1989). "The intellectual antecedents of Thorstein Veblen: A Reappraisal". *Journal of Economic Issues*, No. 4. Pp 1003- 1026

_____. (1975). "Thorstein Veblen's Theory of Evolutionary Change." *American Journal of Economics and Sociology* 34: 267-80.

Giddens, Anthony (1993). *Consecuencias de la modernidad*. 1a. edición en Alianza, Universidad, Madrid.

Heilbroner, Robert L. (1955). *The Great Economists*. London: Eyre and Spottiswode.

_____. 1986. *The Worldly Philosophers*. New York: Touchstone.

Hernández Prado, José (2006). *Epistemología y sentido común*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

_____. (2007). *El menos común de los gobiernos... El sentido común según Thomas Reid y la democracia liberal*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

_____. (2010). *Breve introducción al pensamiento de Reid*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Hicks, John D. (1959). *The populist Revolt*. Lincoln: University Nebraska Press.

Hobson, John Atkinson (1936/1978). *Veblen*. México, Fondo de Cultura Económica.

Hofstadter, Richard (1944/1992). *Social Darwinism in American Thought, 1860–1915*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

_____ (1960). *The Age of Reform*. New York: Vintage Books.

Ibsen, Henrik (2012). *Casa de muñecas*, Madrid, Puebla, San Juan, Miami, Santiago de Chile, Ediciones y distribuciones Antonio Fossati.

Iyer R.N. (1987) “Veblen, Thorstein (Bunde).” En Roland Turner (editor) *Thinkers of the twentieth century*. Chicago y Londres: St James Press. Pp.796 -799.

Johnson Edgar (1941). “Veblen: The man from Mars.” *New Republic*105: 121-23.

Jorgensen, Elizabeth, and Jorgensen, Henry (1999). *Thorstein Veblen: Victorian Fire-brand*, Armonk, NY: M E. Sharpe.

Lerner, Max. Ed. 1972 [1948]. *The Portable Veblen*. New York: Viking.

Mills, C. Wright (1970). Introduction to Thorstein Veblen’s *The Theory of the Leisure Class*, vi-xix. London: Unwin

Park-RobertE (1928). “Human Migration and the Marginal Man.” *American Journal of Sociology* 33:881-93.

Patsouras, Louis (2004). *Thorstein Veblen and the American Way of Life*. Montreal: Black Rose Books.

Peel J. D.Y, (1971). *Herbert Spencer: the evolution of a sociologist*. Londres: Heinemann.

Peirce, C. S. (1955) [1905]. “Critical Common –Sensism”, en *Philosophical Writings of Peirce*. New York: Dover Publications: 290-301.

Pinker, Steven (2002). *The Blank Slate. The Modern Denial of Human Nature*. New York: Viking.

Riley, Alexander (2013). traducido por Adriana García Andrade. “*Crisis, habitus y trayectoria intelectual*”, *Revista sociológica*. No.79, 233-247.

Qualey, Carlton C. (1968). Introduction to Thorstein Veblen: *The Carleton College Seminar Essays*, ed. Carlton C. Qualey, 1-15. New York: Columbia University Press.

Reisman, David. 1960 [1953]. *Thorstein Veblen: A Critical Interpretation*. New York: Seabury.

Rosenberg, Bernard (1956). *The Values of Veblen: A Critical Appreciation*. Washington, DC: Public Affairs.

Rumney, Judah (1978). *Spencer*. México: Fondo de Cultura Económica.

Seckler, David (1975). *Thorstein Veblen and the Institutionalists: A Study in the Philosophy of Economics*. London: Macmillan.

Simmel, Georg. 1950[1908]. "The Stranger." In *The Sociology of George Simmel*, ed. Kurt H. Wolfe, 402-08. New York: Free Press.

Spencer, Herbert (1967). *The evolution of society*. Selections from Herbert Spencer's principles of Sociology Edited and with an Introduction by Robert L. Carneiro. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

_____ (1947). *Principios de Sociología*. Buenos Aires: Revista de Occidente.

Spindler, Michael (2002). *Veblen: Modern American Revolutionary Iconoclast*. London: Pluto Press.

Tilman, Rick (1991). *Thorstein Veblen and His Critics 1891 -1963: Conservative, Liberal and Radical Perspectives*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

_____ (1996). *The Intellectual Legacy of Thorstein Veblen: Unresolved Issues*. Westport, CT: Greenwood.

_____ (2007). *Thorstein Veblen and the Enrichment of Evolutionary Naturalism*. Columbia and London, University of Missouri Press.

Veblen Thorstein (1891). "Some neglected points in the theory of socialism", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 2, pp. 57-74

_____, (1893). "Review of *A History of Socialism* by Thomas Kirkup", *Journal of Political Economy*, Vol. 1, No. 2, 300 - 302.

_____, (1894). "Review of *Der Parlamentarismus, die Volksgesetzgebung und socialdemokratie* by Karl Kautsky", *Journal of Political Economy*, Vol. 2, No. 2, 312 -314

_____, (1895). "Review of *Socialism* by Robert Flint", *Journal of Political Economy*, Vol. 3, No. 2, 247 -252.

_____, (1896). "Review of *Misere de la Philosophie* by Karl Marx; *Socialisme et Science Positive* by Enrico Ferri", *Journal of Political Economy*, Vol. 5, No. 1, 97 – 103.

_____, (1897). "Review of *Einführung in den Socialismus* by Richard Calwer", *Journal of Political Economy*, Vol. 5, No. 2, 270 -272.

_____, (1898a). "Why is economics not an evolutionary science?" *Quarterly Journal of Economics* Vol.12, No. 4, 1161-1174.

_____, (1898b), "The beginnings of ownership", *American Journal of Sociology*, Vol. 4, No. 3, pp.352-362.

_____, (1898/1999a). "El instinto del trabajo útil y el fastidio del trabajo", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (REIS), Núm 86 (abril-junio 1999), pp.343-354. Traducción de "The instinct of workmanship and the irksomeness of labor", publicado originalmente en *American Journal of Sociology*, vol 4 (1898-1899) pp.187-201.

_____, "El estatus bárbaro de las mujeres" (1898-1899/1999b) *REIS* (abril-junio 1999) traducción de "The barbarian status of women" publicado originalmente en *American Journal of Sociology*, vol 4 (1898-1899) pp.503-514.

_____, (1899/2005) *Teoría de la Clase Ociosa*. Fondo de Cultura Económica.

_____, (1899/2007). *La Teoría de la Classe Agrata*. Studio Economico sulle Istituzioni. Traducción de F. Ferraroti: Einaudi.

_____, (1899/2011). *The Theory of the Leisure Class*. Beijing the Commercial Press.

_____, (1899/ 2013). *Théorie de la Classe de Loisir*. Encyclopedia Universalis Paris.

_____, (1899/1958). *Theorie der Feinen Leute*. Suzanne Heintz, Peter Vong Haselberg Klepenheur Witsch.

_____, (1899, 1987). *Teoría de la Clase Ociosa*. Prólogo Jorge Luis Borges. Madrid Hispanoamérica. Ediciones Orbes.

_____, (1899/2005). *Teoría de la Clase Ociosa*. Fondo de Cultura Económica.

_____, (1899/ 2014). *Teoría de la Clase Ociosa*. Madrid. Alianza Editorial.

_____, (1914/2006). *The instinctic of Workmanship*. Cosimo Classics. New York.

Ward, Lester, (1900) "Review of *The Theory of the Leisure Class*", *American Journal of Sociology*, Vol. 5 Núm. 6, pp. 829-837.

Weber Max, (2002) *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____, (2011) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. introd. y ed. crítica de Francisco Gil Villegas ; trad. de Luis Legaz Lacambra ; rev. de Francisco Gil Villegas ; trad. de Francisco Gil Villegas M. de Antikritisches Schlusswort—2ª ed. - - México : Fondo de Cultura Económica.